



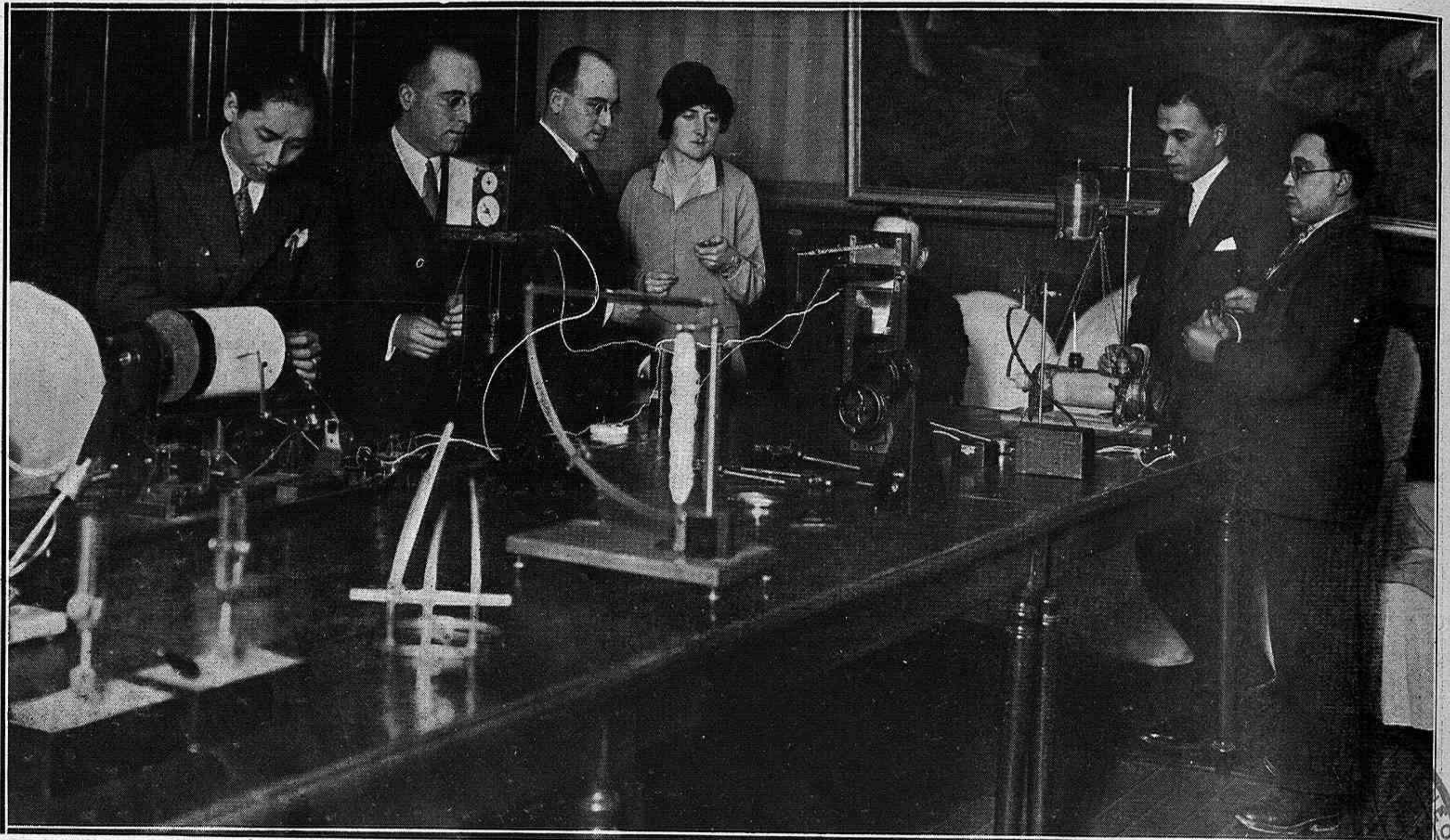
DON JUAN VAZQUEZ DE MELLA

Jefe del partido tradicionalista español, una de las figuras más ilustres de nuestra política, que ha muerto la noche del domingo último en Madrid

(Fot. Kaulak)

EN TORNO AL ESPÍRITU DE LA FUTURA UNIVERSIDAD

Continuamos oyendo el criterio de los más ilustres profesores universitarios acerca de la Universidad futura. En números anteriores hemos publicado las orientaciones de los profesores Jiménez de Asúa (de Derecho), Suñer (de Medicina), Risco (de Ciencias) y D. Obdulio Fernández (de Farmacia). Publicamos hoy la del profesor Gil Fagoaga, uno de los innovadores de los estudios psicológicos en España.



El profesor Fagoaga, con sus alumnos, en el laboratorio de la Facultad de Filosofía y Letras

I. CONCEPTO.

EN el año de 1914, con ocasión de la apertura del Curso académico, refería de este modo nuestro insigne Bonilla y San Martín el informe que le comunicara cierto estudiante extranjero: «—Me han dicho que la Universidad es mala, y que no debo perder el tiempo en ella. —No le han aconsejado bien—le contesté—; la Universidad no es mala, sino pobre y sierva; al contrario, es de las cosas buenas que todavía quedan en nuestro país; tendrá un régimen defectuoso, pero no es ella la responsable de poseerlo; carecerá de medios, pero es porque se le han arrebatado ó porque no se le han concedido suficientemente; mas la Universidad no es el régimen, ni los medios, ni el local, es la comunidad moral y científica, más ó menos duradera, de maestros y alumnos; es la concreción de una historia en muchas épocas gloriosa; es el organismo en el cual han vivido y al cual han vuelto las figuras más representativas de nuestra patria; hay en ella quienes trabajan con vocación y amor; búsquelos usted y juzgue.»

¡Comunidad moral y científica de profesores y alumnos; *conventus*, que decía Luis Vives; *societas magistrorum et scholarium*, según la expresión medieval: de ahí el nombre de *universidad*, persona colectiva, gremio de todos los estudiantes, profesores ó alumnos; generalidad ó reunión indistinta de maestros y aprendices del saber!

Es, pues, esencial á este cuerpo místico la textura compacta de sus miembros, que impida la inconexión á que fácilmente propende. No ya los profesores entre sí, pero todos ellos y los alumnos son de igual modo universitarios y se necesitan mutuamente; porque antes de investigar en comunidad, es preciso comunicarse, función cordial más que intelectual. La *cordialidad* es condición de la Universidad futura, pues sin ella no podrá haber ambiente científico sincero ni verdadera comunión espiritual.

Pero la cordialidad no es bastante; debe aña-

dirsele profesionalidad. Carecemos con demasiada frecuencia de *espíritu de cuerpo*. No sólo las relaciones entre profesores y alumnos suelen ser ceremoniosas y superficiales, sino que el escolar llega á mirarse en la Universidad como en morada ajena; se considera estudiante *per accidens*, acaso únicamente mientras de mejor ó peor gana está en el edificio universitario. Ha perdido el bonete y el manteo, como el profesor ha desterrado borla y toga. Más que universitarios que salen por el mundo, se creerían gentes de mundo que visitan la Universidad. Así ésta no imprime en ellos carácter ni colorido; mero episodio en su vida, apenas adivinan el *Alma máter*.

2. MAESTROS.

Ya se sabe cuántos han sido los progresos pedagógicos de estos últimos tiempos, cuán necesaria es en la instrucción la modernidad de los métodos. Creo que hay acuerdo general acerca de ello, por lo que no debemos insistir. En buena hora mil voces han venido clamando para desterrar la incuria y la rutina tanto en la investigación como en la enseñanza, y con laudable constancia los Poderes públicos están procurando conseguirlo. Pero hay que reparar también en ciertas notas previas que condicionan la tarea magistral, sin las que resultará infructuoso cualquier alardé metodológico.

El profesor tiene que disfrutar de una completa *independencia* en la materia de su estudio. Nada de ideas prohibidas, diques ni barreras. Contradígamele cuanto se quiera; pero que investigue y que enseñe en un ambiente de augusta libertad. El confinamiento bajo un especial ángulo intelectual, la adscripción á un determinado meridiano, trae consigo una endeble unilateralidad en todo caso, convierte los leales en facciosos, las cañas en lanzas, la calma de las letras en turbación de las armas. Sin duda esa independencia doctrinal es el más alto sentido que la autonomía universitaria tiene. Es convenien-

te la autonomía pedagógica, que regula con flexibilidad enseñanzas é investigaciones; lo es la económica, mediante la cual la Universidad guarda y administra un peculio; pero, al cabo, si el caudal de las ideas es enclenque ó raquítico, de nada servirán métodos y regalos: aunque la mona se vista de seda, etc.

Para evitarlo, no hay sino dejar en libre juego á cada maestro, presupuestas, claro está, corrección y competencia. Mas los maestros, de su parte, deben entender que, por muy alto que asciendan en sus lucubraciones, éstas y ellos tienen un destino en la vida terrenal y no más allá de la órbita del planeta Urano. Es preciso vitalizar la sabiduría ó, si se quiere, humanizarla. Y no precisamente como requerimiento pedagógico, sino más todavía como actitud vital, consideramos importante en el maestro la *sencillez*, es decir, la ausencia de énfasis. Podría hablarse de esto largamente. Son varias las causas que han contribuido al énfasis doctoral. La costumbre de afirmar sin réplica (achaque común á los predicadores) hace que el maestro tienda á creer, sin suficiente reflexión, que lo que dice es el propio Evangelio (cuando, en realidad, si en ocasiones no se le refuta, se debe al temor del alumno por el momento del examen). Luego, sus prolongadas vigiliadas á través de lejanos países, sediento de aquella ciencia ahora profundamente arraigada en su espíritu, le trajeron invencible desgana de la lección modesta, mera hojita verde de un árbol maravilloso. El carpintero de la Universidad, finalmente, ha ejecutado las cosas de tal modo, que solemos hablar desde un estrado medio metro más alto que el piso de los alumnos, y ese medio metro llega á tomarse á veces por la altura del Guadarrama.

El alumno, es obvio, se sobrecoge con tanta grandeza; cuando la toma en serio, desconfía de sí mismo; cuando en broma, desconfía del maestro, ó sea, rompe la universidad, «*ayuntamiento de maestros et de escolares con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes*».

El alumno, estudiante y escolar por antonomasia, es esencialmente un aprendiz, en el mismo sentido que todos los aprendices son estudiantes. El es la ilusión rosada, el futuro vencedor del presente, salvador del pasado, lo que más cuidado reclama dentro de la Universidad, la tradición junto al progreso. Su mocedad avasalladora hay que contenerla en el marco sereno de la disciplina; pero nunca de tal modo que se le desaliente, porque mantener su fe es uno de los postulados necesarios de la futura Universidad.

Fe del estudiante vale tanto como vocación y seguridad en la ruta elegida, gusto espontáneo, alegría de estudiar lo que se estudia, entusiasmo corporativo, admiración y optimismo por la universidad, naturalidad en la forma, seriedad y respeto fundamentales. Ya hemos apuntado que la confianza del estudiante suele estar en razón inversa del énfasis del maestro. ¿No es la sencillez una característica de las obras inmortales, en las que más creemos?

Pero se ha tenido de ordinario un concepto antípoda de lo serio. Para disputar por tal un asunto, se hubo de mirar al estilo y no al fondo. Allí donde había risa manifiesta, se estimó que había seriedad, y viceversa, y no se ha distinguido lo serio de la ironía, ni lo jocoso del humorismo. La seriedad externa no vale nada, no sirve para nada grande; es la otra seriedad á la que se rinden las voluntades, la que deja huella profunda en nuestro espíritu, la que hace que el estudiante crea en nosotros: la seriedad de la doctrina, la abnegación de nuestro intento, el ascetismo de nuestra vida docente, aunque se ofrezca á la superficie con repique de cascabeles y balanceo de amapolas:

«Palabras son de sabio, e dijolo Catón, que home a sus coidados que tiene en corazón, entreponga placeres e alegre la razón, que la mucha tristeza mucho coidado pon.»

El estudiante debe, además, *intervenir* activamente en la vida de la Universidad. En esto, como en tantas otras cosas universitarias, forzoso es reconocer que se va ganando mucho. No ya los estudiantes están organizados en Asociaciones, sino que tienen un puesto por Facultad en el Patronato Universitario, y han conseguido una Junta de Representación Escolar que asesore en determinados casos al Rectorado, una Sección Artísticodeportiva y un Orfeón Universitario. Cierta que nuestras antiguas Universidades, especialmente la de Lérida, fundada en 1300 por Jaime II de Aragón, tuvieron como tipo la Universidad de Bolonia, donde el rector era elegido por los estudiantes, lo mismo que en Salamanca; pero, ¿quién sabe dónde habrá de llegarse en el futuro con tantas nuevas perspectivas?

4. REGIDORES

Designamos con este nombre en general á todas aquellas dignidades que, dentro de la Universidad, no son los maestros ni los aprendices. En los Estados Unidos serían probablemente los empresarios. A los regidores de la nueva Universidad competen diversos cometidos. En primer lugar, dotarla de un próspero patrimonio. La legislación de Instrucción Pública ha procurado recientemente subvenir á esta necesidad con la concesión de personalidad jurídica á las Universidades, realidad patrimonial y erección de Patronato tutelar. De esperar es que sus medios económicos se fomenten utilizando multitud de recursos inexplotados.

Así, el patrimonio se acrecentaría considerablemente si se intensificara la función social universitaria. Creo que adolecemos en esto de varios inmotivados escrúpulos de conciencia. No parece sino que estemos en la India y que, como casta de brahmanes, rehusemos todo contacto con las demás clases sociales: la Universidad vive de tal modo en un apartamiento injustificado. Se nos conoce poco; se nos estima poco, y no debemos sentirnos acreedores á beneficios que no hemos intentado merecer. Véase de qué modo la nación ha respondido al egregio llamamiento por la Ciudad Universitaria, y se comprenderá cuál no sería su repercusión de habérsela preparado largamente.

Pero además la Universidad, en manos de sus regidores, no de maestros ni de estudiantes, no debe ser en sentido económico una virgen es-



DON LUCIO GIL FAGOAGA

Catedrático de Psicología Superior, abogado del Ilustre Colegio de Madrid y secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central (Fots. Cortés).

téril; y he ahí una inmejorable justificación social. ¿Pues qué no han servido y sirven *prácticamente* á sus países las Universidades norteamericanas y germánicas? ¿Pues qué no son capaces en brevísimo tiempo, hasta las Facultades más *desinteresadas*, Ciencias y Letras, de crearse con Laboratorios é Institutos considerables ingresos? ¿Cómo ha podido desconocerse esto y haberse dejado tanto en increíble penuria á las Universidades?

Y si prescindimos ya del aspecto económico, quedarán intactos mil motivos en pro de la *socialización* universitaria; porque la Universidad es algo insustituible en una nación, como el Ejército, como la Justicia, como las otras grandes instituciones, y dondequiera que la Universidad esté, allí estará el interés nacional condensado, y se medirán el rango y la estirpe de la nación por la honra y el linaje de la Universidad: Luis Vives, Arias Montano, fray Luis de León, Nebrija, son, á la vez que universitarios, encar-

naciones del alma étnica. Abranse, pues, de par en par las puertas de la Universidad; póngasela en conexión con los demás órganos capitales, y no se la limite en sus posibilidades, que son las mismas de España.

Semejante correlación no puede ser olvidada por los directores de la futura Universidad. La tradición les saldría al paso. Si se quiere hacer obra firme y duradera, invéstiguese con el mayor ahinco todo lo extraño, informémonos minuciosamente del espíritu de las más prósperas Universidades; pero en la hora de modelar no olvidemos el grandioso cuadro de la España universitaria del Renacimiento: Salamanca, Valladolid, Alcalá, con sus diez mil estudiantes, sus Colegios Mayores y Menores, sus Residencias, sus Constituciones... y después hasta treinta y dos Universidades y millares de Estudios... No es malo lo viejo por añejo (testigos la amistad, jamón y vino), mayormente cuando sobrevive; y eso que venturosamente ha sobrevivido es el espíritu nacional.

Nacionalista deberá ser la Universidad futura, lo que no implica desvío ante el progreso internacional, sino reconocimiento y aplicación de la propia idiosincrasia. Nacionalista, ó híbrida. Recordemos que las Universidades españolas caen cuando en el siglo XVIII se las viste á la francesa, traje que jamás habían conocido. No se vuelva á pensar en disfraces. Cada flor tiene su clima. ¿Conseguiremos la tenacidad alemana por vivir en Berlín ó en Heidelberg? ¿Adquiriremos el genio ruso con asimilarlos su historia y su cultura?

La extensa labor informativa que está realizando España debe ser aprovechada. Ya no son los Pirineos un obstáculo. Ya se conoce la organización y producción extranjeras. Estamos, pues, en el mejor instante para volver sobre nosotros mismos, continuando con seguridad nuestros pasos y reforzando la elaboración original de la gloriosa ciencia española, inventariada excelentemente por Menéndez y Pelayo. Atrevámonos á ello, y pronto se verá el fenómeno inverso: de qué modo los extranjeros se aprestan á conocer nuestra evolución y cómo el más moderno pensamiento español, canalizado en focos y en escuelas, henchido siempre de savia propia, se desparra por el mundo, cosechando amor y respeto desde la sede máxima de la Universidad.

5. LOCALES

Se comprende de este modo el urgente sentido, la vital exigencia de una Ciudad Universitaria. A tal alma, tal cuerpo. Nótese por todas partes síntomas de regeneración, y la Universidad va

á la vanguardia de este movimiento. Y si todo edificio tiene como razón de su existencia ser *adecuado* á su destino, bien responde al suyo este que se construye bajo los generosos auspicios de S. M.

«De buen ayre et de hermosas salidas—dice la *Partida* 2.^a en su título XXXI—debe seer la villa do quisieren establecer el Estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprenden vivan sanos, et en él puedan folgar et rescebir placer a la tarde, quando se levantaren cansados del estudio: et otrosí debe seer abundada de pan, et de vino, et de buenas posadas en que puedan morar et pasar su tiempo sin grant costa.»

A estas razones habría que añadir ahora que no puede dejar de ser empresa solemne, que no menos de un Rey debe alcanzarnos el divino crisol en que se funda, depurado y auténtico, el genio de la Raza.

LUCIO GIL FAGOAGA

APOSTILLAS

PROGRESO EN LONGITUD Y LATITUD

Hegel esculpió á perpetuidad el esquema de la escultura clásica

OBVIO é inconcuso (según él) es el canon clásico; axiomáticos y eternos sus principios teóricos. Si el módulo de la escultura es el cuerpo humano, desnudo preferiblemente, comoquiera que el cuerpo humano es siempre idéntico, con levisimas desviaciones, una vez que este arte alcanza el señorío pleno de su módulo, como así sucedió en Grecia, de allí adelante es imposible que surja una escultura moderna, á no ser que en la evolución de nuestra especie sobrevenga un nuevo módulo corporal, el del superhombre quizás, al cual ya Miguel Angel aspiraba entre congojas titánicas. Como es sabido, módulo significa «el valor que se encuentra más frecuentemente en el curso de una serie de mensuraciones del mismo objeto.» El módulo del cuerpo humano es constante. La escultura llegó al final de su destino en Grecia. No hay un más allá escultórico. Concedamos que todo es así como ahora decimos. Luego examinaremos si lo es ó no lo es. Supongamos que el ápice de la genialidad escultórica está designado por el nombre de Fidias. Por lo tanto, la máxima ambición de los escultores posteriores se proyectará sobre la extrema barrera de ser un segundo Fidias, un Fidias de su tiempo. Esto, á algunas almas, aquejadas del ansia de superación indefinida, las colma de melancolía, desesperanza y desolación. Es la misma psicología del progresismo político, que ha invadido la conciencia estética. Y también la sugestión omnipresente del vertiginoso progreso mecánico. Obsesión materialista, mecanicista. Una escuela de psicología moderna se afana en experimentar, comprobar y demostrar que la vida orgánica es una máquina más, y como tal funciona automáticamente en todo instante, desde el más simple reflejo hasta la emoción más densa ó la ideación más sutil. Puesto que á la civilización material, calzada con botas de siete leguas, la vemos progresar, en pasmosas zancadas, ¿cómo hemos de resignarnos á que las artes hoy en día se rezaguen ó, peor aún, se obstinen en seguir subsistiendo cual réplica pálida de las mismas artes del pasado? ¿Qué vergüenza para las artes y los artistas contemporáneos! Por mi parte, confieso, sin rubor, que esta consideración no pesa nada en mi ánimo. Es natural que haya un progreso indefinido de la civilización mecánica. La ley de existencia de las máquinas se traduce en un acrecentamiento continuo de su rendimiento y eficacia. Desde que apareció un automóvil, recorriendo asmatícamente diez kilómetros en una hora, era fatal y asimismo inminente que llegase á recorrer ciento con holgura y desahogo en el mismo lapso de duración. No así con la máquina humana; admitido que el hombre sea una máquina. El corredor más veloz de nuestros días no aventaja en rapidez al correo de Maratón. Por las noticias que hasta nosotros han llegado, Milón de Crotona era una máquina más poderosa que Paulino Uzcudun. En cuanto al progreso intelectual, ético, político, en general, de la cultura, es tema debatible. Tiene sus creyentes. Para ellos el progreso indefinido es un dogma. Otros son escépticos. Y hay además los herejes que lo niegan. Pero consideremos que el progreso sigue dos direcciones; una de longitud y otra de latitud; una de avance y otra de extensión. El curso del progreso no es como el de los ríos, que al tiempo que corren adelante aumentan su caudal, sino como el desarrollo del cuerpo orgánico, sea planta, sea animal, que crece primero, con fragilidad peligrosa, y luego dobla, ensancha y consolida el crecimiento. Es innegable que hay un progreso en el sentido de la latitud y multiplicado cómputo de quienes lo comparten. Cabrá

controversia sobre si la democracia ateniense era más democrática que la norteamericana. Ferró el hecho es que la ateniense la componían unos pocos ciudadanos, no más de 20.000, y en la norteamericana exceden el centenar de millones. No se trata únicamente de un aumento de población, sino que los derechos de la ciudadanía se han extendido hasta los súbditos todos del Estado.

Ni tampoco es un progreso nada más que cuantitativo, que lo es asimismo cualitativo. Bien mirado, se cae en la cuenta de que el progreso, en el sentido de la latitud, no es otra cosa que la instrucción y la educación colectivas, más extensas de día en día, y á la par más intensas; en suma, progreso de la cultura social. Observamos en nuestra época un progreso latitudinario de las artes. Se ha formado una enorme democracia estética internacional. Apuntemos marginalmente que no hay nada de eso que con énfasis vano y bufo se suele designar como la aristocracia del arte. El arte siempre ha sido democrático. Hay un pseudo arte, de los muchos; un casi arte, de unos pocos; y el Arte, que es de todos. Ahora bien; paralelamente á ese incremento colectivo de la educación y la instrucción estéticas, ¿encarnan el arte y los artistas actuales un progreso de avance y superación con respecto á los antepasados; admitido lo inadmisiblemente, que en arte haya antepasados, siendo prerrogativa del artista genuino la inmortalidad y evipresencia en su obra? Y aun cuando hubiéramos de renunciar irrevocablemente á la superación de ciertos tipos de arte tradicional, ¿hemos, por eso, de mesarnos, exasperados, el cabello y arañar los ojos hasta cegarlos para la contemplación del odioso é insuperable clasicismo? Ilógica y dañina consecuencia. Un punto de reflexión puede dar á un alma la salvación. Reflexionemos un punto. Aquellos psicólogos, antes aludidos, que laboran con ardimiento en hacer de la psicología una ciencia positiva é interpretar la actividad humana exactamente como el funcionamiento de una máquina, no yerran por entero. En el hombre hay un hemisferio maquinal, automático; y no sólo en su vida vegetativa, sino en su vida mental. Si el hombre inventa, fabrica y utiliza las máquinas con que se distingue de todas las demás especies zoológicas, es porque el hombre tiene algo de máquina. Una máquina es una expresión psíquica tan peculiar y exclusivamente humana como la risa ó el poema. Cuando un hombre hace cálculos aritméticos se está sirviendo de una máquina calculadora, ingénita en su cerebro é idéntica á las que hay en las casas de banca y de comercio. Un matemático norteamericano expuso la fórmula del cerebro humano en lo que tiene de mecánico, mediante una ecuación de segundo grado. Así se explican los fenómenos de prodigiosa precocidad matemática y musical (un Pascal, un Mozart), ya que la técnica de la música es también de orden matemático. Igualmente se ofrecen casos de precocidad poética (un Ovidio, un Calderón), aunque no en cuanto al fondo y sustancia de la poesía, sino por el aparato formal de la rima y el ritmo, los cuales caen dentro del capítulo de las disposiciones mecánicas y guardan estrecho parentesco con la matemática y la música, pues todas tres maniobran sobre la cantidad y la medida. A esto se refiere la sentencia vieja; el poeta nace; no se hace.

Y el matemático, y el músico. Bien que, además de nacer hechos y derechos, como máquinas magníficas, luego han de hacerse, esto es, henchirse de dinamismo vital, so pena de superfluidad y deterioración. Así, pues, en aquellas

actividades humanas, intelectuales ó artísticas, que reciben su impulso desde el hemisferio mecánico de la psique, cabe el progreso indefinido, de avance y superación, en el sentido de la longitud. El cuarto de máquinas del cerebro podrá ser cada día más importante, en rendimiento y eficacia de poder sobre el mundo externo. Celebrémoslo. Pero si junto con esta variable en la vida inteligente del hombre se impone una constante, ¿hemos de hundirnos en consternación? Pues ¿qué es la vida sino la función recíproca de una variable y una constante? ¿Qué importa si los sentidos del hombre no han progresado una tilde en acuidad, en adaptabilidad, en responsabilidad, desde hace veinte, desde hace cuarenta siglos? Así como en el hemisferio mecánico de la actividad hemos echado de ver una manera de progreso en longitud, así el otro hemisferio, sensitivo, emotivo, plástico é ideológico (donde reside, auténtica y diferenciada, la personalidad individual) no es apto posiblemente para aquella progresiva superación, si sólo para una expansión é intensificación, en el orden de la latitud y la profundidad. No de otra suerte que la evolución de las especies condujo conclusivamente y sin salida á ciertos tipos fijos, constantes, y á ninguna persona cuerda se le ocurre plañir con lúgubre pesimismo porque el caballo no puede por menos de seguir siendo caballo; del propio modo, en la evolución biológica y espiritual de aquel plástico é ideológico hemisferio de la personalidad humana se hubieron de alcanzar ciertos arquetipos fijos, constantes é insuperables, y no hay por qué enfurecerse, ni desfallecer lánguidamente, ante el hecho flagrante de que la escultura seguirá siendo escultura y redonda una rueda. Si el hombre no es progresivo biológicamente; si las piernas del corredor de Maratón, y los brazos de Milón de Crotona son insuperables, ¿qué le vamos á hacer? ¿No nos daremos por contentos con poseer las piernas del uno y los brazos del otro? Por analogía con Fidias, arquetipo de escultores, pongamos hipotéticamente á Lúculo, como arquetipo de insuperables digestiones. Que no podamos sacar ventaja á Lúculo en sus proezas deglutivas no es razón suficiente para que, desanimados, tomemos la resolución de no volver á probar bocado. La digestión (la operación bioquímica de la digestión) no se perfecciona en la especie humana, pero sí la cocina y el paladar, ó sea el contenido de la digestión, lo cual viene á ser una educación digestiva, un progreso en el sentido de la latitud y de la profundidad. También hay una moda, un ritmo de vaivén para viandas y manjares; alternativas naturales del nutrimento. Pero el fenómeno fisiológico de la digestión es idéntico á sí misma desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días; digo la digestión normal y saludable. Después de una temporada de dieta opípara, pingüe y suculenta, el instinto de equilibrio y resarcimiento apetece una dieta simple y naturista; alimentos no sofisticados, agua pura y pan integral. Las bellas artes son á modo de una asimilación del mundo externo por el espíritu, mediante el conducto de los sentidos. Los sentidos no progresan; pero se educan. Las bellas artes no avanzan, pero se extienden y se generalizan. Las bellas artes son siempre idénticas; lo que cambia es su contenido aparente, según las modas y los modos. Y después de una época de voracidad y glotonería indiscriminadas, las bellas artes retornan periódica é inexorablemente á la dieta naturista, austera y salvadora, del canon clásico. El símil podrá parecer hartamente prosaico, pero es bastante exacto.

RAMÓN PEREZ DE AYALA

LAS GRANDES FIGURAS DE LA PANTALLA



MARIE BRIAN

«Estrella» de la Paramount, tocada con un precioso turbante de terciopelo drapeado, sujeto por broche de acero, que constituye una sugestiva corona para su belleza menuda y picante

(Fot. Marín)

En las montañas valencianas

A setenta kilómetros de la capital de la provincia, en el núcleo montañoso que separa el reino de Valencia de las tierras castellanas y aragonesas, extienden numerosos valles la verde alfombra de sus huertas y arboledas, entre las que asientan sus case-ríos pueblos y aldeas, en las que viven, ignorados de gran parte de sus conciudadanos, algunos miles de españoles inteligentes y laboriosos.

Entre los aludidos valles está el de Chelva, flanqueado por elevadísimas montañas y cruzado de Norte a Sur por dos ríos caudalosos: el Turia y el Tuéjar, á los que afluyen, describiendo caprichosas curvas, cuatro arroyos nutridos por las aguas de innumerables manantiales que nacen en las faldas y laderas de los montes del contorno. A ellos se debe la exuberante vegetación y la incomparable hermosura que hacen famoso este valle de la región valenciana, y, también, por ello fué Chelva preferida por las huestes de Don Carlos María Isidro de Borbón, en la guerra civil de 1834, y por las de Don Carlos de Borbón y de Este, en la de 1873, para la instalación del Cuartel general del Centro.

La cueva denominada de «Los Mártires», muestra su temible oquedad abierta en un enorme peñasco orlado de escaramujos, salvias y zarzamoras. Desde su vertiginosa altura se divisa, en primer término, casi á sus pies, el



La cueva de «Los Mártires» en las cercanías de Chelva

EL VALLE DE CHELVA

Convento Franciscano, reconstruído á principios del siglo actual; en segundo término se contempla la villa que da nombre al valle, medio oculta por la arboleda que la aprisiona, y en último término se columbran las pardas cimas de las montañas que cierran el horizonte.

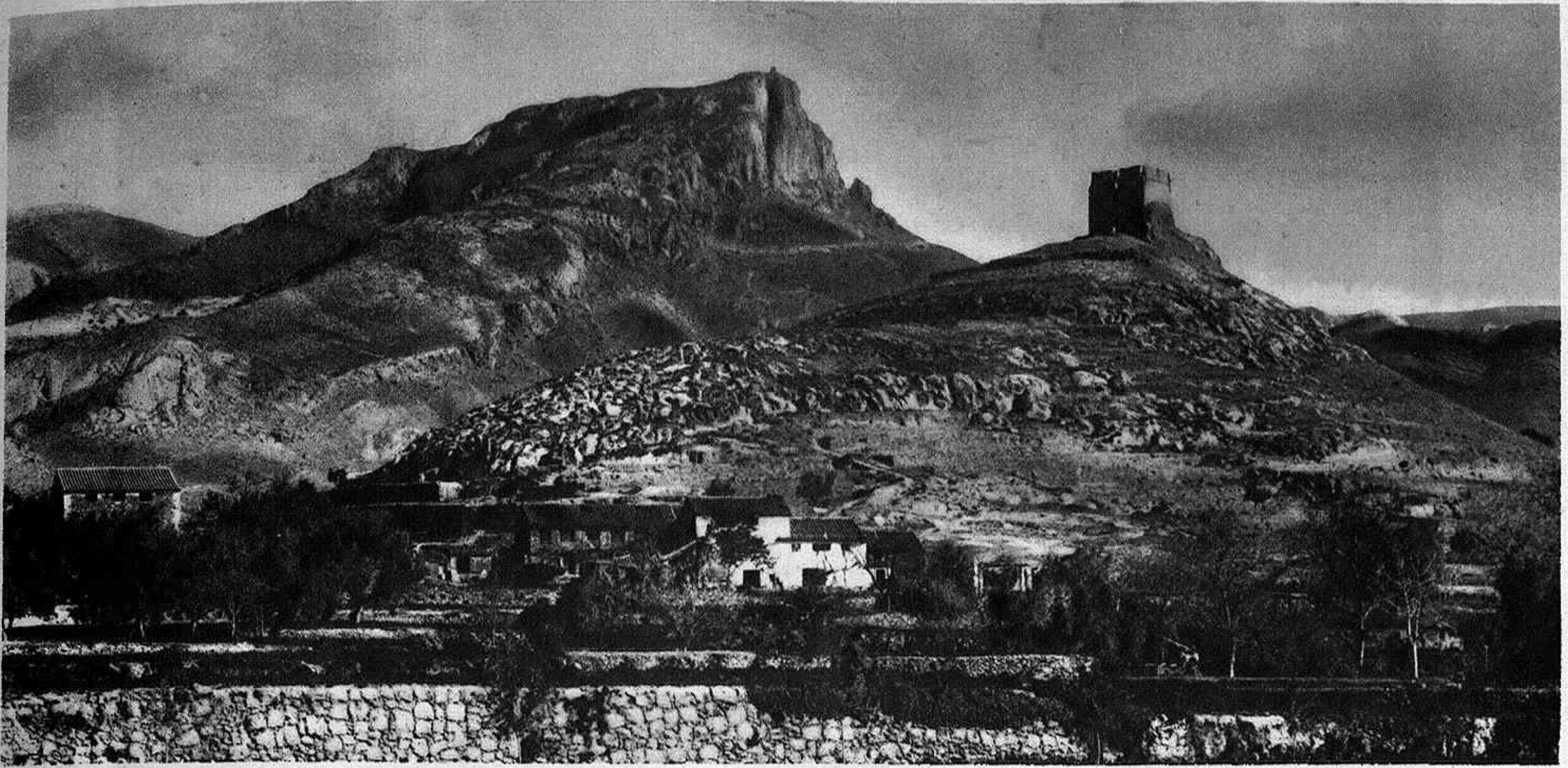
La tradición conserva piadosamente el nombre de cueva de «Los Mártires» con que se la designa, por haber sido su oscuro antro el lugar donde los monjes del próximo monasterio se entregaban, en tiempos remotos, á mortificaciones espirituales y á flagelaciones corporales. Los religiosos que actualmente ocupan el monasterio han colocado una preciosa imagen de María Santísima sobre el muro que obstruye el único paso accesible de la citada cueva.

Hacia el sur de Chelva pasa el río Tuéjar, que desde su nacimiento, en una hoz del extremo noroeste del valle, corre precipitado y rugiente por pedregoso cauce; pasa manso y silencioso bajo acantilados y derrumbaderos, ó cruza murmurador por apacibles llanuras pobladas de olmos, cañaverales y junqueras, hasta llegar al Turia y sellar con él eternas nupcias en las huertas del histórico pueblo de Domeño.

En el confín oriental del valle campea un casalicio de impoluta fábrica, cubierto de brillantes tejas azules y



Márgenes del río Chelva, principal afluente del Turia, al Sur de la población



Montaña del «Remedio» y montículo de «La Torrecilla», antigua estación romana

rematado por una cruz de hierro forjado, que sirve de humilde y poético albergue á una «Virgen del Cariño», pintada toscamente sobre ladrillos de Manises.

Desde este rústico lugar se dominan incontados valles, invadidos de intrincada floresta, en la que se destacan las bermejas cápsulas de los granados, las pajizas bayas de los melocotoneros y las variadas brillantes notas de color de manzanos, perales, higueras y cien frutos más de exquisita fragancia.

Al noroeste, y muy cerca de Chelva, se halla situada la quebradísima hoya del molino de «Puerto», por cuyo centro avanza mansamente

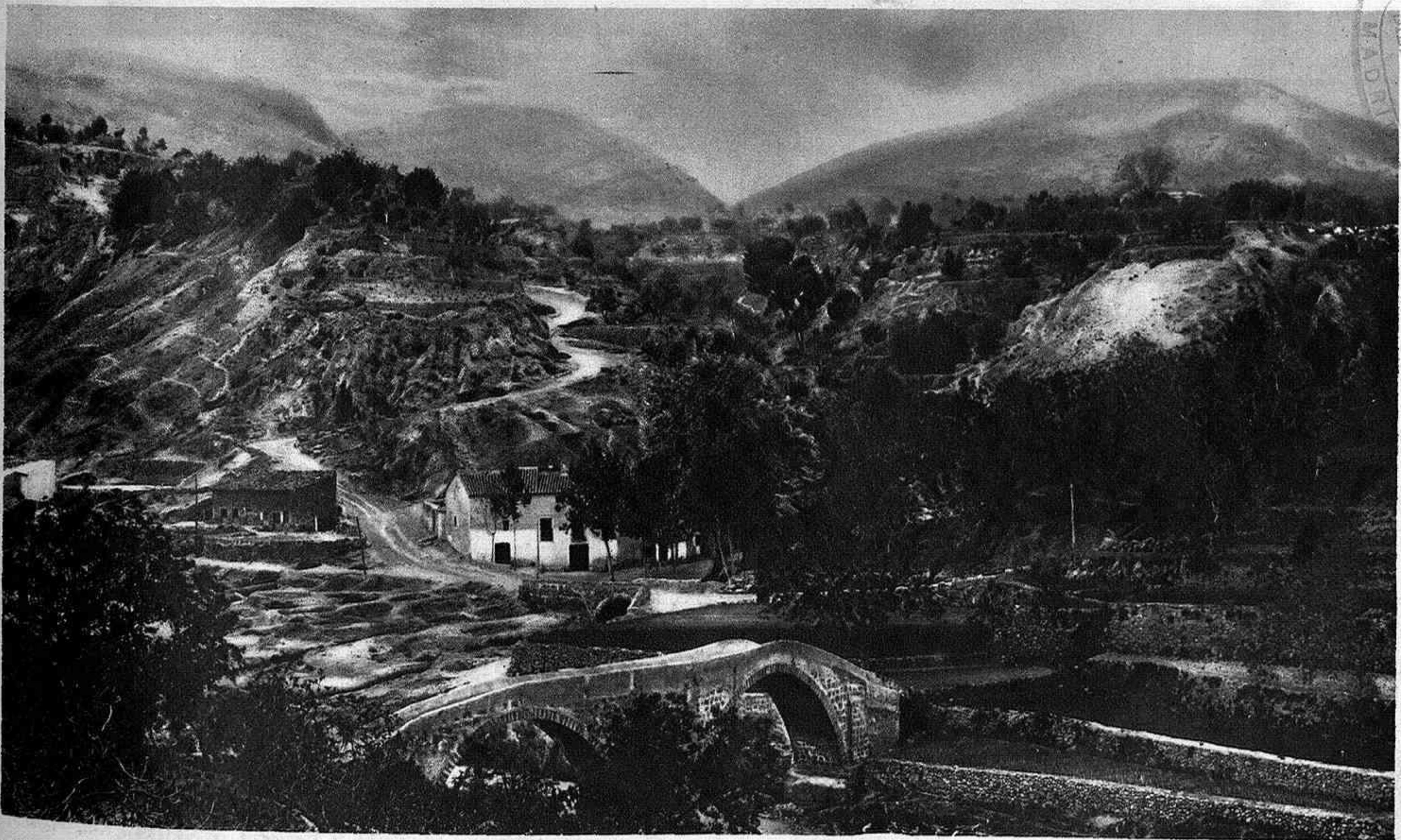
el río Tuéjar, en el que está tendido el puente llamado del «Regatillo», sobre el que pasa el camino de Requena.

Y, finalmente, al norte de la villa se eleva la majestuosa mole de la montaña del «Remedio» como tángano gigantesco de 1.148 metros de altura. Desde su excelsa cumbre, coronada por una torre heliográfica, se dominan, casi á simple vista, los montes de «Jabalambre» y «Camarrena», de la provincia de Teruel, á 95 kilómetros de distancia; la «Serranía» de Cuenca, á 68 kilómetros; la sierra de «Peña Escabia», de la provincia de Castellón, á 87 kilómetros, y á 74 kilómetros el mar Mediterráneo

Entre Chelva y la referida montaña álzase el montículo llamado «La Torrecilla», rematado por un castillo de moderna construcción; pero en cuyos derruidos basamentos y medio cegados fosos se ven restos de una estación romana. Corroboran esta afirmación las frecuentes visitas de arqueólogos y anticuarios en busca de mosaicos y residuos de vasijas, que, en verdad, encuentran fácilmente.

[Lástima grande que esta región, como otras de España, no sea suficientemente conocida para ser apreciada en todo su valor y en toda su belleza!

GIL ROGER VAZQUEZ



Hoya del molino de «Puerto» y puente sobre el río Chelva, en el camino de Requena, en las cercanías de la población
(Fots. Belenguer)



P L E G A R I A

Apíadate, Señor,
 del pájaro que canta
 y de la mariposa que ha venido
 á posarse en mi nido,
 del oculto dolor
 que en mi sangre se espanta
 con un sordo gemido,
 y del viento que lleva en su garganta
 el bárbaro sonido
 del Mar que se levanta.

Apíadate, Señor,
 de todo lo nacido,
 de toda viva planta
 donde el hermano Amor
 late escondido.

Ten de tu mano pura
 á la rosa y al bruto, al esqueleto

cuyos huesos teituea
 siempre, un trabajador
 con el arado inquieto,
 para darlos mejor,
 en sembradura,
 á la mies, á la flor
 y á la criatura.

Por las cosas que no quieren nacer,
 ni surgir,
 por cada ser triste
 que debe padecer
 y morir.

¡Apíadate, Señor,
 de este mundo que hiciste
 con Amor!

Coneha ESPINA

(Dibujo de Bujados)

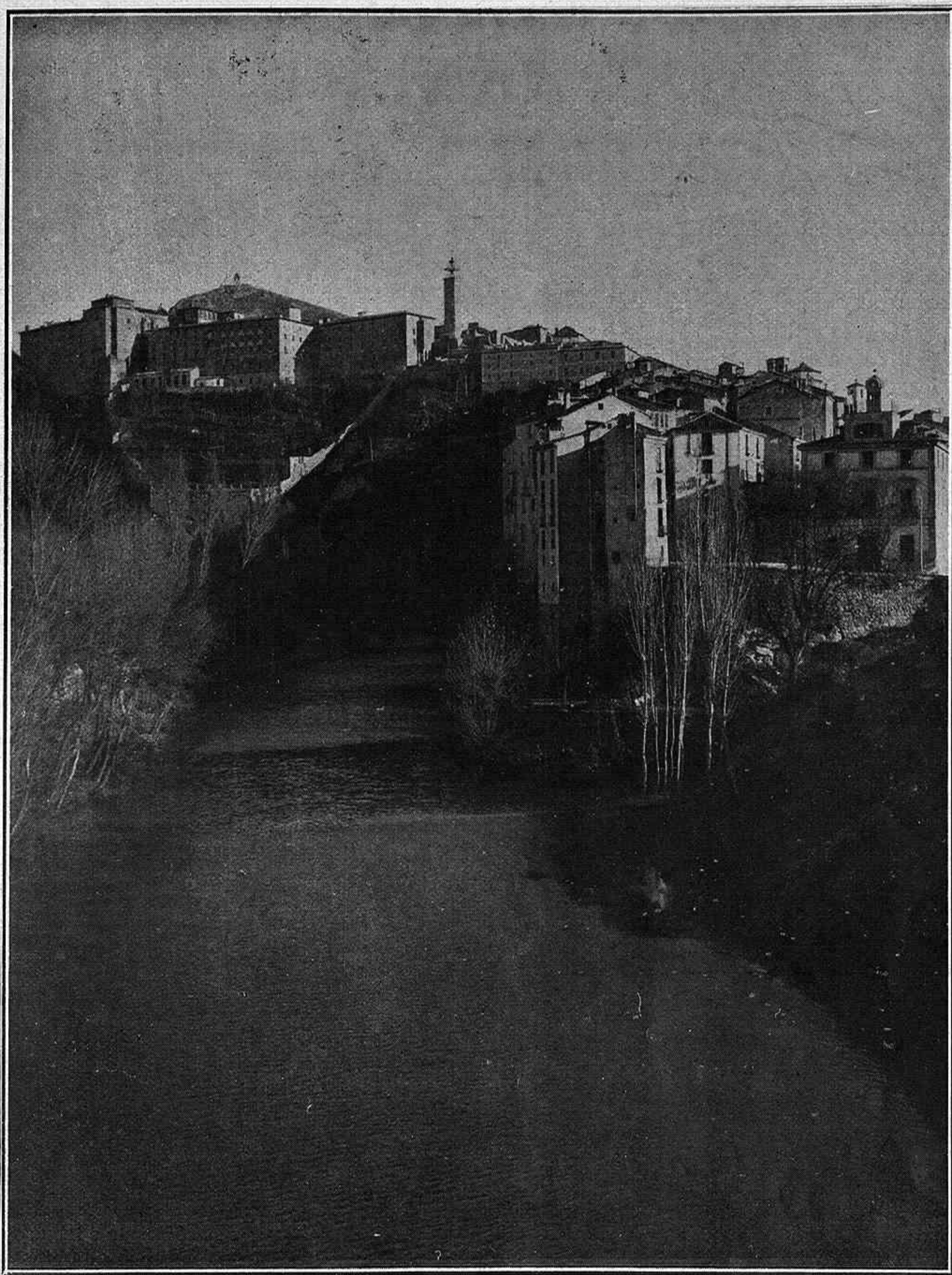
PAISAJES ESPAÑOLES

EL «DESCUBRIMIENTO» DE CUENCA

Es verdaderamente consolador observar cómo se va abriendo camino la evidencia de las hermosas perspectivas y de los ensoñadores aspectos que ofrece Cuenca. Desde hace algún tiempo, los españoles, ahitos de tanto corretear mundos y batallar por riscos, llanuras y mares lejanos para descubrir y conquistar tierras extrañas, parece que hemos comprendido que es mucho menos arriesgado, y sobre todo más práctico y justo, descubrimos y conquistarnos á nosotros mismos, es decir, poner de resalto las innumerables bellezas y riquezas que encierra nuestra patria, hasta ahora casi por completo desconocidas no pocas de ellas. ¿Quién sabe si siguiendo esa ruta llegaremos á dar con algún filón aurífero inagotable ó con la legendaria piedra filosofal que nos permita salir definitivamente de apuros! Porque ahondar en los recónditos parajes en que se esconde, huraño y silente, el pasado, puede reportar ese positivo beneficio, aparte de los imponderables provechosos sensitivos de tantos y tantos goces espirituales como se van experimentando á cada nuevo hallazgo maravilloso ó contraste sorprendente.

Es un hecho ya indudable que el conocimiento de los encantos tan notables de los panoramas conquenses se ha extendido en estos últimos años de manera extraordinaria. No podía ser de otro modo, desde que se ha puesto de relieve que el gran público no es insensible á las sugerencias y llamamientos de los escritores y artistas que hemos procurado sacar del olvido el embrujamiento de sus rinconadas, el pasmo de sus paisajes pétreos y el sortilegio de sus rumbosas corrientes.

El galardón del visible interés que se presta ya á la pintoresca Cuenca corresponde por igual á los que con la pluma, el pincel ó la máquina fotográfica hemos puesto ante la vista de las gentes la impresión viva y subyugadora de tantos cuadros naturales admirables extraídos de sus peñascos, de sus ríos, de sus arboledas, de sus casas colgadas, de sus callejuelas retorcidas, de sus edificios históricos, de sus encrucijadas poéticas. Pues si bien es cierto que literatos he-



Cuenca.—Hoz del Júcar

(Fot. López Beaubé)

mos dedicado la atención á describir y realzar los variadísimos matices conquenses, nuestros alegatos no hubieran convencido tan plenamente á los lectores de no ir acompañados de la reproducción pictórica ó fotográfica demostrativa de que no nos habíamos dejado ganar por la excesiva simpatía ó la hipérbole descabellada.

Y en este sentido de celebrar la justicia que se va logrando para las excelencias de Cuenca, al proclamar merecimientos en la obtención de tan halagüeños resultados, no debe quedársenos en el tintero el elogio que es obligado tributar á la Prensa, y muy especialmente á la ilustrada; y dentro de ella, aunque esto hiera la modestia de los directores, conviene destacar á las publicaciones de Prensa Gráfica, de estas insuperables revistas LA ESFERA, *Nuevo Mundo* y *Mundo Gráfico*, que con un patriotismo exaltado y un depuradísimo criterio artístico nos han concedido carta blanca para llevar á sus páginas la expresión escrita y objetiva de cuanto es digno de encomio y de ser conocido en nuestro país. De poco hubiese servido la fina percepción y exquisito acierto del artista aficionado, creador

decisivamente en la divulgación de tanta maravilla nacional puesta al alcance de todos.

Al descubrimiento total de Cuenca, pues, tan aislada y recogida en sí misma hasta pocos años há, contribuyen de consuno, en noble y desinteresada emulación, los escritores que viajan por ella; los artistas, pintores y dibujantes ó fotógrafos como López Beaubé, que ha sabido captar hábilmente esos recodos tan sugestivos en la pendiente hacia el valle del Júcar, ó en la empinada cuesta zigzagueante hacia el curso del Huécar, los dos ríos que abrazan á la ciudad, y la Prensa ilustrada.

Y puesto que el descubrimiento de las distintas bellezas de la capital y de sus contornos va siendo ya una realidad, no deben parar ahí los esfuerzos de los descubridores, sino que sus exploraciones, aun luchando con los malísimos medios de comunicación existentes, deben hacerse extensivas al corazón de la serranía conquense, en donde los escenarios de la Naturaleza regalan á los ojos espectáculos inolvidables.

FRANCISCO ANAYA RUIZ



Una original escenificación de Alarma

VIDA ARTISTICA

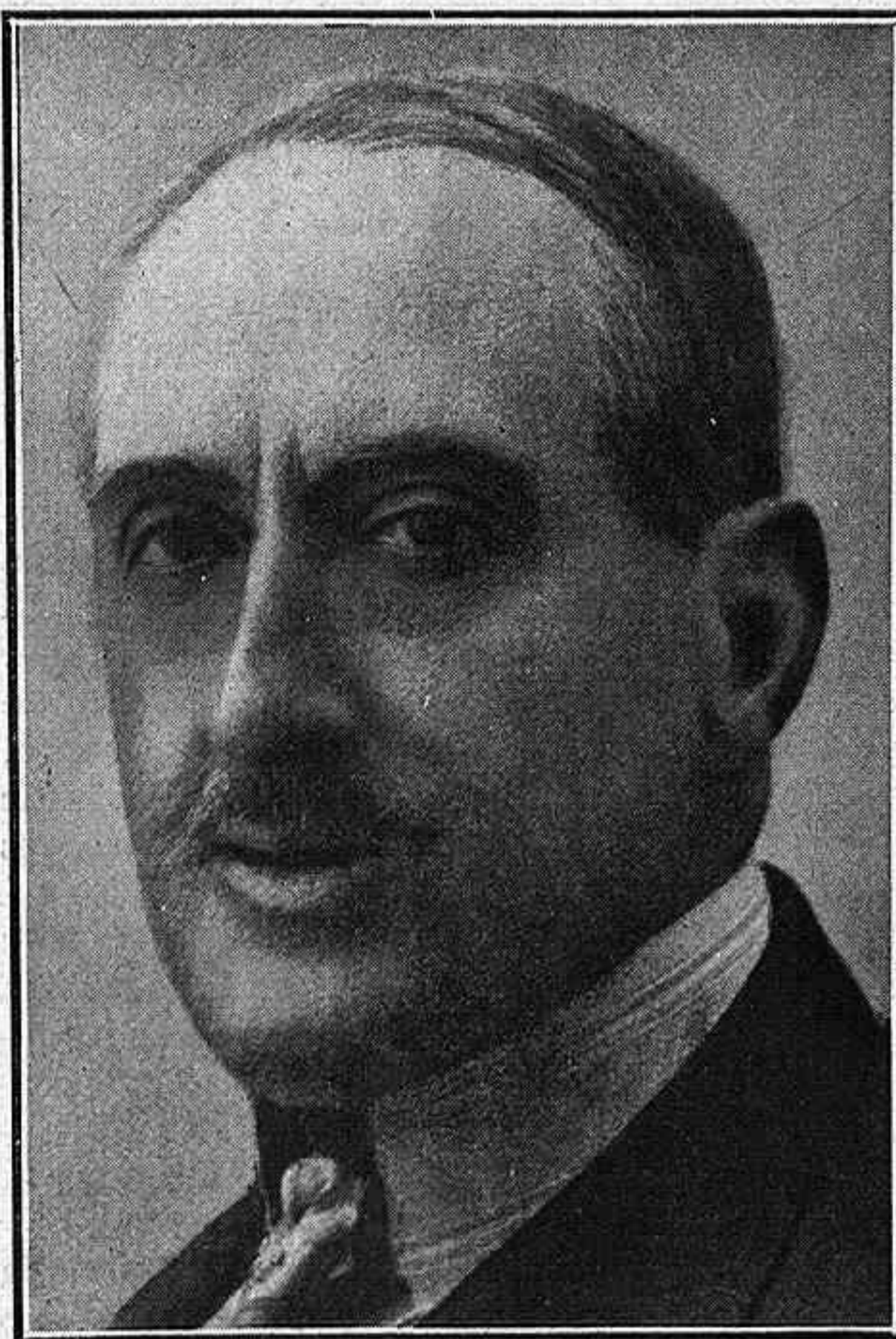
EL ESCENÓGRAFO SALVADOR ALARMA

EN el Círculo de Bellas Artes se ha exhibido recientemente una serie de croquis y bocetos escenográficos originales de Salvador Alarma. Completaban la Exposición, añadiéndola el aspecto interesante de la realidad teatral con luces y perspectivas escénicas, unas cuantas maquetas, donde podía apreciarse el concepto clásico de su arte y la habilidad experta que posee el Sr. Alarma.

Así, pues, el conjunto ofrecía, para toda clase de visitantes, atractivos de diversa pero coincidente condición. Ante los teatros en miniatura, se sentían un poco niños, como ante el juguete iluminado y sugeridor que realmente eran. Ante los dibujos y proyectos, frente a las acuarelas evocadoras de dramas, comedias y zarzuelas, sentían igualmente rebrotar ese gozo infantil de la contemplación de un álbum de estampas, creadas para los muchachos de otro tiempo, en que la imaginación estaba menos exaltada y saciada que la actual.

¿Se comprende bien lo que pretendo insinuar? No es un reproche ni un ditirambo. Intento fijar desde el principio la impresión causada en el público de buena fe que, por fin, hemos logrado invada, con todo derecho, gratuitamente el Salón de Exposiciones del Círculo.

A ese público, no del todo ignorante ni fácilmente conquistable, le ha parecido que este arte de Salvador Alarma, donde tan excelentes capacidades y resultados se muestran, cumple bien

SALVADOR ALARMA
(Fots. Alfonso)

su cometido é incluso adquiere el valor y el rango estético de obras maestras en su género.

Mas no ha de silenciarse la opinión de elementos adversos, de aquellos á quien el espíritu polémico hormiguea siempre, de los otros también que consideran no se han logrado inútilmente las renovaciones europeas de la escenografía moderna, y que no debe, por lo tanto, consentirse una supuesta ejemplaridad regresiva.

De igual modo suele enfriar el júbilo, el encantamiento infantiles de la buena y candorosa niñez de otro tiempo, la no siempre oportuna experiencia de las personas mayores, la ironía de quienes la ejercitan contra la ilusión ajena, por el afán de ostentar una superioridad impune.

Entre el holgorio recatado, agrupado, de murmullos entusiastas, de contemplaciones sonrientes y extasiadas que mostraba la mayoría del público—docto é indocto, pues no ha de suponerse solamente agrado en los ingenuos é ignorantes—, iban y venían los partidarios de las nuevas tendencias sintéticas, los que consideran grave pecado escenográfico la simulación realística, el decorado naturalista, cuando existen en el mundo Gordon Craig y Max Reinardt y Bragaglia, y nuestros admirables Fontanals, Barradas y Burmann, decían en voz alta su repulsa y procuraban poner paño al púlpito de lo que imaginan peculiar conocimiento exclusivo de las nuevas tendencias y las más actuales conquistas en el arte de la escenificación moderna.

«¿Qué vienen á hacer estos decorados—me pregunté en otra ocasión al examinar la obra de Soler y Rovirosa y anticipándome á las objeciones de los que aspiran á suprimir radicalmente el concepto escenográfico que Soler y Rovirosa y sus discípulos, cual Salvador Alarma, representan—cuando ya la evolución delirante de los bailes rusos y el simplicismo de los bailes suecos y las fragmentarias fantasías de *El murciélago* y de *El pájaro azul* parecen insuficientes; cuando se exaltan los complejos plásticos movibles de Balla y Dapero é inflama el teatro Kameruy sus luminarias y proyecta Fortuny sus reflectores sobre las superficies giratorias revestidas de brillantes sedas; cuando el sistema de vagones sobre los escenarios laterales al central de Federico Brandst ya se abandona en la *Schauspielhaus* de Berlín, y cuando el sistema Asphaleai empleado por Roberto Guinner, facilita extraordinariamente los cambios de decorado, tan difíciles y lentos en la tramoya del siglo anterior

«¿Qué viene á expresar—añadí—esta obra de Soler y Rovirosa, tan íntegra, tan pura de normas como eficaz y bella de resultado, mientras los selectos «quinientos» de la *Komedie* reinardiana sustituyen á la aspiración pretérita de «los cinco mil», mientras se preconizan las *escenas neutrales* y Picasso escenifica la *Antígona* clásica y ya parece *demodée* el criterio y la escena del *Vieux Colombier* y el «realismo mágico», como se nombra ya á las derivaciones picturales del post expresionismo, invade los escenarios y Fuerst trata de imponer el decorado *espacial* y se rechazan las visiones concretas y se pide como única norma la «inspiración» cerebralista?»

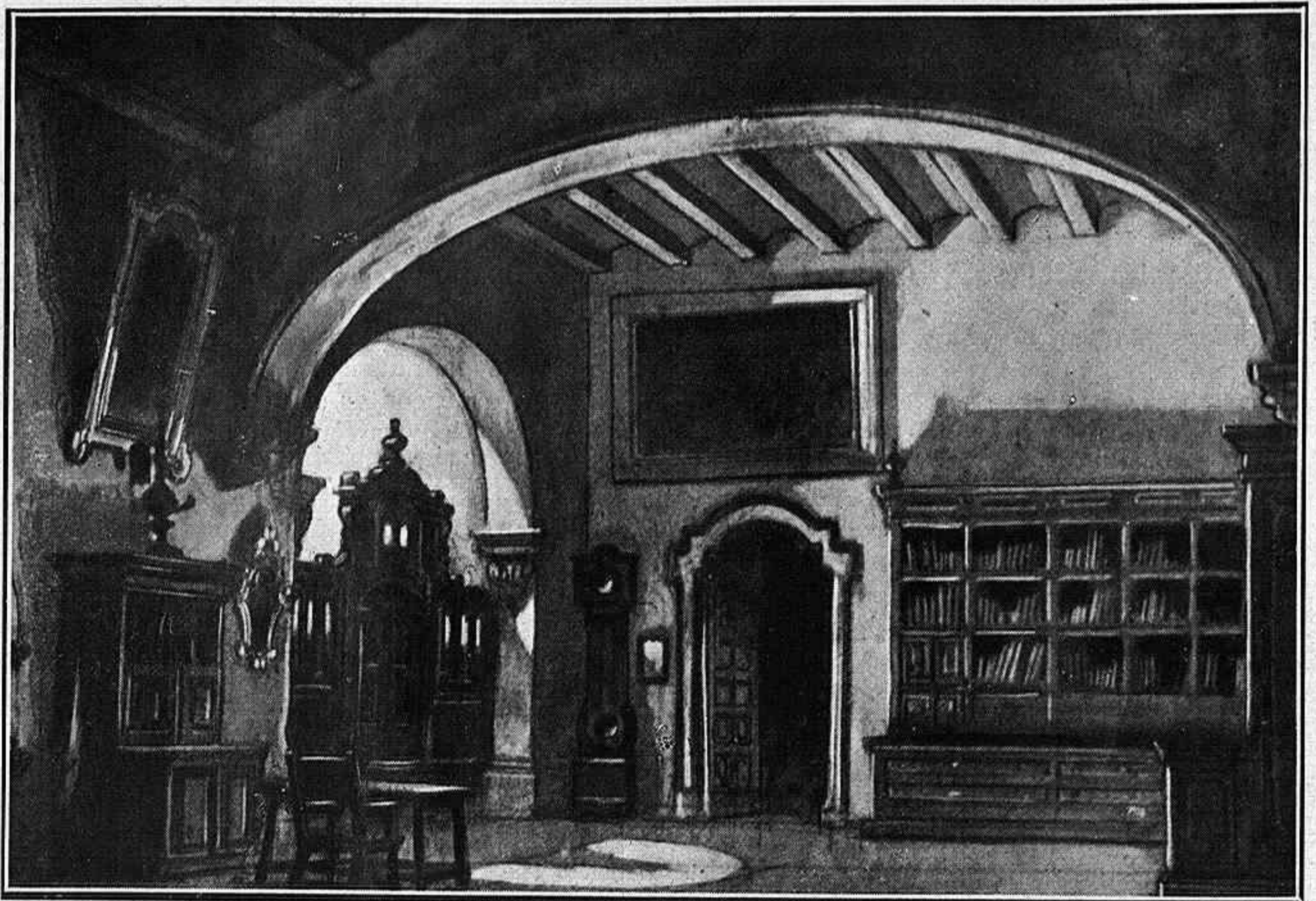
No. Ciertamente, no ignoramos el peligro de estos bruscos contactos de un criterio todavía muy arraigado en las muchedumbres, y el que con noble legitimidad y coetánea lógica pretenden imponer lo que se ha dado en llamar «minorías selectas» en una impaciente y rápida sucesión de teorías fugentes.

Incluso nos interesa y sentimos hacia esas formas nuevas de la escenificación teatral una gran simpatía que en muchos casos se encalidece de fervor y se afirma en sincera admiración.

Pero no hay que olvidar cómo al otro lado, fieles á sus principios didascálicos, dotado de capacidad esencialmente—«temperamentalmente» diría—, indicada para ese género pictórico, artistas cual Salvador Alarma cumplen y realzan su significado con arreglo á la tradición del *segundo clasicismo*.

•••••

Salvador Alarma es catalán. Su formación técnica, sentimental é imaginativa, se realiza en los talleres de los maestros de fines del siglo XIX: Soler y Rovirosa, Pla Ballester, Vilomara, Moragas...



Interior del «Don Juan» de Adrián Gual

Moragas es primero su maestro; luego su colaborador. En 1900 firman juntos los primeros decorados—*Los dos pilletes*, en Novedades; *El Nuvi*, en Romea, de Barcelona—; acaso en las postrimerías de la vida de Moragas firmaba éste lo que sólo eran obra de su discípulo y sobrino.

Durante veintiocho años, la actividad y la fantasía de Alarma provee abundantemente los teatros de España y algunos de América. Barcelona, lógicamente, es la que más ocasiones le ofrece de manifestarse. Desde el Teatro del Liceo á los populares ó picarescos del Paralelo, la imaginación vivaz, la maestría factual de Alarma ambientan las grandes óperas, los dramas entrañablemente catalanes, los múltiples cuadros de las revistas de espectáculo.

Desplaza incluso su arte desde los escenarios á los lugares de aire libre. Es, acaso, el creador escenográfico del teatro de la Naturaleza en Cataluña.

En el bosque de Tarrés, en la Garriga, prepara, el año 1911, el escenario donde se representó *Flors de cingle*, de Ignacio Iglesias, y en 1914, el de *La Viole d'or*, de Apeles Mestres.

En 1915, en el bosque de C'auten, inmediato á Sabadell, prepara el escenario de *Terra Baixa*,

de Guimerá, que luego reprodujo en la playa de Badalona. Y también en Figueras hizo la escenificación al aire libre del *Canigó*, de Verdager.

Oportuno habría sido añadir á esta amplia exhibición de sus dibujos y maquetas que ahora ha visto y discutido Madrid, algunas fotografías de aquellas representaciones del teatro de la Naturaleza para el cabal conocimiento de lo que Alarma significa hoy día, si no pareciese demasiada exigencia cuando tantos elementos de juicio aportó.

En el Salón del Círculo hemos visto, por ejemplo, elocuentes testimonios de los decorados del *Don Juan*, de Gual y de Morera; del *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare; de *Andrónica*, de Guimerá; *Lohengrin*, *Parsifal*, *La Walkyria*, de Wagner; de *La lechuza del diablo*, de Casadesús; de *Y va de cuento*, de Benavente; de *Canigó*, de Verdager; de *Mireya*, de Mistral; de *Carmen*; de *La Dolores*, de Feliú y Codina...

Se apreciaba en el conjunto la amplia fantasía del artista, su poética imaginación, la riqueza y brillantez del colorido, el sólido sentido estructural, constructivo de sus composiciones, la acertada perspectiva, la infinita y proteica exuberancia de motivos que sabe poner al servicio evocador de los temas dramáticos que se le confían.

«Los que de años ha—dice Santiago Rusiñol (cuya autoridad pictórica no debe tampoco olvidarse) en la presentación del Catálogo de la Exposición Alarma—escribimos para el teatro, hemos visto realizado en la escena aquello que habíamos previsto y en algunas ocasiones soñado, resuelto por su mano y acertado por su visión. Todos decimos: «Es lo que yo quería; las figuras se mueven donde debían de moverse; éste es el fondo que las convenía, y sin ese marco quedarían descentradas.»

Modelo del género son en tal sentido casi todas las citadas, y además las decoraciones de *El maestro de armas*, *Pa mí que nieva*, *Oriana*, *La sombra del Pilar* y *Atlántida* y las recientes de la revista *Charivari*, que representan la clarísima playa de Tossa y un interior de casa de pescadores que vimos *vivir* hace pocos meses en Barcelona, como magnífico fondo de un cuadro versificado por el poeta Segarra, donde se exaltaba el alma popular de Cataluña.

Y, en todos ellos, la pericia del dibujante, la sensibilidad del artista, la cultura del erudito se unían para sostener el rango estético de este arte de la escenografía dentro de las normas tradicionales de los grandes maestros catalanes, entre los que habrá de situar la historia el nombre de Salvador Alarma con el admirativo respeto que merece.

SILVIO LAGO



Decorado de «El Húsar»

CUENTOS AMERICANOS

FRENTE AL CERRO DE BÁRBULA

El tren corre en la mañana llena de sol. Por los cristales del vagón se divisan los horizontes verdes, los cielos azules, las aguas argentadas de un río. Peñones rompen, aquí y allá, el río en espumas.

La sombra se arremansa, oblicua, bajo la copa de cedros, yagrumos y samanes. De entre las frondas, al pasar el convoy, parten vibrantes vuelos de pájaros: un turpial, gualdado y negro; un cardenal de copete de púrpura, un azulejo, una paraulata carmelita.

Tableros de ajedrez, los cañaverales se suceden. Las pértigas de azúcar erigen sus lanzas verdes, armas de tropa vegetal, á las dos manos de la ferrovía. Yuntas de bueyes, aguijadas por el gañán, abren surcos en tierras rozadas.

Siguen la carretera, á veces emparejada á la vía, hombres á pie y á caballo. Mujeres arrean sus borricos cargados de papas, de maíz, de habichuelas: son campesinas ate adas, el rojo pañuelo de Madrás á la cabeza, bajo el sombrero alón de cogollo, y trajeadas con blusa y falda de zaraza gris ó morada. Pasan recuas de mulas. Pasan puntas de novillos. Pasan automóviles... Pasan también carretas cubiertas de encañados pizarrosos: conducen el *papelón*, azúcar del pobre, cuajada en moldes cónicos, en dulces monolitos castaños de dos palmos.

O.O.

En el vagón presidencial va D. Tiberio Borgia, el dictador, el monstruo, con su séquito: «doctores», militares, seides, esbirros, espías, algunos ministros y muchos espalderos.

Vestido de gris oscuro, ceñido el panamá, se repantiga en el asiento de rejilla el viejo Tiberio iletrado, el mandarín rural, la sonrisa en el colmillo, entrecerrados los capciosos ojos de cerdo, oyendo complacido las adulaciones de los palaciegos. Su corpacho es el más voluminoso. Tiberio Borgia necesita dos asientos: uno y medio para sí; el otro medio para su jerarquía y para su panamá, que de tiempo en tiempo se quita y vuelve á poner.

—¿Qué hora es?—pregunta, por decir cualquier cosa.

—La que usted quiera, general—le responde uno de los ministros en tono ambiguo, mitad de manido chiste cínico; mitad, y aun más, de sincero servilismo.

Ha puesto delante de los ojos al «general» una enorme cebolla de oro. Veinte cebollas idénticas, encadenadas á veinte gordas leontinas, habían salido á un tiempo de veinte chalecos, de buena voluntad.

Hacia el fondo del coche, tres edecanes discuten sobre quién conoce mejor el carácter y la historia del «general». Y refieren una ocurrencia que los hace desternillar de risa. Días atrás encontraron á don Tiberio divirtiéndose con dos ó tres áulicos: había hecho llenar de agua hirviendo la bañera, y se entretenía en arrojar dentro los pececitos de colores de la pila y en ver los brincos que daban al caer.

—¿Y tú qué cuentas?—preguntaron á un escribiente de la secretaría de don Tiberio, que los estaba oyendo sin proferir palabra.

—Yo, como empleado de secretaría, debo guardar secretos—repuso el amanuense.

Y nadie le sacó una jota.

El conoce las justicias del monstruo.

Más distantes aún, dos esbirros cuchichean. —¿Sabes que á Fideo, el cabo de presos de la Rotunda, lo pasaron á la penitenciaría de Occidente?

—No.

—Entonces, ¿tampoco sabrás lo que dijo al salir de la cárcel?

—No.

—Pues exclamó, furioso, delante de todo el mundo: ¡Malditos sean! Me habían prometido la libertad, y así me pagan ahora, después de haberme hecho atormentar á tantos hombres y envenenar á tantos inocentes.

—¿Y no lo mataron á él?

—Lo matarán en Occidente.

—Ya no se está seguro ni sirviendo...

—Es lo malo: que se exponga uno y que tenga de frente á aquellos á quienes se atacó, está bien; pero no contar siquiera con aquellos por quien uno se juega el pellejo!...

O.O.

El tren avanza. El día avanza también.

Ya el sol no parte del horizonte, recta espada á pecho y ojos: cae casi del cenit en cálidos chorros que acaloran y ofuscan. Las frentes se emperlan. Cada guijarro centellea como una piedra preciosa.

Las montañas angostan el horizonte. A la llanura de ajedrez, á los tendidos campos de cañas

de azúcar, han sucedido masas enormes y empinadas cubiertas de obscuras arboledas de café.

—Pronto divisaremos el cerro de Bárbula—exclama uno de los «doctores», dirigiéndose al «general».

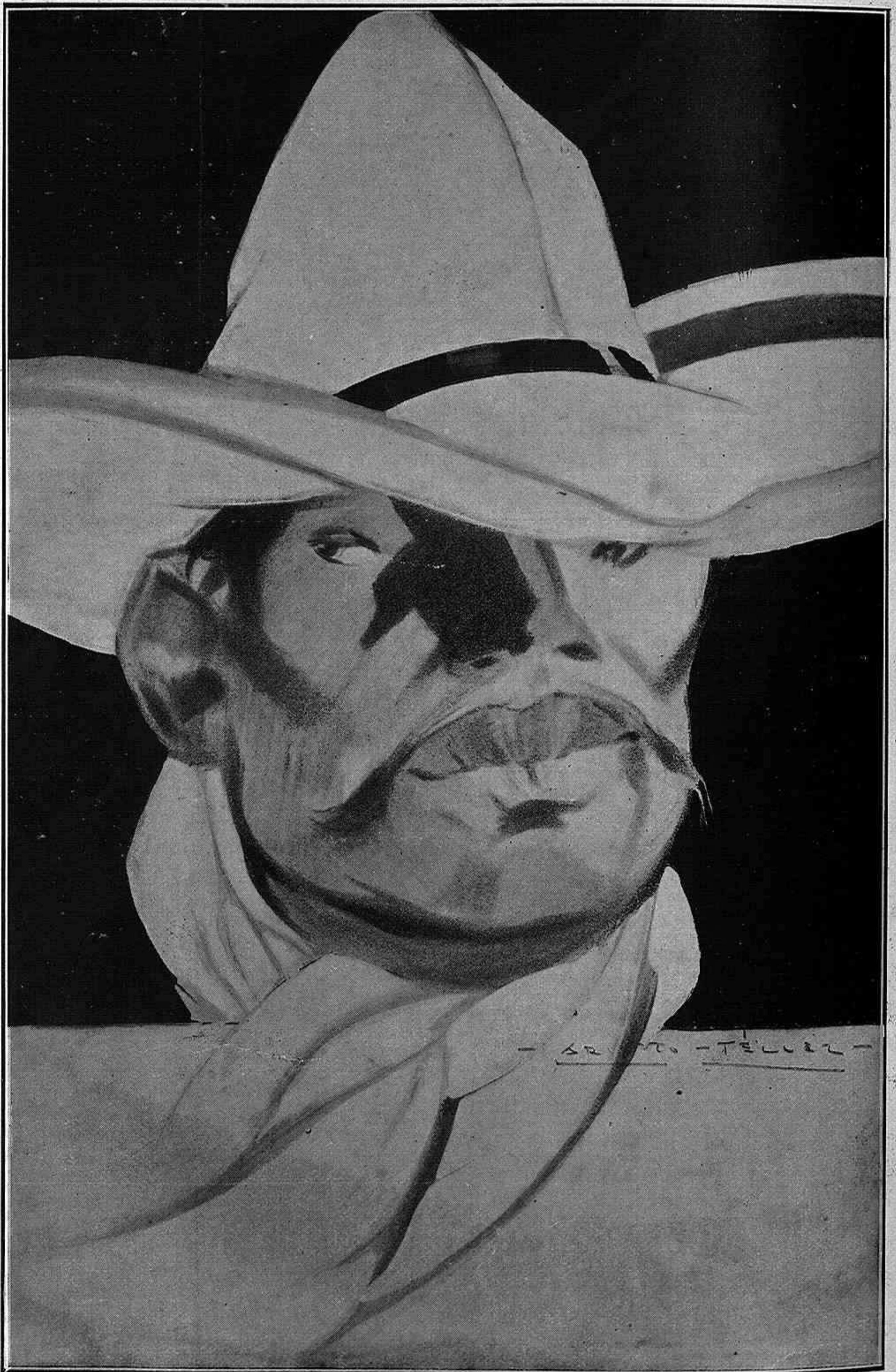
El viejo Borgia responde vagamente:

—Sí, ¿eh?

¡Qué le importa! ¡Qué emoción va á producir en su pecho, de ignaro palurdo, la cercanía ó la vista de aquella cumbre gloriosa!

El «doctor», con la manía oratoria de todo el mundo en aquel país, explica en alta voz, como si diera una conferencia:

—El mayor número de ustedes recordará, señores. Por los días adolescentés de la libertad y de la República, un oficial patriota, en la flor de la juventud, Girardot, alcanzó en Bárbula,



Don Tiberio Borgia, el dictador, el monstruo...

tras combatir homérico y en el momento de coronar la cumbre, la victoria y la muerte. Bolívar condujo su corazón á la capital, en una fiesta pagana que fué un acto político. Girardot había nacido en el antiguo virreinato de Nueva Granada; las dos naciones, la suya y la nuestra, se estrecharon las manos al borde de aquella tumba, y, unidas en el mismo ideal, formaron más tarde una gran República: Colombia. Aquella Colombia de entonces, aquella Colombia grande, es la nación á quien las repúblicas de la América española del Sur y la América del Centro debieron, en mucha parte, la emancipación directa, ó la indirecta consolidación de la independencia.

Don Tiberio escucha y calla. ¡Qué le importa á él nada de aquello! El es precisamente la negación de la libertad y del espíritu de sacrificio, y no comprende la muerte sino infligida como castigo de la barbarie á los más dignos y más puros, en el fondo de dantescas mazmorras.

Una voz y un cuerpo adiposo, gigantón, se alzaron:

—Vamos á remojar el gañote, señores, y á brindar por Bárbula y por Girardot.

Era Bisontito, primogénito de Tiberio Borgia. Con la presteza del hábito servil, uno de los espalderos, negrazo de cara macheteada, extrajo de petaca *ad hoc* un litro de Hennesey, varias copas, un platón, y se puso á repartir el coñac.

El «general» rehusó beber.

En el extremo del coche, los dos esbirros se tatearon de codos.

—No será por virtud de templanza que no bebe.

—¡Claro! No bebe porque desconfía... A desconfiado no le gana ni Dios.

—En este caso, motivos no le faltan. Después de lo del tío...

Llevan razón ambos esbirros. El «general», buen traidor, sospecha traiciones; y como quien las debe, teme que se las cobren. Además, de aquel vástago hay que temerlo todo. Hijo de gato, caza ratón. ¿No acababa de asesinar por propia mano y en asocio de un hermanito al tío paterno, don Fulancho, en el mismo palacio presidencial?

El viejo Tiberio nepótico había nombrado primer vicepresidente de la República á su hermano; segundo vicepresidente, á su hijo. Bisontito, digno exponente de aquellos Borgias criollos, les tomó odio al padre y al tío. Le pareció que ambos lo despojaban de algo que era muy suyo. ¿Quién ha dicho que las herencias dinásticas se estilen por vía colateral?

Un día enfermó Tiberio... El joven Borgia, creyéndose ya sustituido en la herencia, volvió por sus derechos y mató al tío Fulancho.

—Pero, ¿se conocen detalles precisos?—preguntó uno de los esbirros á su camarada.

—¡Ya lo creo! Don Fulanchito tomaba todas las noches, al acostarse, una copa de agua.

—Lo sé. Y el ordenanza se la dejaba diariamente sobre la mesita de noche.

—Pues aquella noche al agua se le puso un narcótico... Después, á eso de las dos ó dos y media, se presentaron en Palacio Bisontito y su hermano Gonchalo; cortaron al infeliz la carótida y las arterias de la muñeca...

—¡Qué cirujanos!

—Después se lavaron las manos, se secaron en las toallas, dejando sus huellas dactilares por todas partes, y se fueron á sus cuarteles á dormir.

—¿Pero se sabe á punto fijo todo eso?

—Con absoluta evidencia. La hermana de la víctima acusó á sus sobrinos á grito herido, furiosa y dolorida, ante el mismo «general». Además, las declaraciones de la Policía y de la guardia de Palacio son contestes: nadie se acercó á la mansión presidencial aquella noche sino Bisontito y su hermano Gonchalo. Una hora después de entrar salieron. Ningún soldado, ningún polizonte, nadie notó nada anormal. Todo ocurrió sin ruido, sin fractura, en el mayor orden.

—En efecto, ¿quién iba, no digo á entrar impunemente, ni siquiera á acercarse á esa fortaleza, guardada por un retén, por la policía, por sus espesos muros de piedra y, sobre todo, por el pavor que inspira?

—Ni los duendes.

—Bien; pero de los de adentro, ¿no se sospecha?

—Los de adentro son ellos mismos, la familia y servidores probados, seguros. Además, el «general» hizo averiguaciones personalmente. Cuando á él no cabe duda, ¿qué duda va á caber á los demás?

•••••

El tren se aproximaba á Bárbula. Las narices iban achatándose contra los cristales.

El coche es abejero de conversaciones y riótadas que la segunda copita de coñac ha promovido.

—Negro—grita Bisontito al copero—, prepare los bártulos; la tercera, frente al cerro. ¡Y viva Girardot!

—Ya tengo la...

El negro no pudo concluir.

Se produjo un estampido tremendo; se detuvo el tren; se levantó una nube de polvo, de humo y un sonar de tornillos, de clavos sacudidos; un ruido

de ferretería sucedió al estampidoseco, rotundo.

Corrió el negro Ganimedes; corrió Bisontito; corrieron los «doctores», los militares, los seides, los esbirros, los espías, los ministros, los espalderos. El vagón quedó solo.

Se empezaron á escuchar imprecaciones, llantos, súplicas de socorro.

Algunas voces y algunas piernas salían de debajo de los vagones. Los rieles, las ruedas, las portezuelas, fragmentos informes de madera y de hierro, rojaban empapados en sangre.

Nadie sabía la razón de lo ocurrido; ¿un siniestro?, ¿un atentado? El baúl ensordecía. Todos habían perdido la cabeza. Algunos habían perdido también el portamonedas.

En medio de la algarabía y la desbandada, inquietan algunas voces en angustia:

—El general. ¿Dónde está el general?

Pero el «general» no aparece.

¿Se lo ha tragado la tierra? ¿Yace en medio de los escombros? ¿Se habrán salido con la suya los dinamiteros revolucionarios, y allí, frente al cerro de Bárbula, en homenaje á la libertad, queda el monstruo tendido? ¿Se ha hundido en los infiernos?

El vagón presidencial permanece intacto. Los ministros y los espalderos, en busca de don Tiberio, miran por las ventanillas. Tiberio Borgia per-



Estaba muerto; pero sólo muerto de miedo...

manece allí, tranquilo, impertérrito. No se ha movido de su asiento.

—General, por Dios—le gritan—, no haga locuras; salga de ahí.

El «general» no responde.

Uno de los ministros sacude la cabeza, atónito, como significando: «Este hombre es más que un héroe.»

—General, general.

Como Tiberio Borgia no se moviese, uno de los espalderos gritó:

—¡Cuidado! ¡Debe de estar herido!

—Quizás muerto—masculló otro.

Y penetraron en el coche, cautelosos.

Don Tiberio no estaba muerto... Es decir, sí estaba muerto; pero sólo muerto de miedo. Rívido, pálido, sincopado, ¿cómo volverlo en sí?

Le rociaron el rostro con agua fría. Le dieron á respirar un frasquito de sales. El «general» abrió los ojos, el gesto amarrado. Estaba incólume. Los dinamiteros no se habían salido con la suya.

R. BLANCO-FOMBONA

(Dibujos de Aristo-Téllez)

CRONICAS DE ROMA En San Pietro in Montorio y en el Palacio Barberini



Los Reyes de Italia al salir de visitar la Exposición de los pensionados en la Real Academia Española



Visita de SS. MM. los Reyes de Italia á la Real Academia de España en Roma y el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, a los que acompañan el Director, Sr. Blay, y su señora

La iniciativa de Castelar, en 1863, se debe la fundación en Roma de la Academia Española de Bellas Artes, por la que han pasado artistas tan ilustres como Pradilla, Palmarioli, Moreno Carbonero, Chicharro, no sólo á título de pensionados, sino también en calidad de directores algunos de ellos.

En el monte Gianicolo, y ante una perspectiva espléndida de la ciudad, se alza esta institución española, de la que forma parte el templete siempre admirado de Bramante. El aislamiento de su situación y los efectos de luz que allí se tiene son

más que propicios al recogimiento laborioso en donde se funden los colores de la paleta.

Si en aquel ambiente un artista no llega á formarse é inicia su trayectoria luminosa, está ya visto que entonces usurpó, mal que le pese, una distinción inmerecida.

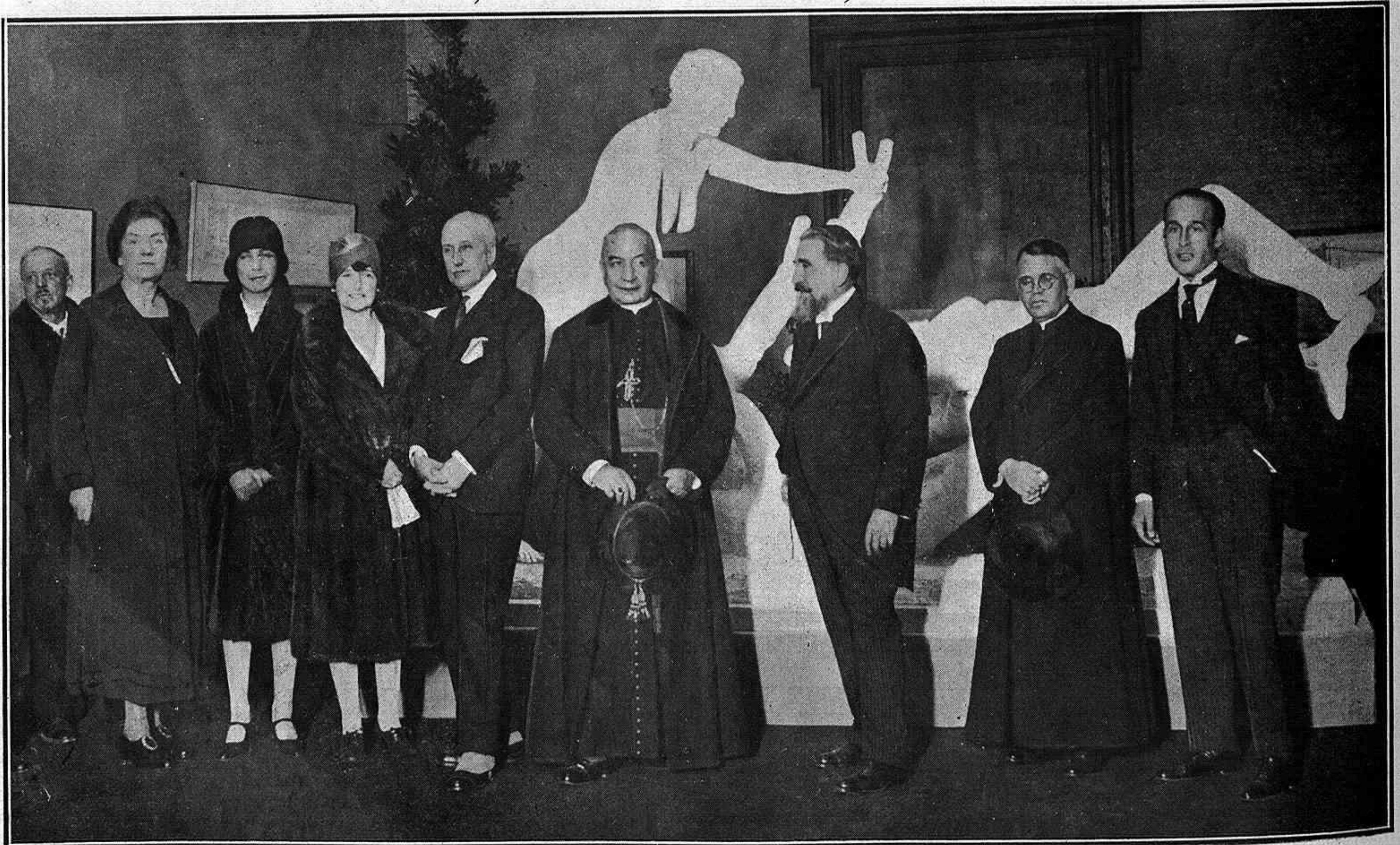
Mejor que deje los pinceles ó el cincel y se dedique á un oficio manual cualquiera.

El director de ahora, Sr. Blay, comprendiendo la suma importancia de estos años de pensionado, que no deben malograrse en un descanso contemplativo, trata, por todos los medios po-

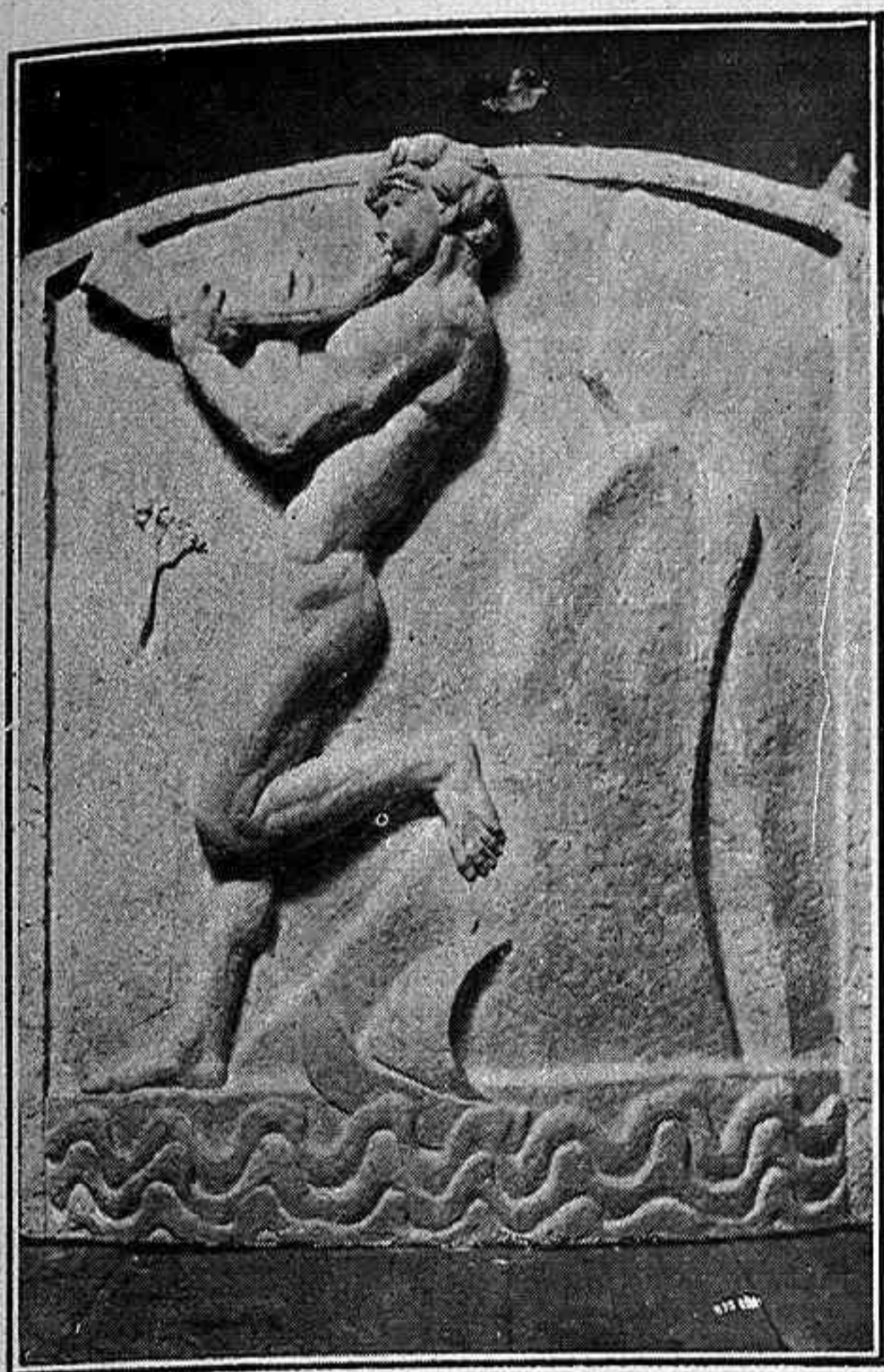
sibles, de crear allí atmósfera, dando calor á las diferentes iniciativas de los artistas y de unificar en belleza el esfuerzo constante de ellos. Puesto que no á una elemental finalidad de alojamiento debe reducirse la Academia.

Y con los últimos trabajos, no mandados todavía á España, improvisa una Exposición de rezagados.

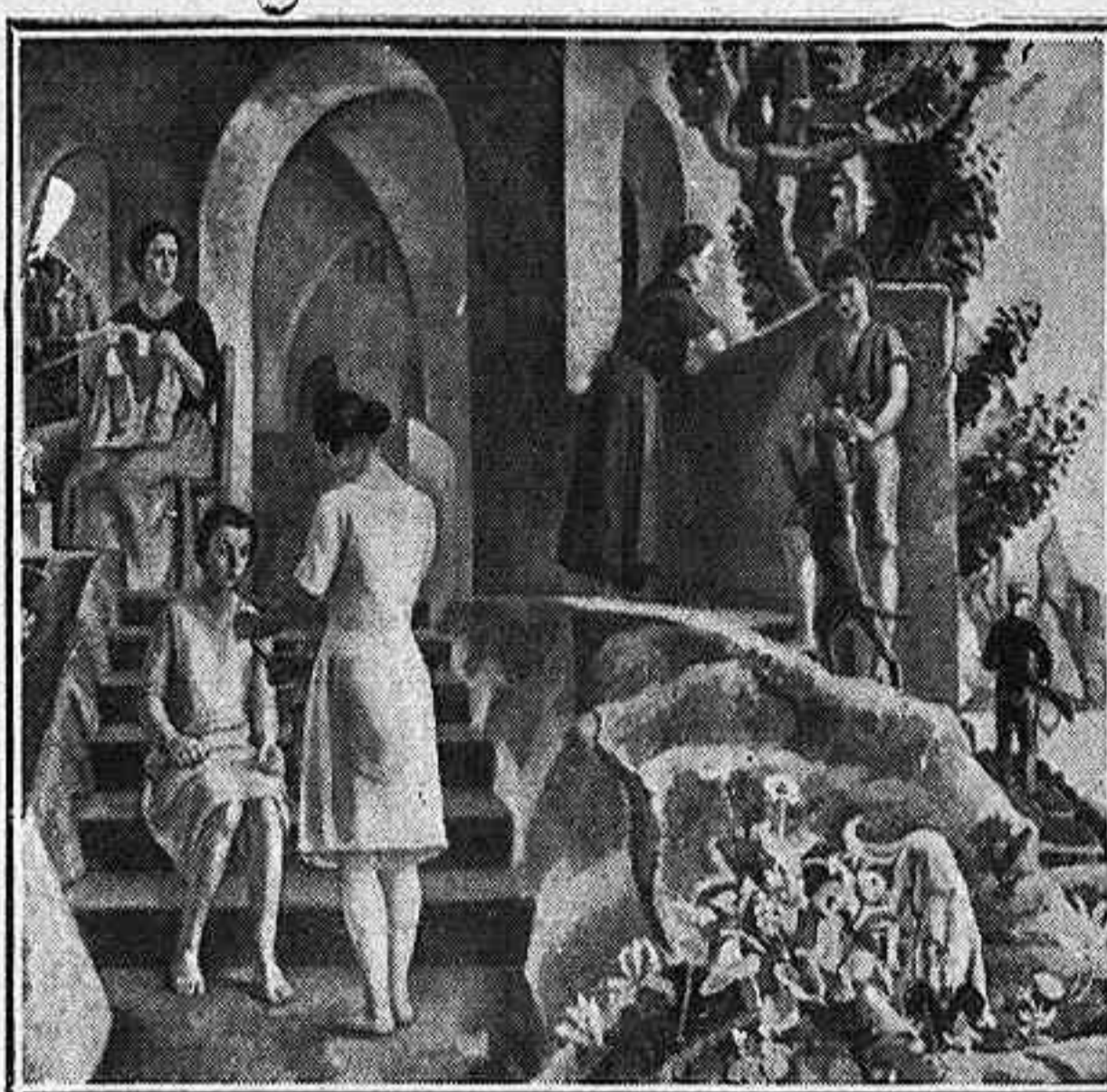
Los escultores Beltrán y Labiada; Valverde y Pérez Rubio, pintores, y los arquitectos Moya y Blanco son los expositores que, á punto de marcharse, parecen presentir de antemano la



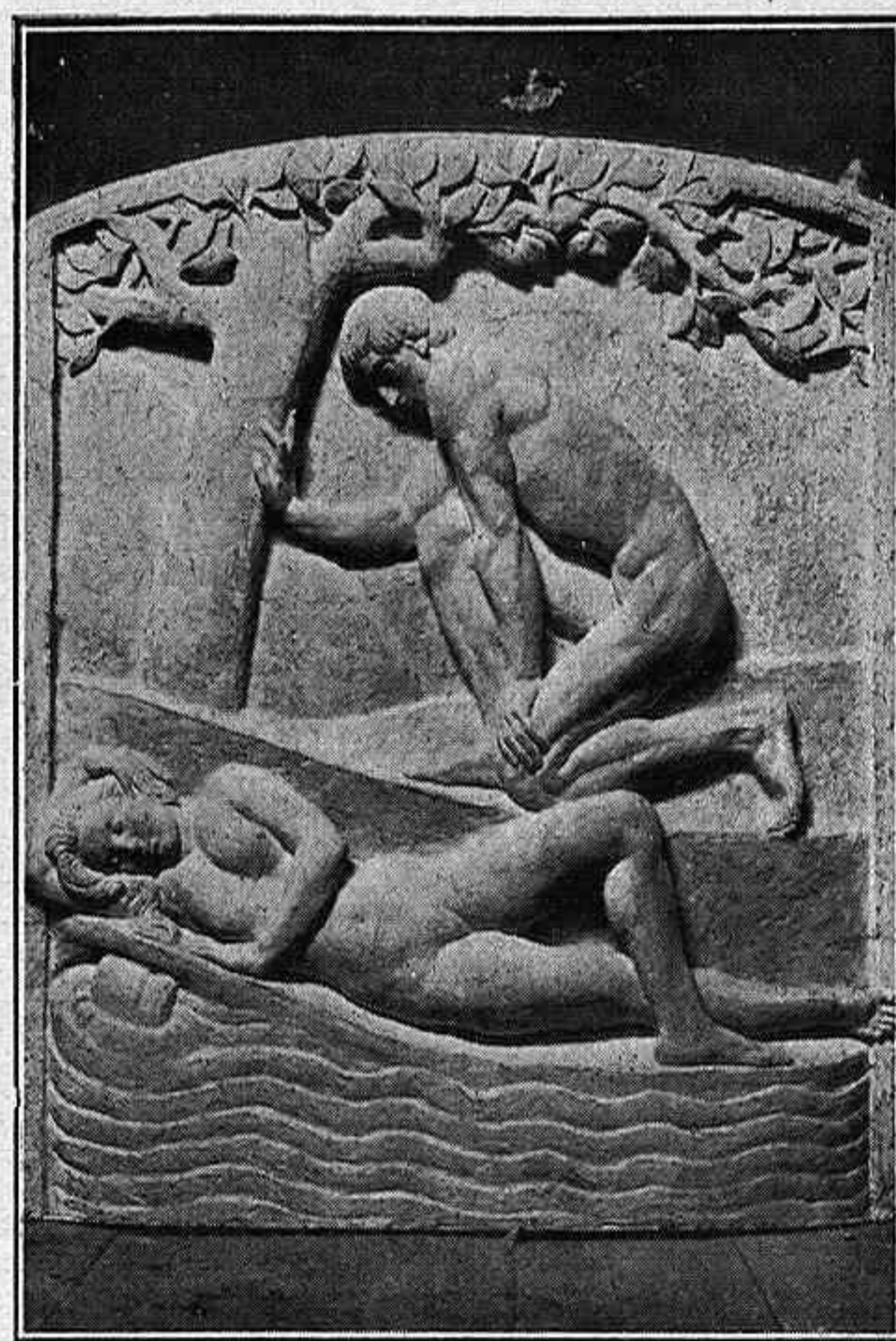
Acto inaugural de la Exposición.—De izquierda a derecha: señora de Blay, señora de Magaz, Marquesa de Persichetti, Monseñor Melo, Arzobispo de Valencia y antiguo Obispo de Madrid-Alcalá; Director de la Academia, Sr. Blay, y el escultor Sr. Beltrán



Relieve de Beltrán, pensionado de Escultura



«Bella Vista», cuadro de Valverde, pensionado de Pintura



Polifemo y Galatea, relieve de Beltrán, pensionado de Escultura

nostalgia de esta tierra tan rica en motivos de inspiración.

No podemos decir que la gestación realizada haya sido muy fecunda. Dificultades económicas producidas por el cambio y, sobre todo, hay que decirlo, la ausencia total de un espíritu organizador que hasta ahora encauzase la compleja vida de la Academia, han debido influir, sin duda alguna, para que los pensionados de esta promoción no dieran una intensidad mayor á sus realizaciones.

Beltrán presenta dos relieves tratando el tema de Polifemo y Galatea, inspirados en Góngora y premiados en el Concurso Nacional. De un ritmo clásico marcadísimo, en los que demuestra una gran elegancia de composición. Su talento es esencialmente decorativo.

La Aurora marca ya otra tendencia que no llega á convencernos por eso mismo que prescinde de la parte decorativa en su obra. Y en un bloque de piedra ha trazado una cabeza infantil que simboliza al sol, cuyo dibujo atrevido nos agrada.

Labiada, una composición muy arbitraria de dos desnudos de mujer, que debió haber presentado formando parte de un proyecto decorativo, ya que nuestra sensibilidad se resiente del aislamiento en que nos presenta este grupo.

Los cuadros de Pérez Rubio dan una vez más idea de este marcado impresionismo francés tan en boga, y que en algunos paisajes resuelve á veces con una estilización de línea muy suelta y nada amanerada. No así el cuadro suyo de mujer.

Valverde ha trabajado más que ninguno. *El señor Costanzo y su gente* y *Bella Vista*, de grandes dimensiones, dan la nota típica de ambiente sin recurrir al convencionalismo del traje regional. Uno representa el canto al trabajo, y el otro la holganza en tierra de Capri. Fien entonados de color y con una técnica que nos recuerda

las del fresco y del tapiz. Los proyectos de los arquitectos fué el mismo arquitecto Sr. Blay quien tuvo la complacencia de explicárnoslos desde un punto de vista técnico.

Moya presenta un estudio de puerto aéreo con base terrestre y marítima, amén de una central ferroviaria; verdadero núcleo de comunicaciones de una modernidad sumamente sentida y adecuada al tema.

Blanco, por su lado, expone un proyecto de *Termas públicas y su enlace con la ciudad*, en el que deja traslucir su profundo conocimiento de la antigua Roma, en consonancia con las tendencias actuales, y un proyecto de *Monumento á las Artes*, en el que da rienda suelta á su inspiración.

Es, en verdad, lástima que por haberse enviado los otros trabajos á Madrid no se hayan expuesto los de los pensionados ya ausentes. No obstante esto, el director ha conseguido realizar con esta Exposición lo que se proponía: atraer la atención como nunca hacia esta Institución Española de Arte, que con el impulso dado y con las reformas aprobadas de renovación arquitectónica y de organización interna, podrá rivalizar en Roma con las otras similares, más ricas en recursos que la nuestra.

La Prensa romana ha comentado con el mayor entusiasmo y simpatía esta exhibición de arte, y los críticos más renombrados fueron los primeros en acudir á ella, como también las representaciones de todas las Sociedades culturales y artísticas.

Fué en el mismo día del santo de S. M. la Reina Victoria cuando se inauguró oficialmente la Exposición por nuestro embajador cerca del Vaticano, señor marqués de Magaz, con todo el alto personal de Embajada y acompañado de monseñor Melo, arzobispo de Valencia.

Destilaron por San Pietro in Montorio todo lo

más señalado del mundo romano; entre ellos, los príncipes Próspero Colonna (conocido hispanófilo), Chigi, Brancaccio, Napoleone Orsini, y la sobrina del Papa, marquesa Persichetti Ugolini.

Por la mañana se llevó á cabo la visita de SS. MM. los Reyes de Italia, que fueron recibidos por los Embajadores, conde y condesa de la Viñaza. Visita que no se limitó á una forma oficial, sino que tuvo todo el carácter íntimo de acogida calurosa por nuestra parte y de complacencia bien marcada en la atención que los augustos huéspedes dieron á las obras allí expuestas.

Y lo que no cabe duda es que ha resultado el acontecimiento más saliente de la semana, suscitando comentarios muy halagüeños, que para nosotros, españoles, adquieren un valor «sensible» cuando los recogemos en tierra extranjera.

Fiesta que por su carácter italoespañol debe considerarse como un paso hacia esa aproximación espiritual de dos pueblos que por tantas afinidades deben ir siempre juntos.

•••••

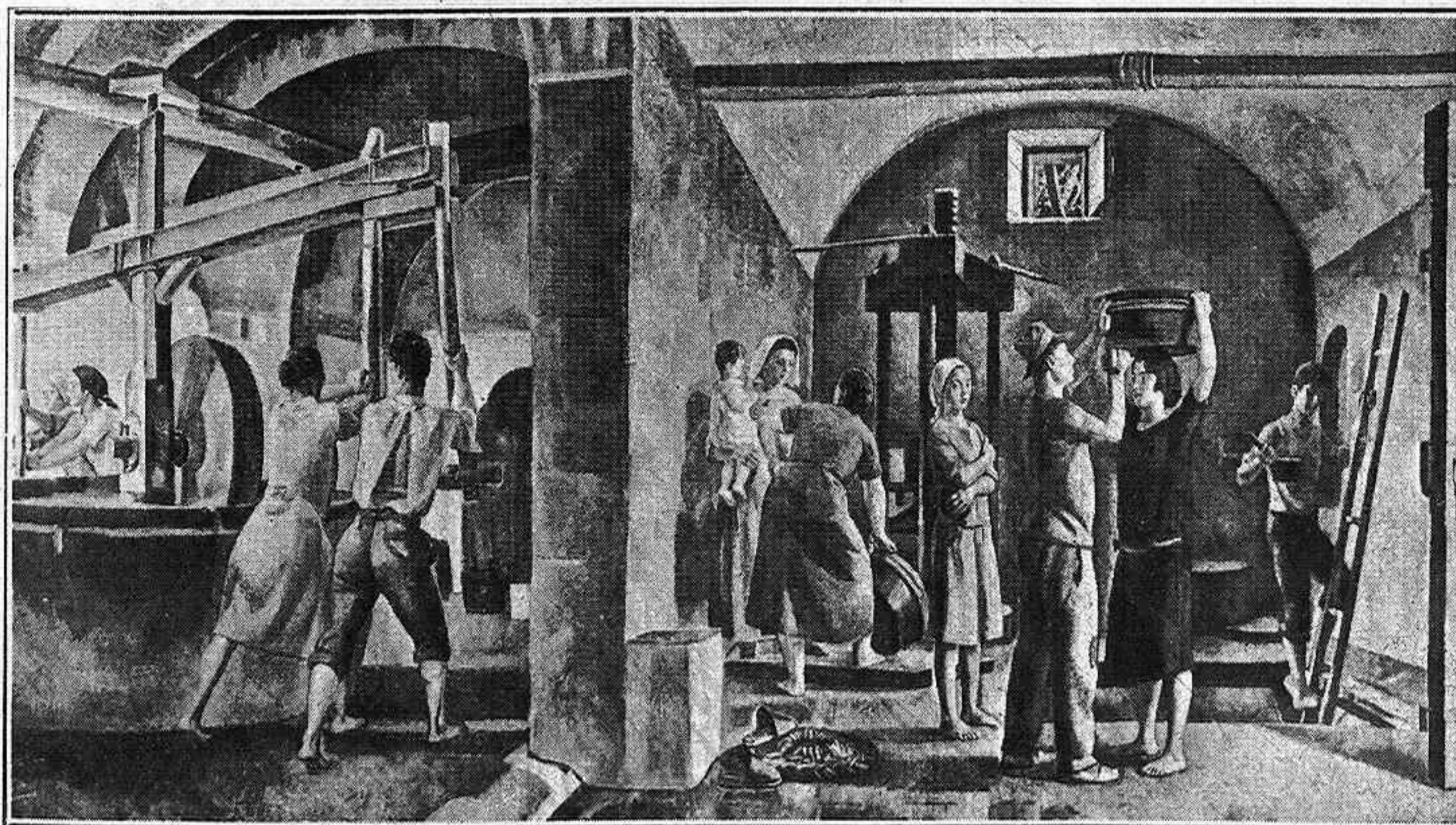
La noche del 25 de Diciembre, las puertas del «seicentesc» palacio Barberini se entreabrieron, y los condes de la Viñaza, con esa afabilidad señorial que les caracteriza, reunieron en torno á su mesa á las dos Embajadas y á algunos españoles.

Fué esta una ocasión para que el palacio del Bernini resplandeciese aquella noche en toda su exuberancia barroca, y que recogiese el eco de espontánea alegría de aquellos españoles que acudieron allí á olvidar la nostalgia de la patria lejana.

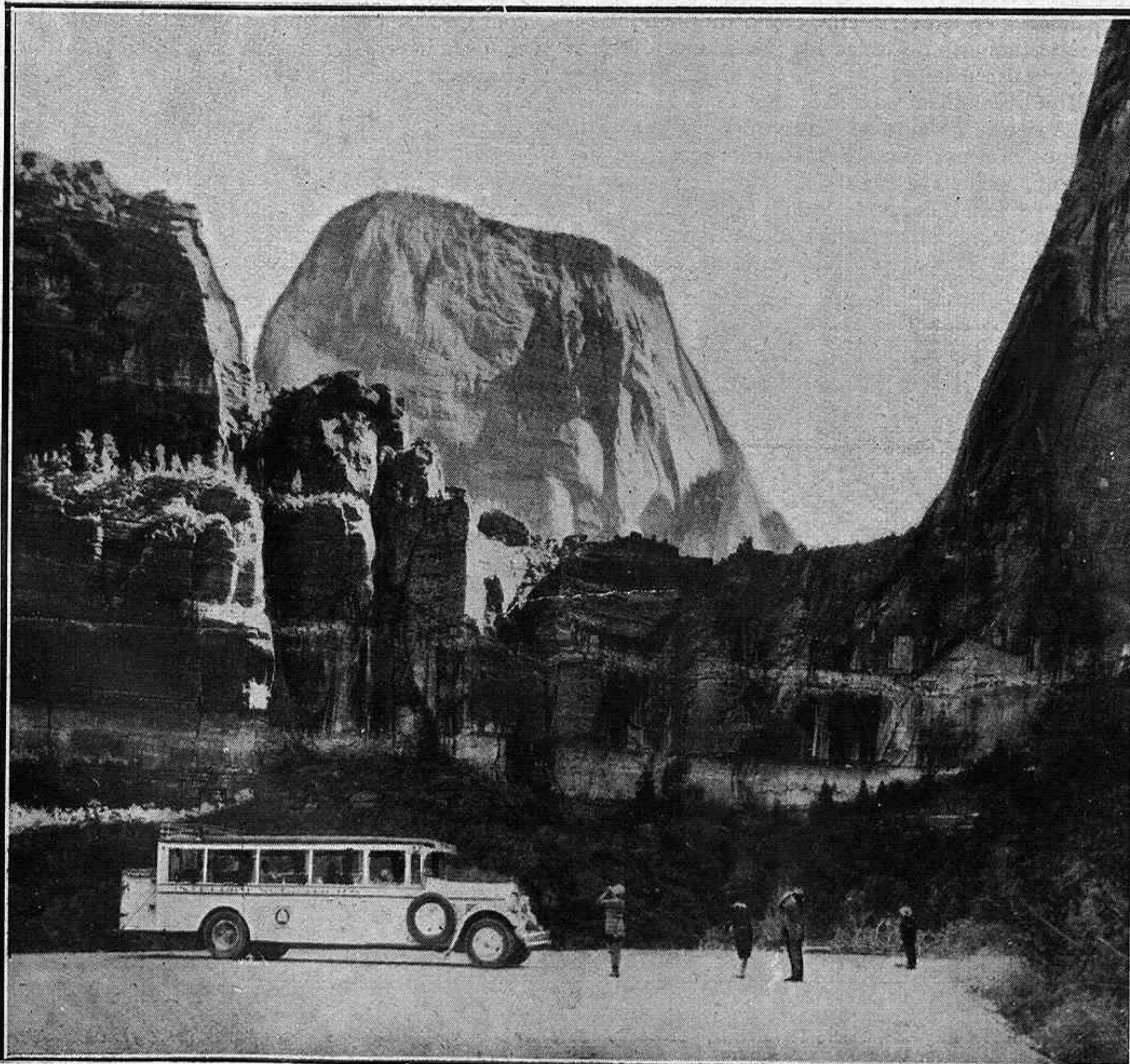
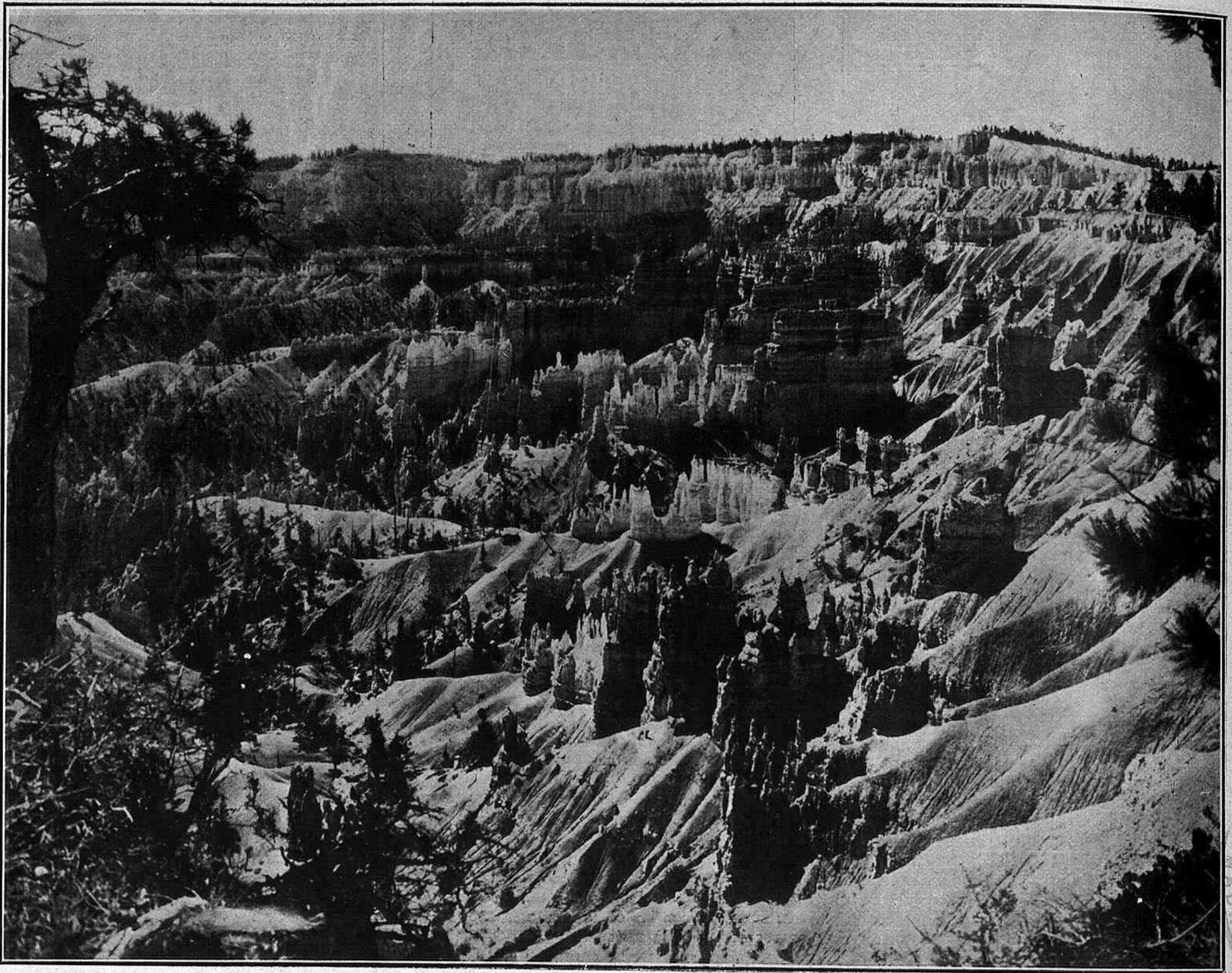
Y la majestuosidad de esta mansión era un marco entonado con la elegancia clásica de estos Embajadores, identificados con la más pura tradición renacentista.

Josefina de RANERO

Roma, Dicbre 1927



«El señor Costanzo y su gente», cuadro de Valverde, pensionado de Pintura



Maravilloso aspecto que ofrece el Parque Nacional de Zion, en el Estado de Utah, donde la Naturaleza se ha mostrado pródiga en la distribución fantástica de las quebraduras del terreno, que ofrece el incomparable golpe de vista que recuerda nuestro grabado

Las imponentes bellezas que ofrece la Naturaleza en el Parque Nacional de Zion (EE. UU.)

MERECED á los progresos del turismo; las bellezas que guardaba casi secretas el Estado de Utah, en Norteamérica, han descornado su velo ante los atónitos ojos de millares de viajeros.

La declaración reciente del Parque Nacional de Zion ha puesto de moda la excursión al Gran Cañón Blanco de Throne y al Valle de los Alfeles, curiosa formación geológica que reproducimos en nuestro grabado de la parte superior, y en la que las quebraduras del terreno afectan la disposición de millares de piezas de ajedrez que defendieran un fantástico tablero natural.

El Gran Cañón Blanco de Throne, ingente cadena montañosa que constituye uno de los espe táculos más sugestivos del nuevo Parque Nacional de Zion, en los Estados Unidos
(Fots. Ortiz)

BIENEO
BIBLIOTECA
MADRID

POR LAS RUTAS ANTIGUAS

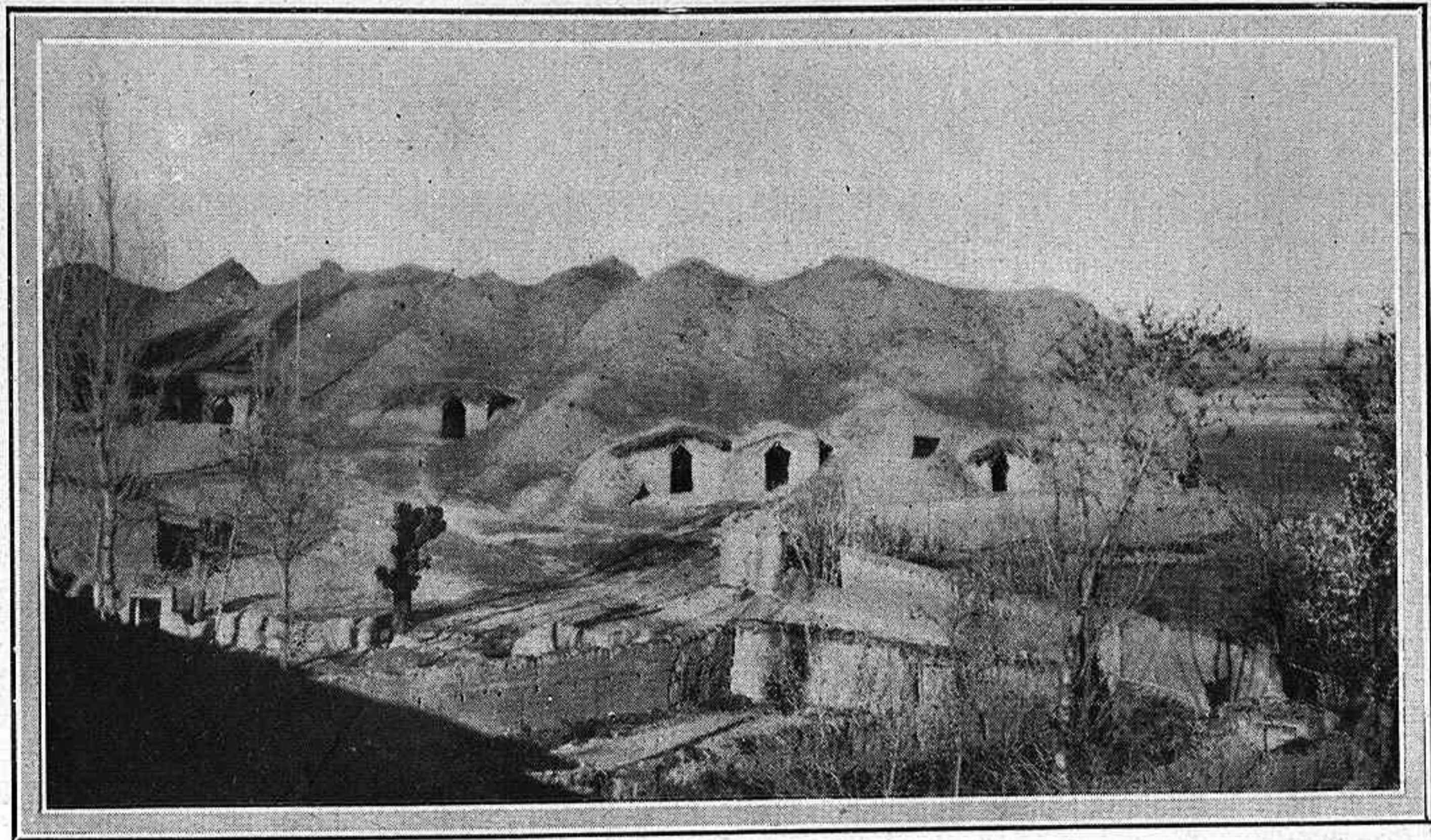
LOS SILOS.—LAS CUEVAS

Cómo se puede vivir—y á veces vivir bien—debajo de tierra.

El espectáculo de los silos produce siempre una lamentable impresión, un sobrecojimiento. Vivir bajo tierra es dejarse someter por un triste destino. No concebimos cómo el hombre puede aceptar el cubil de la fiera. Sin embargo, todo tiene sus matices y sus gradaciones. Yo he ido por el camino de Zamora á León, bordeado á trechos por una soberbia alameda. A medida que avanzamos hacia el Norte, cuando la llanura empieza á ondular, aparecen junto á las casas de adobes los primeros silos. Pero estos silos están hechos para guardar el grano y los aperos de labranza, y, como en otros muchos lugares de Castilla, en vez de revelar pobreza y ruindad de recursos, descubren, al contrario, abundancia, previsión y espíritu civilizado.

¿Cuándo empezó el hombre á guarecerse para vivir, en las cuevas abiertas por su industria para guardar el producto de las cosechas? Mejor dicho, ¿cuándo volvió á sus primitivos habitáculos? Porque en época muy remota, éstas pudieron ser sus viviendas hasta que pasaran á las construcciones de adobes y á transportar las piedras desde la montaña. La vida, más compleja, de otros tiempos que trajeron ya una leva de pobres—más pobres que los primeros—, elevó á muchos miserables al fondo de esos agujeros, cavados en la tierra blanda.

El efecto es siempre de lejanía en el tiempo y en el espacio. Nos parece que entramos en una época ya olvidada, de la cual sólo nosotros podríamos dar testimonio, porque hemos llegado á descubrirla por arte mágico. Conviene, sin embargo, no dejarse engañar por la Historia. Las civilizaciones más distantes conviven en la misma hora, y á veces en el mismo kilómetro cuadrado. Si analizáramos lo que tiene de troglodita un inglés de la City ó un francés del boulevard des Italiens, encontraríamos inesperadas proporciones. Sería preciso—claro está—some-



Los primeros silos estaban hechos para vivir. Luego para guardar el grano y los aperos de labranza

terlos al gran reactivo de la miseria y de la necesidad.

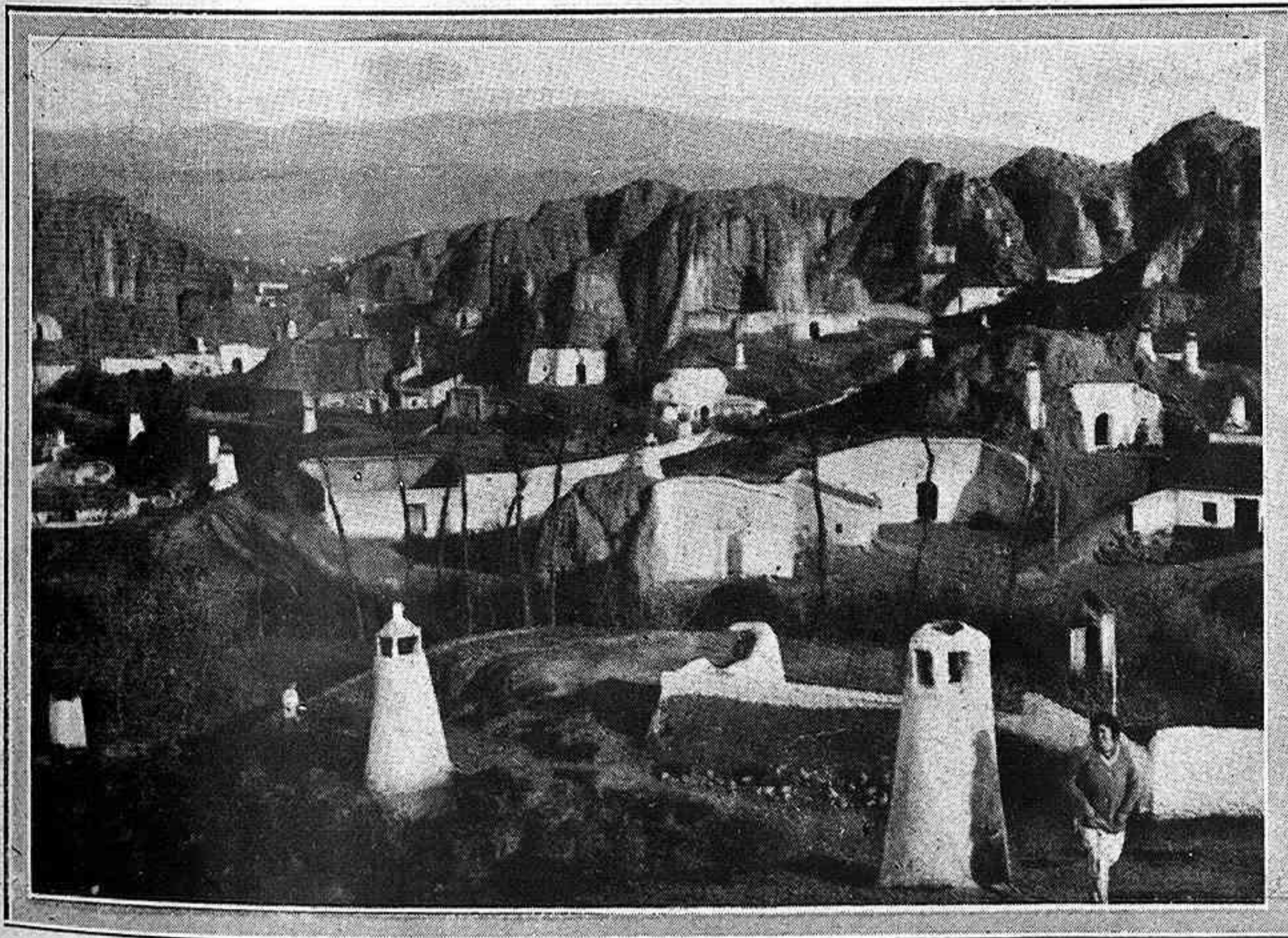
Pero el número de personas, que, inmemorialmente, de padres á hijos, viven en silos y cuevas, debajo de tierra, es considerable. En unas zonas, como esta del Norte de Castilla, sólo excepcionalmente y como decadencia de mejor situación. En la faja de tierra que va desde el Moncayo á Granada, la naturaleza del terreno hace que sea con caracteres más estables. En todas partes no basta decir que se vive bajo tierra para calificar el género de vida.

Porque bajo tierra se puede vivir mal y se puede vivir bien. Por milagroso que parezca, en el fondo de estos sitios y cuevas se puede vivir bien. ¿Será posible? ¿No habrá en esta afirmación demasiado respeto á las costumbres inmemoriales y al color local?

Depende de la raza que se dedique á horadar el suelo y de las mudanzas que su suerte les lleve

á través de los años. Hay «trogloditas» que han llegado á mejor fortuna y que, acomodados ya al medio, no quieren salir de sus cuevas. Los silos leoneses son pobres. Sin duda, no pueden aceptarse sino como refugio pasajero para dejar pasar una mala racha. Yo no he entrado en las casas de Consuegra y de otros puntos de la región manchega de que tenemos noticia, singularmente por hundimientos é inundaciones. Pero sí en las cuevas de Guadix.

Toda esta parte de Granada—Huéscar, Guadix, hasta Baza—está llena de minas, de hormigueros humanos. Hormigueros individuales, uno para cada familia. Nunca galerías largas ni trabajos colectivos. Cada hormiga labra su celda y se arregla como puede para llevar á ella provisiones y mantenimientos. Pero si nos asomamos á las bocas de esas cuevas no veremos señales de barbarie ni de extrema miseria. Muchas veces nos parecerá envidiable la suerte de un troglodita de Guadix, porque las mujeres son limpias, hacendosas y tienen su preocupación estética, más refinada acaso que algunas señoras de ciudad. Las paredes de las cuevas de Guadix suelen estar bien encaladas. Penden de ellas innumerables ornamentos, cuadritos, utensilios de metal reluciente, cobre ó bronce, que más bien parecen amuletos. Estampas de santos, láminas de toros, retratos... No se componen siempre las cuevas de Guadix de un hueco, un agujero para entrar en él y una chimenea. Las hemos visto de tres y de cuatro estancias; la primera, como zaguán ó *hall*; la segunda, como alcoba; la tercera, como cocina, y aun hay otra para cuadra ó zahurda. Está asegurada la ventilación. De estas chimeneas de cucurucho, encaladas también, puede decirse que son arquitectónicas. Ellas descubren que allí abajo hay un pueblo. Si el lector pasa alguna vez por Guadix, sabrá que éste es el único país del mundo donde el barón de Münchhausen podría contar sin embuste que ató su caballo á la chimenea. Hay macetas pintadas de añil; cantareras limpiísimas, con su paño blanco; cortinas de grandes rosetones en colores vivos para velar las alcobas... La temperatura allí dentro es siempre tibia: ni fría en invierno, ni demasiado calurosa en verano. No se muere más gente allí que en la ciudad. Y si hubiera siempre trabajo, el jornalero que se guarece en las cuevas de Guadix viviría—salvo error—como un príncipe.



Aquí, el barón de Münchhausen podría contarnos, sin mentir, que ató el caballo á la chimenea de una casa...

LUIS BELLO



«Retrato de española»,
cuadro de Julio Moisés

DON ANTONIO CÁNOVAS.-CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

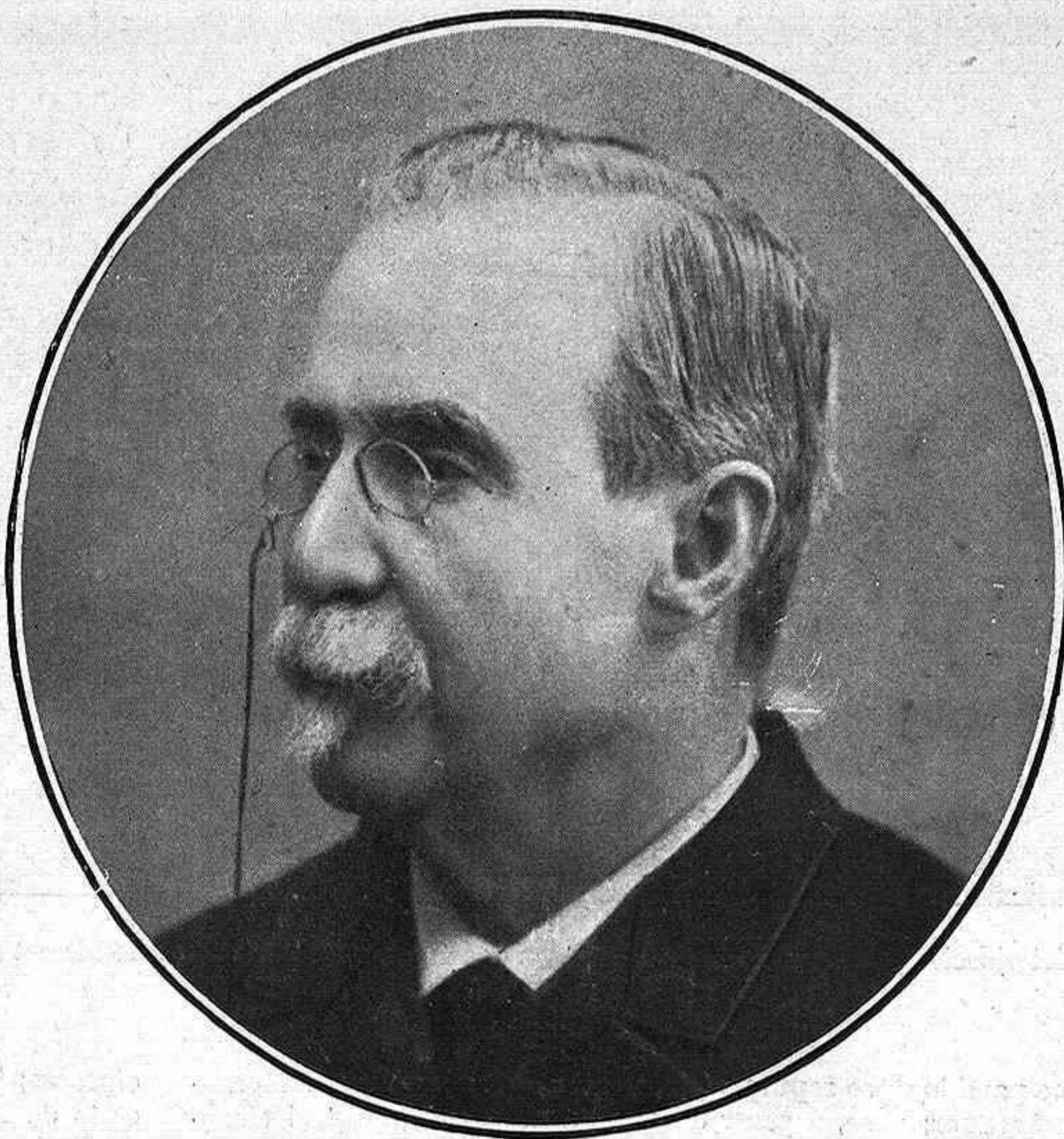
Al cumplirse cien años del natalicio de D. Antonio Cánovas, las Academias han querido rendir al grande hombre un homenaje, al que se han asociado, en diversos ámbitos de la nación, hombres e instituciones. LA ESFERA rinde hoy tributo á la memoria del ilustre estadista en las páginas siguientes, en que D. Francisco Bergamín, con su alta percepción de los hechos y de los hombres, nos habla de «Cánovas político», y Galdós, Clarín y Miguel de Escalada, juzgan á su contemporáneo. Ilustran estas páginas reproducciones de grabados antiguos en que se reflejan sucesos nacionales de la mayor trascendencia, debidos á la política de Cánovas en la primera época de la Restauración

CÁNOVAS, POLÍTICO

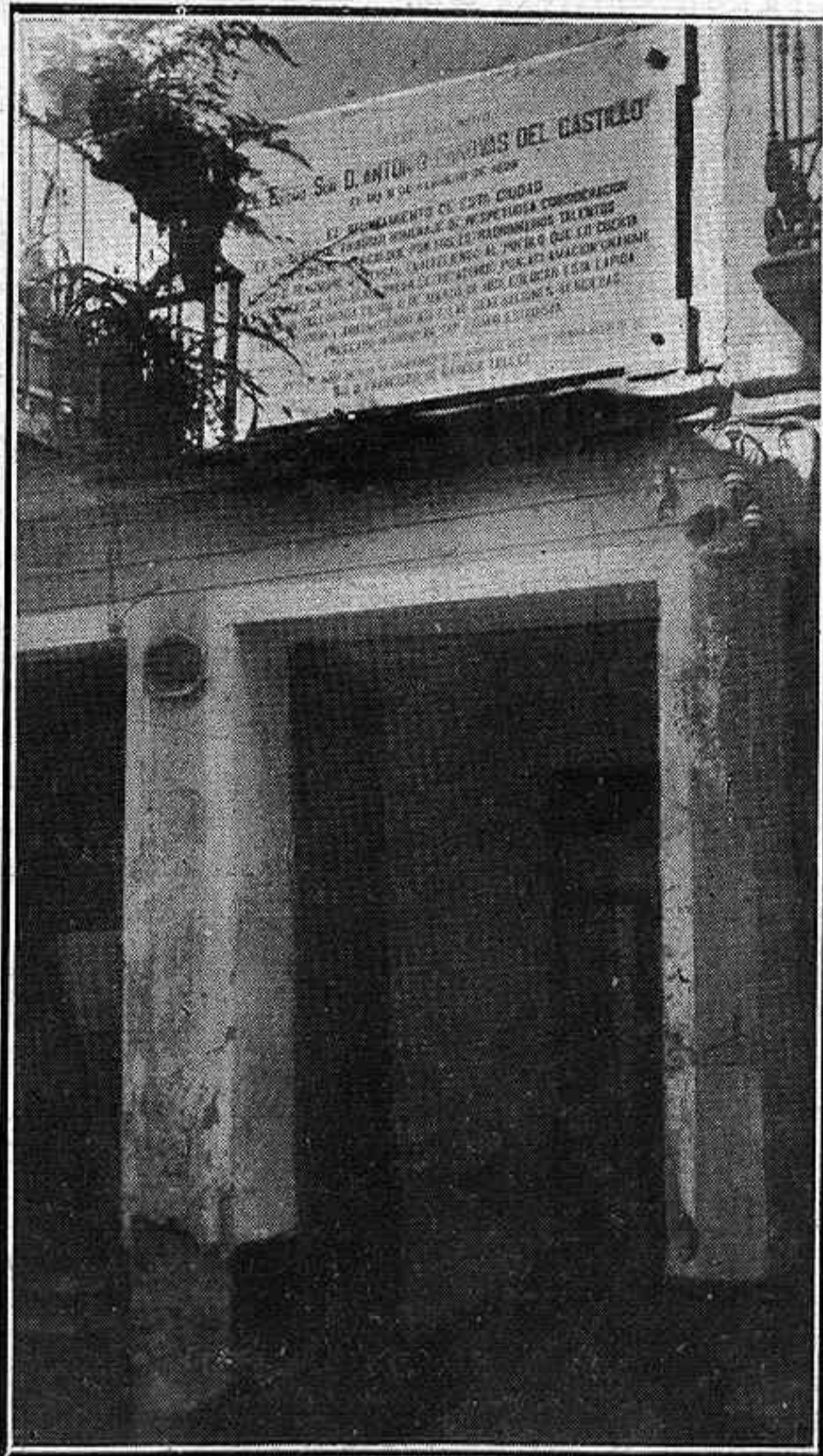
(CONFERENCIA)

Los hechos no se consignan en la Historia para la mera satisfacción de pueril curiosidad. Al enseñarnos sus causas y averiguar los efectos, determinan provechosas enseñanzas; y de igual modo, al destacar aquellas gloriosas figuras de relieve que la Historia enseña, en ellas hemos de apreciar un modelo para la copia, un ejemplo para imitarlo. Una de esas figuras preeminentes, para mí, en el orden político, la primera del último tercio del pasado siglo, es la figura de D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien, si no hubiera bastado toda una vida de abnegación, de trabajo y de lucha, de enseñanza y de sacrificio para el bien de su país, le hubiera prestado una aureola inmortal aquella bala que, atravesando su cerebro, puso fin á su vida en el día triste del 8 de Agosto de 1897. No he de seguir paso á paso la historia personal ó política de D. Antonio Cánovas del Castillo; haré una breve excursión por sus orígenes y primeros tiempos; me detendré algo en dos períodos de su actuación política, que sirven como de modelo sintético para expresar lo que fué, lo que pensó y lo que quiso para su patria aquel hombre inmortal á quien hoy estamos consagrando un recuerdo. Esos dos períodos son: el de la Restauración y el de la Regencia.

Nace Cánovas, de cuna humilde, en una modesta casa que lleva el número 1 de la calle de Nuño Gómez, de la ciudad de Málaga. Apenas si su padre puede atender á las necesidades familiares con el modesto sueldo que percibe, dando una enseñanza en la Escuela llamada del Consulado, porque en el Consulado existía establecida. Despiértase en el joven, cuando empieza su Bachillerato, aficiones literarias, y con otros amigos de su misma edad publica en Málaga una revista que se llama *La Joven Málaga*. Cuando apenas si están mediados sus estudios, tiene la desgracia de perder á su padre, y aunque le dan, como remedio á la miseria en que queda la familia, el puesto que su padre tenía, lo modesto del salario que percibía, lo numeroso de su familia—que ya tenía cuatro hermanos—y la precisión de atender á todos ellos, le requieren para que, continuando y aumentando los impulsos de una ambición legítima (porque, conociéndose á sí mismo, tenía la idea de su valer y de su genio), venga á Madrid cuando no tenía más que dieciocho años. Recomendado viene á un su pariente, primo hermano de su madre, D. Serafín Estébanez Calderón, conocido en el mundo literario por el seudónimo de *el Solitario*. No parece agrandar mucho al pariente el regalo que le hacen de un sobrino provinciano, y poco crédulo en aquellas aficiones literarias y en aquel talento que no había todavía podido comprobar, inclina el ánimo de nuestro D. Antonio para que se haga sacerdote. Rehusa y resiste el protegido, y en esta resistencia tiene que ceder su tío y pariente, y le da un modesto cargo en el ferrocarril con 8.000 reales de sueldo. Ya teniendo esta pequeña base, emprende sus estudios de Derecho, y manifiesta desde el primer momento sus inclinaciones literarias, buscando por su pro-



DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO



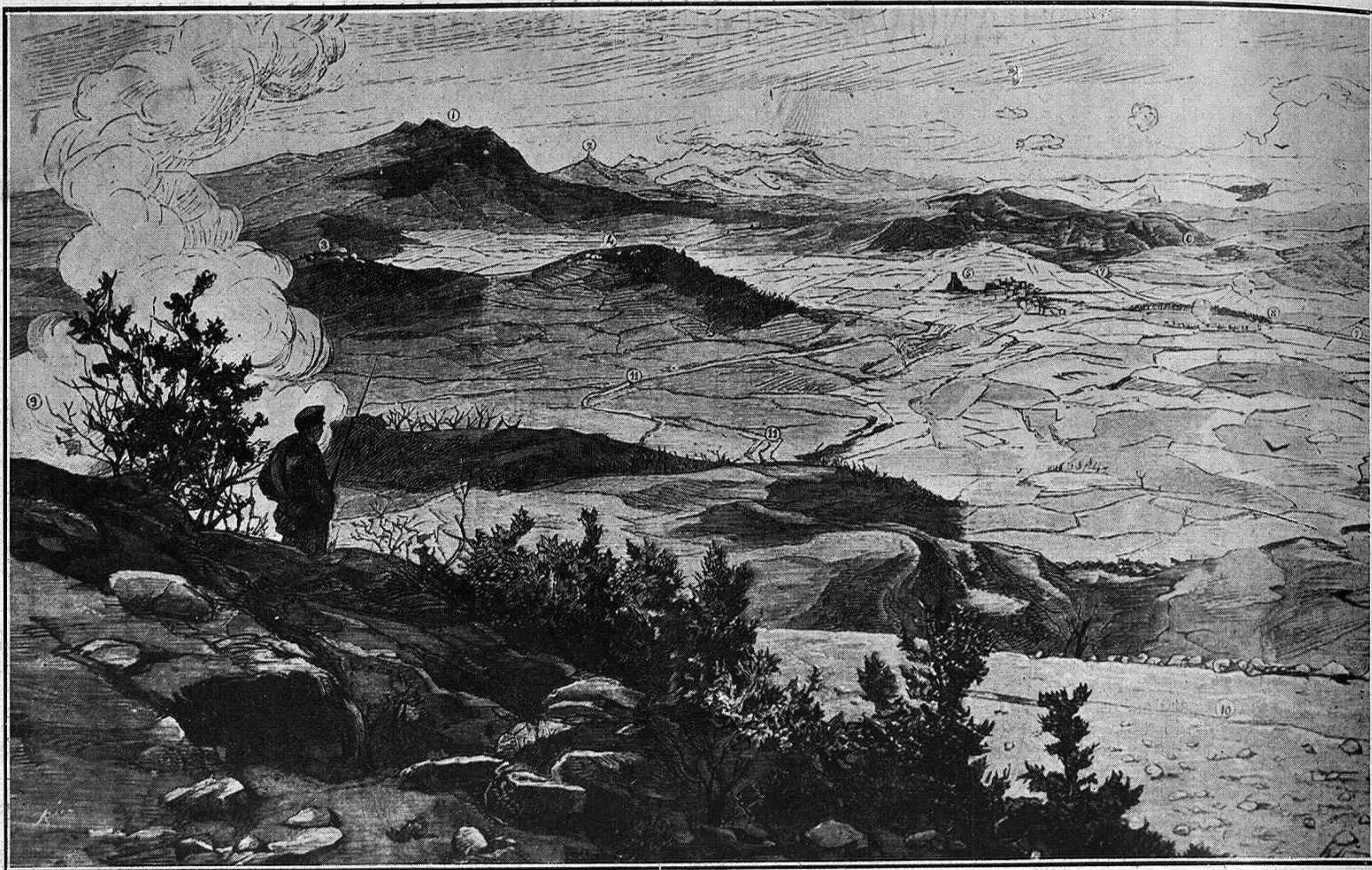
Casa de la calle de Nuño Gómez, de Málaga, señalada con el número 1, donde nació D. Antonio Cánovas del Castillo

pio esfuerzo una recomendación de su pariente (que ya, al conocer y apreciar lo que valía, fué la única protección verdad que en toda su vida tuvo D. Antonio Cánovas del Castillo), y va á la redacción del periódico *Patria*, para que si allí le juzgan digno de formar parte de su redacción, le admitan. Y es curioso, señores, cómo entra en la redacción de este periódico.

Le encargan que haga un artículo de fondo; lo prepara en su casa con trabajo y con detenimiento; no se fía de su propia obra y la consulta con el señor Estébanez, y éste no resiste á la tentación de modificarlo y alterarlo; pero cuando lo lleva á Pacheco, comprende y descubre el estilo de *el Solitario*, y entendiendo que es incapaz de hacer nada aquel que necesita valerse y vestirse con ajenas plumas, es casi rechazado el Sr. Cánovas del Castillo; pero al insistir, en aquel momento ponen á prueba su capacidad, y allí, sin preparación y casi sin tiempo, da muestras de lo que vale, haciendo un excelente artículo de fondo. Desde entonces se incorpora á la Redacción y es redactor del periódico.

Su primer acto político consiste en ayudar, podríamos decir que en redactar, aquel famoso manifiesto de Manzanares del año 1850, que sirvió de explicación al hecho militar de Vicálvaro. Y cuando, triunfante O'Donnell, le presenta y le hace elegir diputado á Cortes por Málaga, viene por vez primera á las Cortes, que desde entonces casi nunca abandona. Y algunos citan como ejemplo de soberbia—yo puedo decir que más como manifestación de apreciar lo que valía—que cuando O'Donnell le daba excusas por no haberle podido llevar á un Ministerio, él le contestó: «Usted ha hecho lo bastante con traerme aquí de diputado; el ser ministro lo haré yo.» Y esto no era soberbia, no lo era, porque cuando, después, en dos ocasiones, es requerido para obtener una cartera, él rehusa por no creerse capacitado para ejercitarla y desempeñarla, y cambia ese honor político tan grande como que constituye llegar á la meta en la carrera política, por otro muy en armonía con sus aficiones, por una plaza de académico de la Historia. Desde entonces, ministro de la Gobernación con Mon, y continuando con O'Donnell, toma parte activa en todo aquel período político de los últimos años del reinado de Isabel II; hasta que en 1868 firma con otros una protesta dirigida á la Reina por no convocar á Cortes, y es desterrado de Madrid y sufre su destierro en Palencia. Viene la Revolución del 69; es requerido para ocupar cargo público; lo rehusa y se mantiene siempre desde entonces constante y fiel á sus principios, que eran los de admitir una Monarquía constitucional y hereditaria, reconociendo el derecho en el sucesor de Doña Isabel II, su hijo Don Alfonso XII. En todo ese período que media desde 1869 á 1874, podemos decir que es para su actuación política el más ineficaz para lo que de él podemos aprender.

En 1874 se inicia el movimiento precursor de eso que yo he llamado el primer período de su actuación política, que voy á examinar, y que son los comienzos de la restauración de la Monarquía. Cánovas, para preparar y para servir á esa Monarquía, que quería restaurar, inicia la



Vista panorámica de las posiciones del ejército liberal y de los carlistas en las cercanías de Estella, donde estuvo á punto de ser hecho prisionero S. M. el Rey Don Alfonso XII

formación de un partido político, y á ese partido político no le llama entonces liberal-conservador; el segundo apellido vino más tarde; le llama meramente liberal alfonsino. Documento auténtico tengo que así lo demuestra, porque conservo copia de la carta que en 20 de Mayo de 1874 envió á todos los amigos de provincias para constituir ese partido liberal alfonsino, que estuviera dispuesto, como manifestación de la opinión, á agrupar á todos los hombres de valía para que pudieran en el orden legal contribuir á la restauración, para que estuvieran preparados á cualquier evento, si esa restauración se precipitara.

Cuando tenía casi preparada, según él deseaba, sin transformación violenta, sin derramamiento de sangre, sin golpe alguno de fuerza, la Restauración, una noble y elevada impaciencia hace que se produzca el hecho de Sagunto, que él no había provocado, que él tal vez no hubiera querido; pero cuyas consecuencias aceptó, haciendo suya todas las responsabilidades. El hacerlas suyas lo demostró, y á prisión fué reducido en 30 de Diciembre de 1874; y en prisión estuvo hasta que salió para constituir el Ministerio Regencia. Constituye el Ministerio Regencia y nos da una segunda prueba de cómo entendía la política y lo que había de ser la Restauración, porque en aquel Ministerio, al lado de hombres de la derecha, como Martín Herrera, el conde de Toreno, Calderón Collantes, hay hombres que proceden de la Revolución de Septiembre, como Romero Robledo y D. Abelardo López de Ayala. Esto sólo es un símbolo; es la representación de lo que venía á hacer con la Restauración; era lo que dijo él mismo, con frase que pasará á la Historia: «no venía á interrumpir, venía á continuar la historia de España». Y, desde entonces, toda su vida política y actuación se consagra á incorporar al nuevo régimen las personas que habían militado en partidos que podían considerarse excluidos de esta restauración. Y culmina como obra fundamental que á la Restauración sigue inmediatamente la Constitución de 1876.

Esa Constitución, tan debatida y comentada en los momentos actuales; esa Constitución, que

se reputa vieja, y que por vieja quiere remozarse, á pesar de que ha demostrado con el transcurso de los tiempos que no necesitaba reforma alguna para que se fueran incorporando á nuestra vida política todos los principios determinantes del progreso moderno; esa Constitución, que bueno es recordarlo para que todos lo sepan, si alguno llegó á no aprenderlo ó á olvidarlo, esa Constitución, que no fué promulgada en la forma que lo han sido todas las leyes posteriores, que no tiene la fórmula (y puede leerse) aquella, constante repetición de principios, de que «Las Cortes han decretado y Nos hemos sancionado lo siguiente». No, la Constitución de 1876 dice en su comienzo: «En unión y de acuerdo con las Cortes del Reino, actualmente reunidas, hemos venido en decretar y sancionar lo siguiente.» Es un pacto la Constitución entre las dos soberanías: la soberanía popular y la soberanía de la Corona; es un pacto que envuelve en el orden del Derecho público un verdadero contrato, en el que hay obligaciones, pero son obligaciones re-

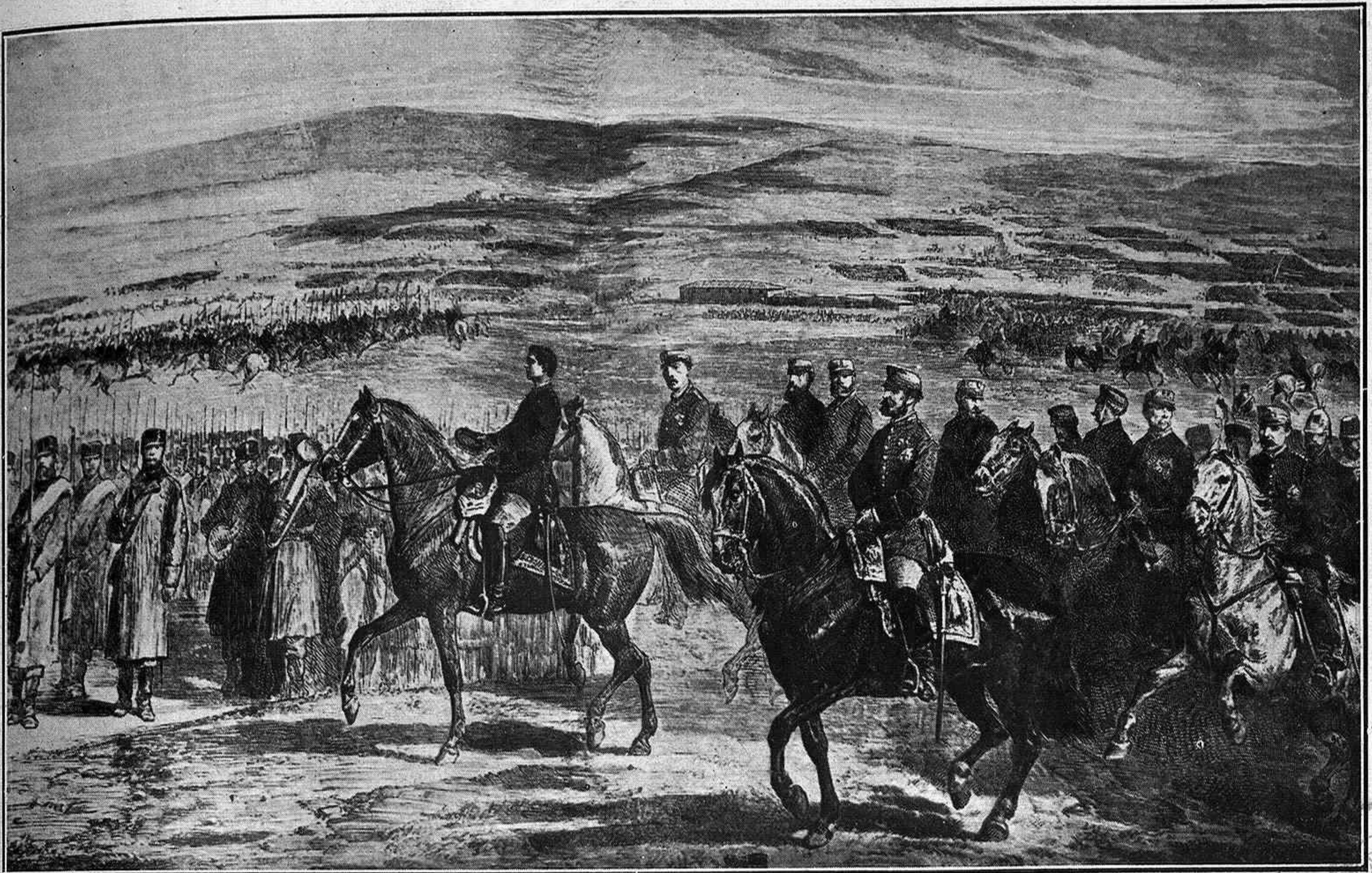


DON FRANCISCO BERGAMIN

cíprocas; y bueno es recordar que hay un principio de Derecho, que yo no quiero citar, que dice cómo ha de poder ejercitarse la acción cuando se quebrantan esas obligaciones recíprocas. (Muy bien. Grandes aplausos.)

Era D. Antonio Cánovas, y lo había sido siempre, un reconecedor amante del principio de la soberanía nacional. No puede obstar á este su amor y su creencia, que él entienda que esa soberanía estaba compartida por la Monarquía hereditaria constitucional; no podía esto significar una contradicción de principios. Los que, liberales y demócratas, esa contradicción aparente censuran, olvidan que hay una Constitución interna en los pueblos, consubstancial con su vida, arraigada en la tradición y en la Historia, tan absolutamente precisa para que el pueblo exista, que de no existir, la Nación desaparecería. Y de igual manera que no es lícito, ni hay escuela liberal que admita, que, por mucha que sea la soberanía nacional en las Cortes residente, pueda hacerse código de derecho positivo que quebrante el principio eterno é inmortal del derecho natural, así él admitió, que no era posible desconocer lo que consideraba, en su creencia noble y arraigada, consubstancial con la vida de la Nación española, la Monarquía, pero una Monarquía constitucional y parlamentaria. (Muy bien. Grandes aplausos.) No lo digo yo ahora, se lo hizo él decir á S. M. el Rey Don Alfonso XII antes de que viniera á España. Lo proclamó en aquel manifiesto de Sandurt; pero, ¿qué más proclamación que los hechos? Que era enemigo de la forma republicana, ¿no lo demuestra la Restauración derribando el régimen? Que era enemigo de la otra Monarquía, ¿no lo demuestra haber ahogado en sangre la última rebeldía combatiendo, con un ejército que siempre hemos creído liberal, aquellas últimas manifestaciones del carlismo en España? (Muy bien, muy bien.) Pues bien: esa Constitución tiene para mí la inmensa ventaja de que se adapta á todas las transformaciones que los tiempos exigen sin necesidad de alterarla substancialmente. ¿Cómo?

Habréis notado todos los que la Constitución



S. M. el Rey Don Alfonso XII pasando revista al Ejército del Norte

habéis leído, que se consignan en sus artículos los principios fundamentales. Artículo 13, los derechos indispensables del hombre; artículos 4.º, 5.º, 6.º y 7.º, las garantías; artículo 11, la proclamación de ser el catolicismo la religión de la católica España, pero tolerarse en ella todos los demás cultos y no perseguir á ninguno. Pero el desenvolvimiento de todos estos principios lo deja la Constitución y lo deja Cánovas del Castillo á las leyes complementarias, á las leyes orgánicas, que pueden sufrir las transformaciones que los tiempos exijan, para ir ampliando, restringiendo, modificando, haciendo que aquellos principios fundamentales no estén jamás en pugna con la realidad de la vida de un pueblo, sino, al contrario, que sirvan siempre, unas veces ensanchándose, otras quizá restringiéndose, para que la Nación prospere y viva, sin necesidad de alterar la Constitución, que es su vida esencial. Esa es la característica de la Constitución. Pero hay más, señores.

Cuando algunos extremistas de derecha ó de izquierda no quieren rendirse á la sabiduría que inspiró los principios fundamentales que la Constitución consagra, olvidan cómo se dió la Constitución, para qué se dió la Constitución y en qué momento nació y vino á la vida política española. Cuando combaten las derechas que no se haya restablecido y admitido la unidad de culto en España, olvidan que Cánovas del Castillo no hizo una concesión á la escuela contraria; lo que hizo fué una concesión á esa escuela de la unidad católica, porque cuando vino la Constitución del 76, no había ninguna fórmula de catolicismo en España; regía la Constitución del 69 y había una Constitución nonnata del 73, y lo que había legalmente establecido en España era la libertad de culto. De igual manera, cuando se extreman otros principios, se olvida que era un pacto, un convenio entre las dos soberanías, y que había forzosamente, para convenir, que transigir en sus facultades una y otra.

Todavía tiene esa Constitución, para mí, un mérito extraordinario. Cánovas quería incorporar á la Monarquía restaurada todas aquellas fuerzas utilizables que se consideraban excluidas y que pertenecían al sector de la derecha es-

pañola; no podía establecer principios que, pugnando substancialmente con las creencias que arraigaban en aquellos sectores, hicieran imposible su acceso á la Monarquía. No quería tampoco impedir que vinieran á ella, que se incorporaran á ella, todos aquellos elementos de la Revolución de Septiembre, todos aquellos partidos liberales; al revés, tan lo interesaba y lo quería, que ayudó eficazmente á la formación del partido liberal, y dió con aquel pacto, de que después me ocuparé, que se llamó el Pacto del Pardo, medio de constituir los grandes partidos políticos, que, sean cualesquiera los defectos que hoy se les achaquen, podrán haber dado motivo de queja á la Patria, pero no pueden ser motivo de queja para la Monarquía, á la que se sacrificaban. (Muy bien. Aplausos.) Esa Constitución está en vigor; yo no la puedo suponer derogada, y no la quiero suponer derogada, porque recuerdo dos hechos: no la juró Don Alfonso XII, no necesitaba jurarla; él la proclamaba y la daba vida, en unión con las Cortes, en el pacto que se sancionó; pero la juró



DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

S. M. la Reina Doña María Cristina en 30 de Diciembre de 1885; la juró Don Alfonso XIII en 1902, al cumplir su mayor edad. Y hay más, señores. La Reina Cristina, Regente de España, mantuvo siempre con fidelidad su juramento. Yo he de hacer público el respeto y el afecto que siento por la Monarquía, sea cualquiera la persona que la desempeñe; yo he de decir que no puedo imputar por injurioso y por agravio el supuesto de que se faltara á juramentos prestados. Por eso digo que esa Constitución vigente está; podrá tardar en restablecerse; podrá ser sometida á examen, á discusión y, si prevalece la doctrina, á unas Cortes constituyentes, á una reversión total; pero mientras eso no suceda, vigente está; y no hay legalidad más que ella, ni se puede volver á la legalidad cometiendo nuevas ilegalidades. (Muy bien.) Es preciso reconocer que restablecer la normalidad significa volver á lo que existía. Si es malo, á reformarlo; pero, ¿cómo? Legalmente. (Muy bien. Aplausos.)

Eso significa, á mi juicio, la política del primer período que he examinado de la Restauración de la Monarquía española. Pronto hubo la muerte de arrebatar á Don Alfonso XII. Apenas habían pasado diez años de su proclamación, y traidora la muerte le acecha y extingue su vida cuando más falta hacía para el porvenir de su Patria, porque reciente su Restauración, reciente el término de la guerra civil, aún parece que la nueva planta no había echado raíces bastante seguras para desafiar impunemente los temporales revolucionarios. En esos momentos tristes del fallecimiento de Don Alfonso XII surgió lo que se dió en llamar el Pacto del Pardo, y quiero, como hecho histórico del que yo he sido parte, testigo, casi actor, revelaros algo que en el seno de la intimidad nos decía D. Antonio Cánovas del Castillo, explicando cómo hizo el pacto del Pardo.

Vine yo á las Cortes por vez primera el año 86, formando parte del grupo disidente que acaudillaba D. Francisco Romero Robledo. En una de las interpelaciones políticas, me confié mi jefe un turno, y yo creí que sazónaba un poco mi discurso, hablando y censurando el Pacto del Pardo; tomando como tesis de la censura el que





El batallón reserva de Cáceres y cuatro compañías del regimiento de la Princesa rechazan el ataque de siete batallones carlistas

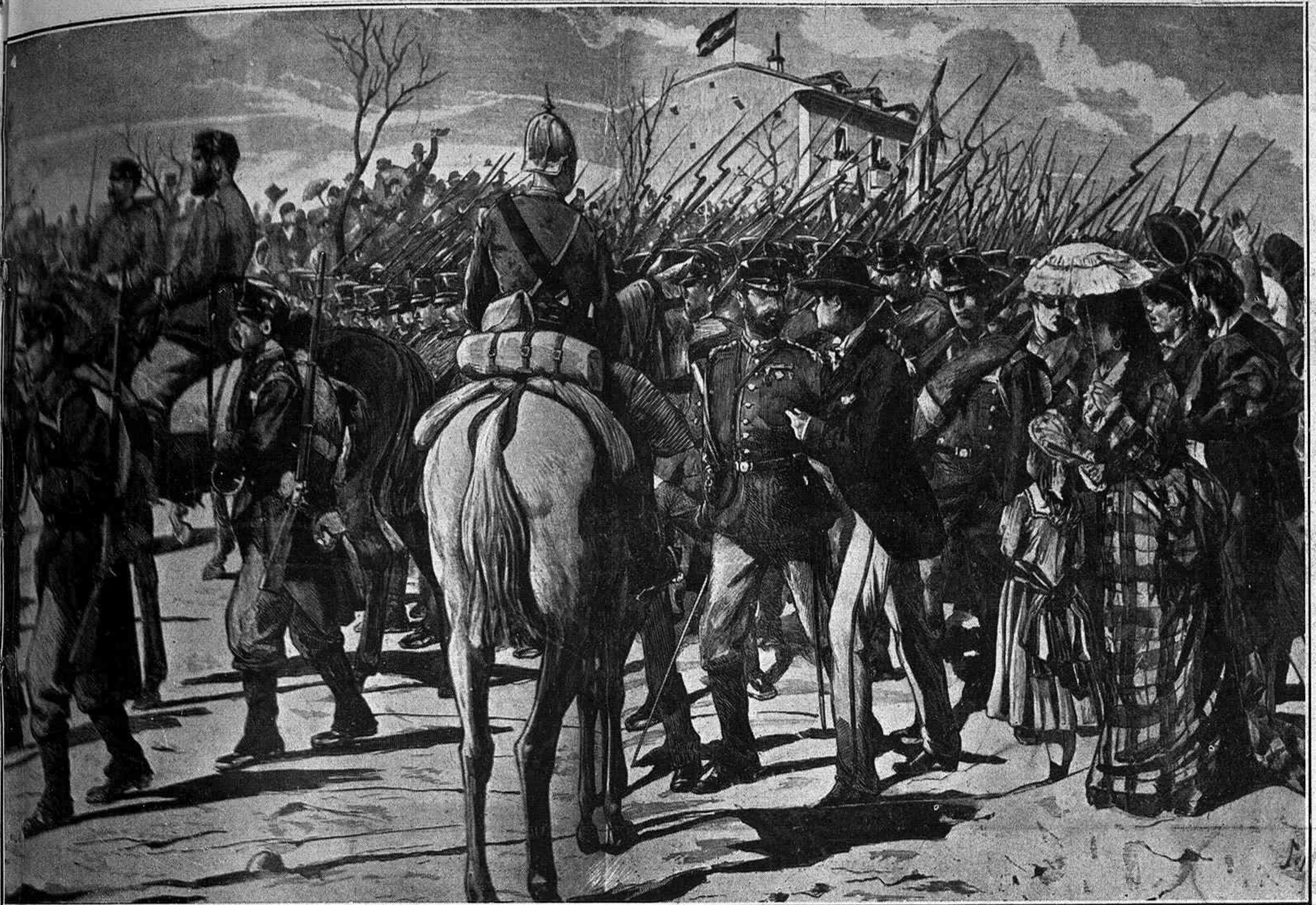
por lo mismo que la situación que creaba la muerte de Don Alfonso XII era una situación de relativa debilidad, debía estar en el Poder quien más fuerza política ostentara: el partido conservador. Pasó el tiempo, cuasi no me acordaba yo de aquello que entonces hice, mucho menos de lo que dije. Se había reconciliado D. Francisco Romero Robledo con D. Antonio Cánovas del Cas-

tillo; había ido á ocupar la cartera de Ultramar; servía yo entonces el primero y último destino público en la Administración siendo subsecretario, y en una sobremesa, después de haber almorzado en la magnífica posesión de la Huerta, en que D. Antonio residía, dirigiéndose á mí, me dijo: «Voy á explicarle á este pollo (entonces era yo pollo) (*Risas*) por qué hice yo el Pacto del Pardo. «Pocos días antes de morir Don Alfonso XII—decía D. Antonio Cánovas del Castillo—hubo de manifestarme su sospecha de que estaba embarazada su esposa. No volví á pensar en ello; pero al ocurrir su muerte pensé y preví que, con arreglo á la Constitución, en el mismo momento de fallecer el Rey, es nuevo Rey el sucesor de la Corona, y entonces era el sucesor de la Corona la Princesa de Asturias, Doña Mercedes.» Esa hubiera debido ser proclamada Reina de España al fallecer Don Alfonso XII, con arreglo á la Constitución. Pero sabía Cánovas que estaba embarazada la Reina, creía, y el tiempo le dió la razón, que podía nacer varón, y el hecho de nacer un varón destituía á la Reina, pocos meses antes proclamada, para sustituirla con el nuevo Rey. Y tenía muy presente D. Antonio Cánovas del Castillo que muchas luchas sangrientas en España han estado determinadas por el supuesto derecho hereditario á la Corona española, y no quiso crear una Reina para destituirla y destronarla al poco tiempo. Quiso esperar, y fué Regente la Reina Doña María Cristina, sin Rey en España—acudid á la *Gaceta* y lo veréis—; y á él, esto, que le parecía grave, no quiso hacerlo desde el Poder; quiso confiarlo al partido liberal, seguro de la disciplina y de la lealtad de sus huestes, seguro también de que quien tomaba el acuerdo era incapaz de revocarlo, y por eso fué el Pacto del Pardo. Esa fué la explicación que me dió D. Antonio Cánovas del Castillo, que revela una vez más cómo merecía el nombre de estadista.

También se censura eso con acritud, con violencia, y los que tal hacen, olvidan que cuando la Regencia se inauguró, muchos políticos, muchos en España no le daban de vida á la Monar-



Entrada de S. M. el Rey Don Alfonso XII en Estella

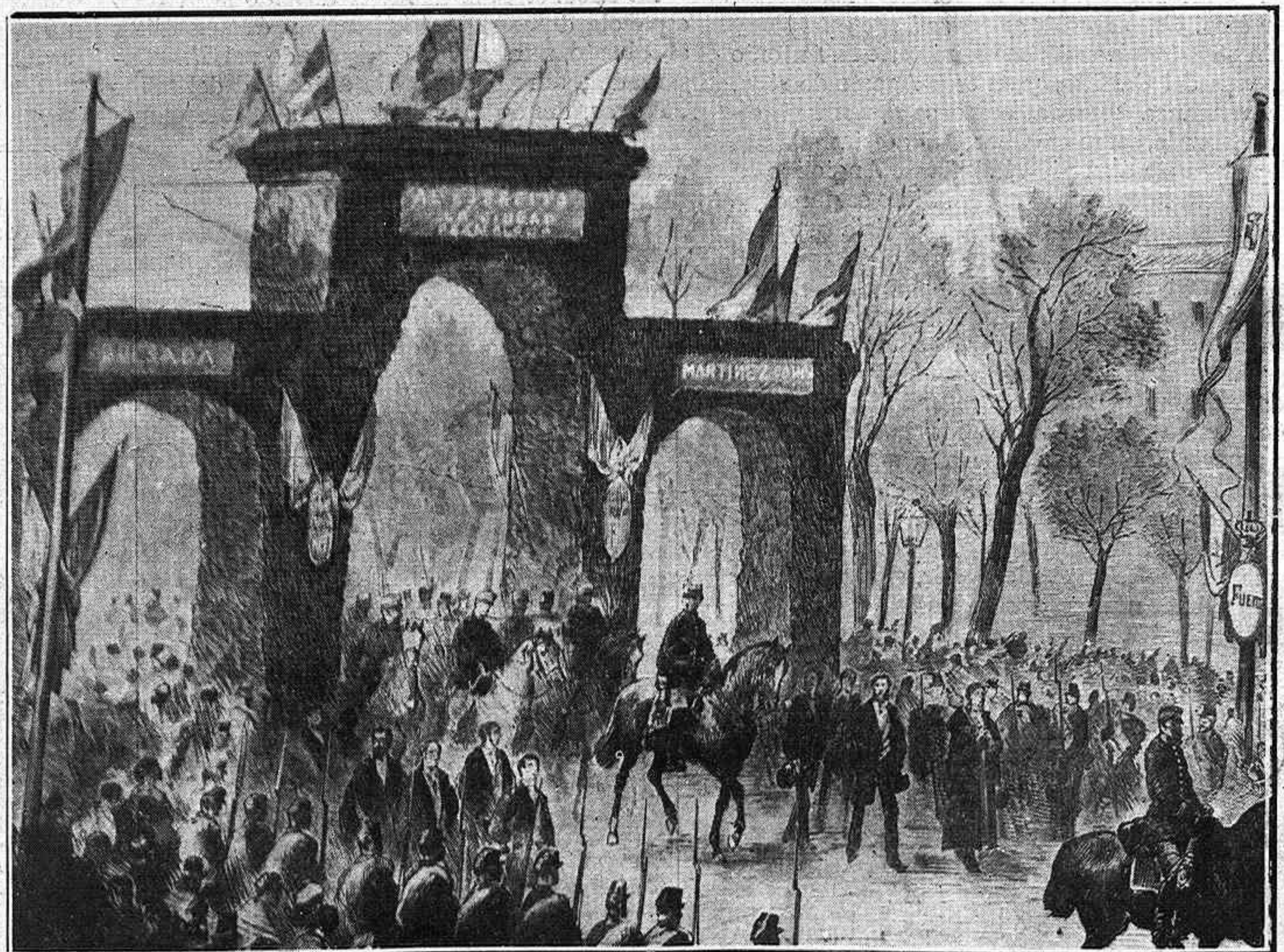


El Ejército del Norte preparándose para entrar en Madrid, capitaneado por Don Alfonso XII

quia española ni dos años. Y la Regencia vivió; y Don Alfonso XIII, siendo mayor de edad, juró la Constitución del 76 y sigue en el Trono; luego algo hicieron para bien de su patria y de la Monarquía aquellos dos partidos que regentaban D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Práxedes Mateo Sagasta. (*Muy bien. Aplausos.*) ¿Pero no apreciáis todos y sabéis su labor de toda hora; no sabéis todos que, enemigo del sufragio universal, acepta el sufragio universal aunque fuera impuesto? ¿No sabéis todos que cuantas reformas, en sentido liberal, se llevan a las Cortes, las combate en doctrina (hace bien; ¿había de renegar á sus convicciones?); pero cuando las Cortes las votan y S. M. las sanciona, es más respetuoso con aquellas leyes que sus propios autores, sin duda porque la confianza suele ser causa de menosprecio y á él no le inspiraban confianza ninguna las leyes dichas; ¿no recordáis que terminó su política, habiendo incorporado á la Monarquía y á la vida política española todas las fuerzas que entonces existían? Pero esta manera de actuar, esta verdadera virtud de tolerancia no está reñida con que mantenga íntegros sus principios; y en todo este período de tiempo yo os voy á dar á conocer lo que he considerado esencial, fundamental en toda la política de D. Antonio Cánovas del Castillo. Este principio era el respeto y la imposición de la independencia del Poder civil sobre todos los poderes del Estado.

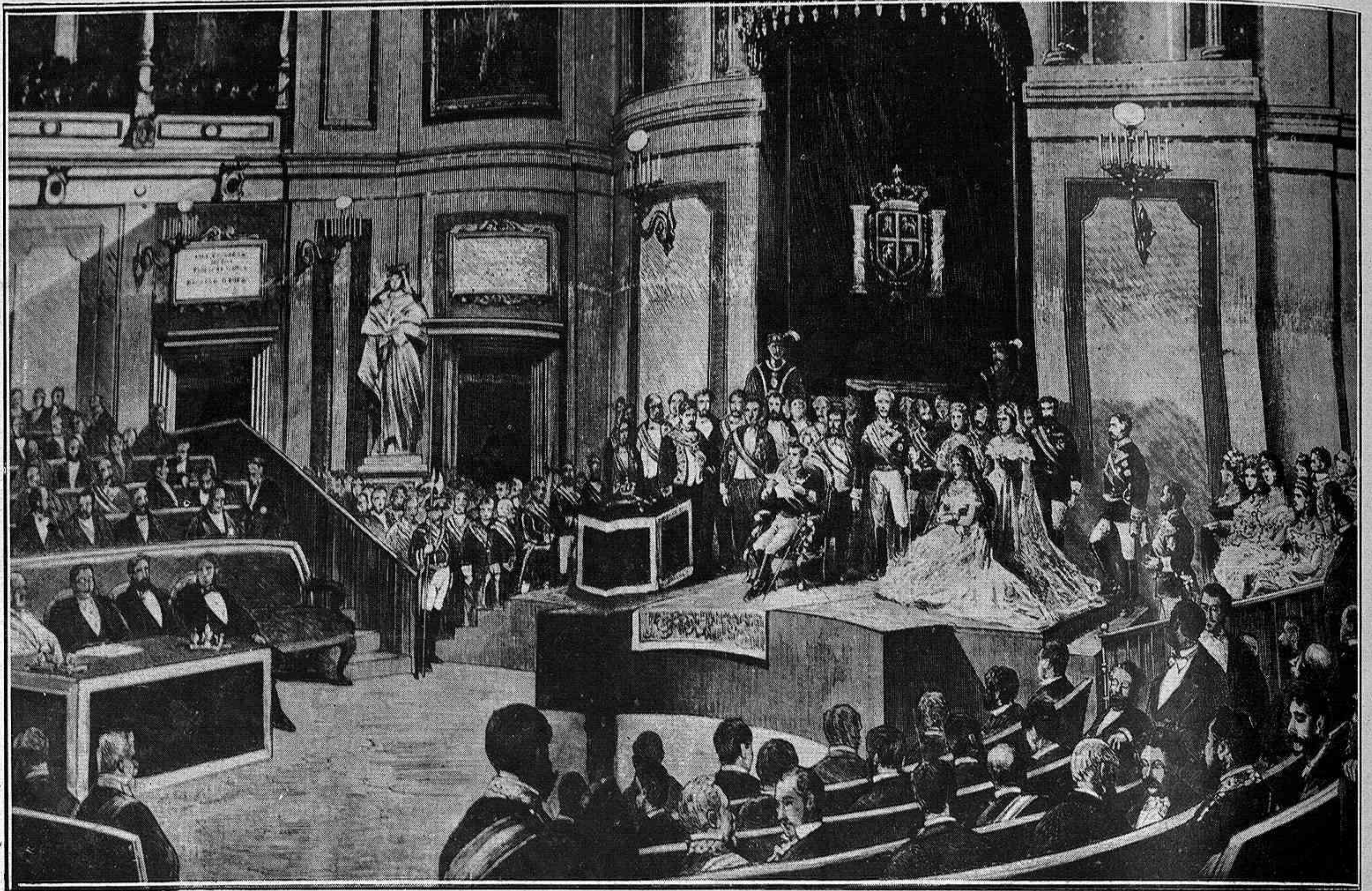
No consintió jamás D. Antonio Cánovas del Castillo que ni el clericalismo ni el militarismo determinaran ninguna clase de obscuridad, de velo, de debilidad sobre esa autonomía del Poder civil. El mató el militarismo y los pronunciamientos militares en España; él redujo á la Iglesia á su verdadero cometido, recordándoles principios del Evangelio que de tal manera se quedaron fijos en la mente de D. Práxedes Mateo Sagasta que siempre los invocaba como única contestación cuando de esta materia se le hablaba: «A Dios, lo que es de Dios, y al César, lo que es del César.» ¿Queréis alguna prueba de ello? ¿Pudo haber militar con más prestigio que D. Arse-

nio Martínez Campos? De hecho había realizado la Restauración con el golpe de Sagunto, había terminado dos guerras civiles. D. Arsenio Martínez Campos, una sola vez formó Gobierno con la aquiescencia, el beneplácito y la ayuda de D. Antonio Cánovas del Castillo; pero jamás intervino en la dirección que D. Antonio Cánovas daba á los partidos y á la política española.



Entrada de S. M. el Rey Don Alfonso XII en Pamplona





Sesión inaugural del primer Parlamento de la Restauración

De que no toleraba las invasiones del otro sector, del clericalismo, nos da una prueba evidente alguna admonición cariñosa, pero expresiva de hecho, dirigida á algún prelado, jefe de la Iglesia Española. Ha mantenido, pues, ese principio sin corruptela de ninguna clase. El lo dijo en una frase que, por ser suya, me honro yo en repetir. El quería un Ejército disciplinado, vigoroso, fuerte, unido; pero «un Ejército para la Nación y para el Rey», no quiso nunca «una Nación y un Rey para el Ejército.» (*Muy bien, muy bien. Gran ovación que dura largo rato.*)

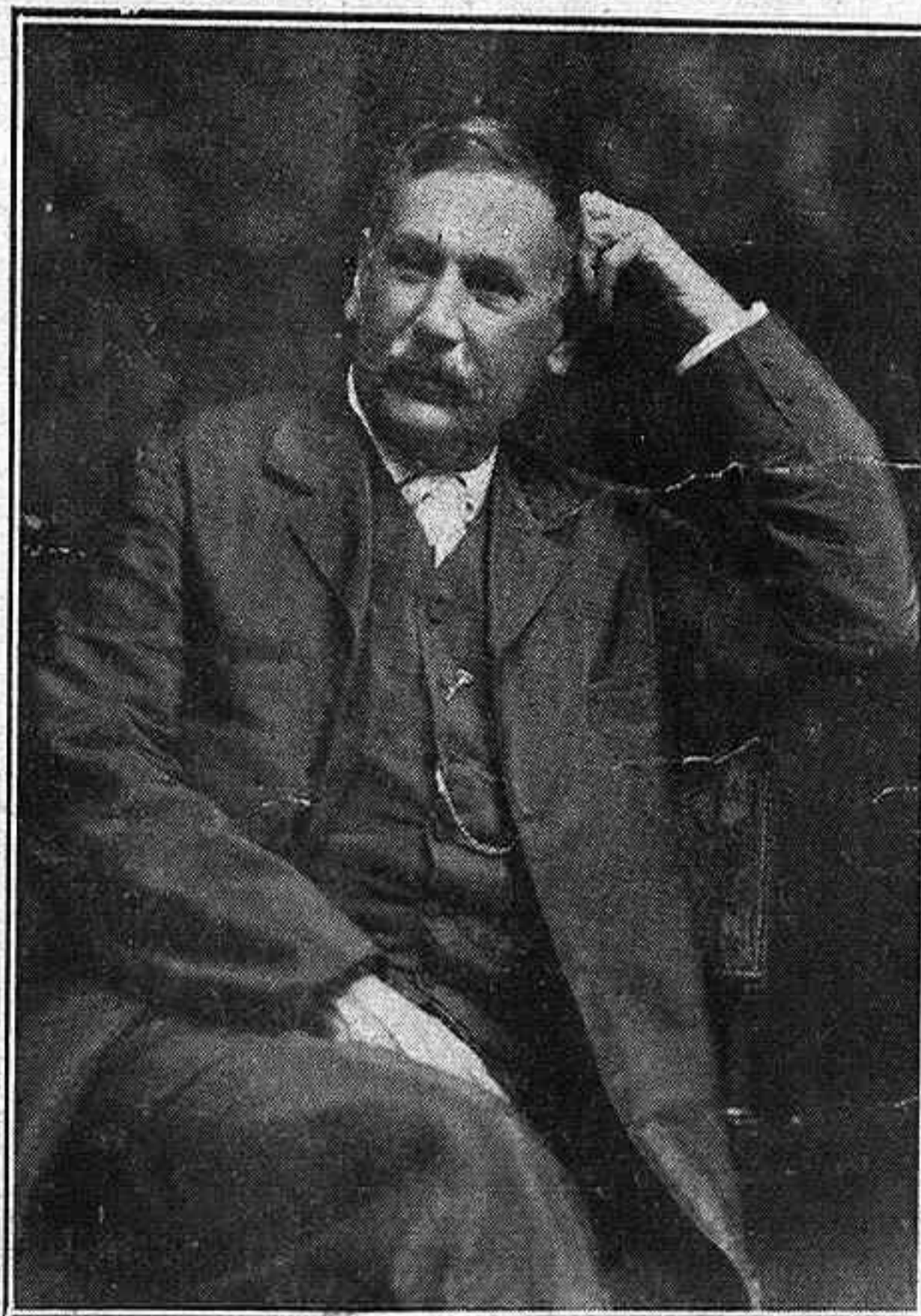
En 1896 forma su último Ministerio D. Antonio Cánovas del Castillo, y en 8 de Agosto de 1897, una venganza absurda, como es absurdo el crimen, cobarde, como es cobarde el asesinato, hace que ponga fin á su vida la bala de Angiolillo en el Balneario de Santa Agueda. Si no os pareciera cruel lo que os voy á decir, yo os diría que ante los hechos realizados, yo prefiero que haya sido esa la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, porque seguramente esa muerte le abre las puertas de la gloria y de la inmortalidad; porque seguramente ella no podrá nunca hacer que se oscurezca su personalidad en la historia si ya no estuviera acreditada con sus hechos, porque esa muerte es algo que le permite vivir constantemente entre nosotros, porque quien, por los principios que él tuvo, por mantener el principio de autoridad, le rinde eso, que es el holocausto mayor que se le puede rendir, el sacrificio de la vida, bien merece que todos los que no han tenido necesidad de hacer ese holocausto, ni prestarle, rindan culto á la memoria de aquel que inmortalizó su nombre; de aquel que hizo que el partido liberal conservador constituyese, como constituye y constituirá siempre, una reserva para la Monarquía y para la Patria. Yo no llamo partido liberal conservador á los que meramente se estrechan en los moldes pequeños de una historia ó de una tradición. Hace mucho tiempo que yo sé que no hay nada más absolutamente inconveniente é injusto que admitir la sinceridad de los nombres propios. (*Risas.*)

FRANCISCO BERGAMIN

CÁNOVAS JUZGADO POR GALDÓS

Réstame hablar de otro de los grandes oradores que terciaron en aquel admirable torneo: el señor Cánovas del Castillo, maestro consumado en las lides parlamentarias, estadista insigne y hombre, en fin, de tan grande autoridad que cuando se levanta á usar de la palabra se produce en la Cámara un silencio absoluto.

La circunstancia de haber dirigido la política española durante tanto tiempo y de acaudillar al robusto, numeroso y disciplinado partido conservador, aumenta aquella autoridad del señor Cánovas, dando á sus palabras una fuerza que



DON BENITO PEREZ GALDOS

rara vez tienen las de otro orador como no sean las del jefe del partido dominante.

La oratoria del ser Cánovas es sencilla, razonadora, elegantísima por la limpieza de la frase y de una claridad maravillosa. Rara vez emplea imágenes, y á pesar de que no es florido, aunque esté hablando cuatro horas seguidas, jamás fatigan sus discursos. Como polemista no tiene igual en nuestro Parlamento, y dudo mucho que lo tenga en otro alguno. Su raciocinio tiene flexibilidades que asustan, y cuando parece que no tiene salida, la encuentra inopinadamente y se abre paso de la manera más airosa.

Conocedor de toda la política contemporánea, participe en todos los debates durante treinta años de asistencia á las Cortes, su erudición parlamentaria y su práctica de tales lides son verdaderamente prodigiosas.

Posee el don de esclarecer las cuestiones y de presentarlas desde el aspecto que le es más favorable, siendo extraordinario el caudal de sus recursos en el pensamiento y en la frase. Y es, en realidad, cosa estupenda que habiendo trabajado tanto, habiendo sostenido en las últimas legislaturas batallas prolijas y reñidísimas por medio de la palabra, conserve bien sus facultades físicas, su voz hermosísima, que no conoce el cansancio, y la energía y nervio de su dicción. Una de las cosas que más admiran en los discursos del Sr. Cánovas del Castillo, casi siempre largos y substanciosos, es que por mucho que se les examine y diseque no se encuentra en ellos una palabra de más. Sobrio en los adornos del lenguaje, sabe, no obstante, emplearlos con arte admirable cuando quiere herir el sentimiento del auditorio. La variedad de sus conocimientos presta inmensos recursos para toda clase de debates, y su autoridad como principal figura política de la restauración da á sus razonamientos una fuerza que no tendrían todos en otra boca y en otro orden de circunstancias.

Tiene el Sr. Cánovas enemigos, como hombre que ha gobernado mucho, á veces con mano un tanto dura; pero también tiene adeptos y admiradores fervientes que le aclaman como el hom-

La Esfera

bre de Estado más admirable de nuestros tiempos. A éstos debe el dictado de monstruo que á guisa de mote le aplican sus contrarios.

Pero apartándonos de todo apasionamiento, debemos reconocer que el Sr. Cánovas del Castillo es realmente extraordinario por la variedad y alteza de su talento y porque pocos como él han dominado y practicado el arte del Gobierno desde su especial punto de vista. Esto no pueden desconocerlo ni aun los que saben señalar en su gestión política indudables errores. Y que ha traído á la gobernación del Estado ideas y prácticas muy superiores á las de los antiguos doctrinarios, se comprende con sólo volver la vista á los períodos de su dominación, en los cuales hay, en medio de cosas muy discutibles, otras de indudable fecundidad y provecho. La Historia no encontrará, quizá, justificado que por consagrarse con descanso á las condiciones altas de la política haya delegado en las manos demasiado hábiles del Sr. Romero Robledo la dirección de la mayoría, las elecciones y todo el mecanismo interior de la política en lo que tiene de personal; pero le tributará, sin duda, grandes alabanzas en otro orden, reconociendo que fundó la verdadera política conservadora en España y definió y esclareció el criterio conservador, porque antes que él no existieron en España Gobiernos conservadores, sino autoritarios; reconocerá que trajo á la política medios, elementos y artes nue-

vida, á D. Antonio Cánovas del Castillo, el cual, olvidado al parecer de cuanto le rodeaba, ponía el alma entera en su íntima plática con una de las mujeres más hermosas que podían pasearse por la Villa y Corte. Aunque la comparación está muy manoseada, parecía una virgen de las más bellas del Museo, que había saltado de su cuadro y había salido á tomar el sol por las calles más alegres de la villa. Era rubia, más bien alta que baja, muy esbelta, de cabeza pequeña y modelada á lo divino; cabeza en que el oro tomaba un reflejo de aureola. Era una mujer de *ambiente espiritual*, y tanto, que metido en su zona don Antonio, que se acercaba bastante, también tomaba sus tintes ideales, y á pesar del bigote de blanco sucio y de púas tiesas, y á pesar de los ojos que bifurcan, y á pesar del mal torneado torso y del pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras, no *desentonaba* el grupo por completo, ni mucho menos pasaba á la categoría de chillón contraste.

Como la dama no se quién era, y, en todo caso, el ser amada no deshonra, y como el Sr. Cánovas es libre y puede contraer justas nupcias y, por tanto, usar todos los derechos que para el ejercicio de ese son necesarios, no habrá indiscreción en decir que á mí se me figuró ver en los ojos del ex presidente del Consejo de Ministros algo muy semejante al amor, si no era el amor mismo. Y tal como la bien avenida pareja de palomas se esponja al sol, Don Antonio llegó al extremo de girar en redor de su desconocida (es decir, de *mi* desconocida), no sin tomarla antes una mano, como quien hace que se despide y se queda.

No sacudía aquella mano según la moda grosera de entonces, sino que entre las dos suyas la sustentaba con disimuladas caricias... Y la conversación seguía en tanto animada, pienso que espiritual, pues lo era la sonrisa de ambos. No había allí escándalo ni con cien leguas, que eso tiene el saber hacer las cosas; ningún transeunte paraba la atención en el grupo, ni mucho menos los del grupo en los transeuntes. Sólo yo era allí atento espectador, sin cuidarme de disimular mi curiosidad, pues ni la dama ni el galán veían cosas que no fuera ellos mismos. Llegó el momento de separarse. Don Antonio habló al oído de su amiga; hubo un apretón de manos *callado*, serio, sentimental por lo fuerte y prolongado roce de los guantes con la carne al separarse los dedos; al fin se fué cada cual por su lado, sin volver ninguno la cabeza. El rostro de la hermosa cambió de expresión en seguida, en cuanto dió ella el primer paso calle abajo; la sonrisa ideal había desaparecido; en aquellos ojos y en aquella frente sólo se vió la seriedad prosaica, hasta donde puede ser prosaica una divinidad, de la reflexión fría y atenta. La virgen del Museo se convirtió, como por encanto, en la *Musa de la Aritmética*. A lo menos, tal me pareció. Pero no pude seguirla, porque el personaje principal para mí era el otro, Cánovas, que tomó por la calle de Sevilla. El seguía sonriendo á sus imágenes; llevaba la cabeza erguida, miraba al cielo y, de puro distraído, á los saludos exagerados de tal cual transeunte que le reconocía. Algunos, después de pasar á su lado, se volvían para admirar no sé si al gran hombre ó al gran Presidente del Consejo.

Al llegar á la Carrera de San Jerónimo, torció á la derecha, camino de la Puerta del Sol. Era su andar como el de azotacalles distraído, que no sabe adónde va ni le importa ir á un lado ó á otro; á los pocos pasos atravesó la calle y se detuvo ante el escaparate de la que hoy es librería de Fe, y que entonces era, si mal no me acuerdo, de Durán todavía.

Con la atención codiciosa de una dama que registra detrás de los cristales las joyas acostadas en muelle cama de terciopelo, Cánovas, torciendo un poco la cabeza, gesto de míope, leía los rótulos de los libros nuevos y tal vez olvidaba un punto las dulces emociones que desde el Suizo venía saboreando. Después que leyó todos los letreros que quiso, dió un paso hacia la puerta de la librería, echó mano al picaporte...; pero lo soltó en seguida, cambió de idea y siguió andando. Iba como antes, sonriendo; pero su sonrisa era ya más complicada.

No cabía duda: el Presidente saboreaba con deleite la vida aquella tarde; me precio de ob-

servador mediano, y aquella mirada vaga y alegre, aquel andar ondulante y otros signos que se ven y no se describen, me revelaban el pensamiento del grande hombre.

Cánovas tiene bastante imaginación para gozar de esa perspectiva espiritual en que hay como una síntesis de los placeres, de la alegría, de los bienes que nos han tocado en suerte. Suele provocarse el delicioso espectáculo del panorama de nuestra dicha, la feliz conjunción de algunos fenómenos halagüeños que, como en la obra de arte, en la novela, en el drama, se juntan á veces en la vida de tal forma, que se hacen transparentes, sugestivos y significativos á la par, y, convertidos en símbolos y siguiendo mil ideas de color de rosa, nos llevan al éxtasis egoísta, tal vez al más intenso, que nos tiene amarrados por horas ó por días al engaño de ver el mundo como hecho para nosotros: bueno, suave, risueño, preparado por Dios como el escenario de un drama para el interesante espectáculo de nuestra feliz existencia.

También, para mí, el paseo de Cánovas tenía algo de simbólico, en el sentido más alto en que el símbolo significa tal vez la forma más pura y esencial de las cosas.

Era aquélla una escapatoria del hombre de Estado, del ser oficial, abstracto según la ley, que representa, como un maniquí, personifica-



DON LEOPOLDO ALAS
«Clarín»

vos, abriendo una nueva era y ensanchando los horizontes de la acción de los partidos. Es, realmente, el señor Cánovas del Castillo, un hombre de facultades extraordinarias, y su nombre será siempre una de las más legítimas glorias de la época presente.

BENITO PEREZ GALDOS

CÁNOVAS TRANSEUNTE POR "CLARÍN"

«Mientras yo relato el cuento de cómo vos conocí...»

N. SERRA.

No recuerdo si corrían los últimos días de Abril ó los floridos de Mayo, ni del año podrá decir sino que era uno de los cinco primeros de la restauración de Alfonso XII.

Sobre la calle de Alcalá volaban nubecillas tenues como una espuma de las olas de azul de allá arriba. Madrid, alegre, salía á paseo, y se parecía un poco al Madrid que soñó Musset, con sus marquesas á *l'œil luttui*, sus toros... embolados, sus serenatas, sus *escaleras azules* y demás adornos imaginarios. Cuando Madrid toma cierto aire andaluz con los días de sol y de corrida, parece lo que no es, y el que ha vivido allí algunos años se abandona á cierta ternura *patriótica*, puramente *madriñena*, que no se explica bien; pero que se siente con intensidad. Eran las tres ó las cuatro de la tarde. Atravesaba el que esto escribe la calle, yendo de Fornos al Suizo, y en la ancha acera, debajo de los balcones de la *Gran Peña*, vió de cerca, por primera vez en la



DON ANTONIO DE VALBUENA
«Miguel de Escalada»

ciones acaso falsas aun en la idea: era la escapatoria del jefe de un gobierno, que se reconocía hombre en un rato de buen humor.

No todos los jefes de gobierno son capaces de ser hombres además. Por supuesto, dando al *homo* el valor que no alcanzan la mayor parte de los que por ser bimanos é implumes ya quieren entrar en tan elevada categoría. Haced á Romero Robledo presidente del Consejo, y será incapaz de ser ya otra cosa en su vida.

Cánovas, sí; Cánovas es algo más que un político, es decir, más que un artefacto de palo con juego en las manos, en los pies, en el espinazo y en la lengua; Cánovas es, además, un hombre. Aunque llegara el tiempo fabuloso en que se encargaran de la cosa pública las personas, las verdaderas personas, exclusivamente, Cánovas podría continuar siendo político.

Pues bien: aquella tarde sacaba á paseo al *hombre* que lleva dentro del uniforme de ministro, y á los pocos pasos se encontraba á la *mujer*, sanción de todo mérito único, premio cierto de toda ambición grande.

No se haría la ilusión D. Antonio de que le querían por su cara bonita, como se dice familiarmente; pero no padecería su amor propio, aunque le quisieran por su grandeza, por el brillo de su posición y por la gracia de su talento, de su donosura mundana. Ser amado por lo mismo, porque se sirve para modelo de un pintor, podrá ser halagüeño; pero la mujer también sabe apreciar otras bellezas, especialmente la mujer más digna de ser amada, la que precisa y siente con originalidad y delicadeza, un tanto desprendida de los groseros instintos, superior en parte á la tendencia animal del sexo.

Legítimamente podía D. Antonio ir satisfecho de sí mismo, como un *Don Juan espiritual*, por lo menos... Además, la dicha no se analiza tanto. Todas las cosas, descomponiéndolas demasiado, se reducen á átomos insípidos, incoloros é inodoros. El átomo es una cosa que, de puro insubstancial, quizá no existe. Don Antonio no tenía para qué valerse de esa química psicológica que han inventado los taciturnos, los misántropos, buscando la fórmula probable del amor que inspiraba. En parte se le quería por poeta; en parte, por hombre rico; en parte, por hombre influyente; en gran parte, por caballero cumplido; en otra no menor, por galán de ameno trato, de conversación chispeante, por perfecto hombre de mundo, que es además hombre de Estado; por orador del Parlamento; por autor de prólogo á *Los Dramáticos Contemporáneos*, de Novo y Colson... ¡Sabe Dios! ¡Se le podía querer por tantas cosas!... El hecho era que se le amaba. No; no tenía cara de analizar en aquellos momentos el ilustre transeunte.

Primero, la mujer... Después, las letras...

LEOPOLDO ALAS

(Clarín) [] [] []

CÁNOVAS VISTO POR ANTONIO DE VALBUENA

Ahí le tienen ustedes. O, mejor dicho, ahí le tenían. El más popular y el más aborrecido de los hombres adocenados. Ahora también le tienen ustedes ahí; pero no rige, es decir, no estorba.

¡Como para la gloria humana! Fué seis años monstruo y ha vuelto á quedar de simple ciudadano.

Todavía no hace un año que Cánovas era entre nosotros todo lo que había que ser, hasta sabio inclusive. Hoy día no es más que académico de todas las Academias y jefe, *in partibus*, de un partido partido por el eje, es decir, por junto al presupuesto.

La verdad es que la popularidad de D. Antonio (Cánovas se llama D. Antonio) era ya una popularidad fastidiosa.

No se oía hablar de otra cosa más que de Cánovas. No se podía leer un periódico sin encontrarse en seguida con Cánovas. En un número solo de *La Correspondencia*—tuve el humor de contar—estaba escrito treinta y siete veces. Casi tantas veces como tiene de años su discípulo Saturnino.

Y no era sólo en los periódicos, en cualquier otro papel impreso sucedía igual desde el cronicón de Huelin hasta el anuncio de las máquinas Singer. Escrito ó pintado, fantástico ó real, en letra ó en música, se le encontraba en todas partes.

¿Iban ustedes á paseo? Le encontraban allí haciendo molinete con el bastón, como diciendo: ¿Y á mí qué?

¿Iban ustedes al Congreso? Allí le encontraban ustedes revolviéndose en el ámbito del banco azul, como la pantera en la jaula, y lanzando á diestro y siniestro aquellos ¿pues qué?, como Júpiter dicen que lanzaba rayos antiguamente.

¿Iban ustedes al teatro? Allí le encontraban echando los gemelos á todo el mundo.

Hasta hubo quien le encontró una vez en casa de los modernos duques de Santofña bailando rigodones.

No siendo en la iglesia (y no porque no fuera devoto, que no lo es, sino porque no tenía tiempo) repito que se le encontraba en todas partes.

Un amigo mío le encontró una vez en la sopa (era sopa de letras), y otro me aseguró haberle encontrado en la estación de Ataquines en un retazo de *La Integridad de la Patria*.

Hoy es al revés.

Yo, que por la misericordia de Dios leo todos los periódicos á diario—y digo por la misericordia de Dios, porque con eso me considero ya libre del purgatorio—, he pasado algunas veces un

mes sin encontrar escrito el nombre de Cánovas. Así es que cuando por casualidad leo Cánovas, tengo que pararme á recordar y decir para mí: Hombre, sí, es verdad que había un Cánovas... Digo no, había tres ó cuatro de varias dimensiones...

Sí; ahora recuerdo que había varios Cánovas, y todos de la familia; es decir, todos del presupuesto.

Mas volviendo al Cánovas primitivo, ó, mejor dicho, Antonio, es de advertir que de todo entiende.

Por si acaso la posteridad, ingrata de suyo y olvidadiza, no hiciera justicia á sus servicios políticos, que no la hará, de seguro, D. Antonio tiene ya ideada y hasta emprendida otra vía para immortalizarse. Tiene ya escritas varias obras, peores, si cabe, que sus actos políticos. Vale Dios que no cabe.

La campana de Huesca, novela del género estafalario, y *Los amores de la Luna*, imputación calumniosa de que la Luna no se ha querellado por no andar en lenguas, son las dos obras principales que D. Antonio ha puesto por eminente á la segunda columna de su celebridad.

No hay que omitir que el ilustre remendón

con tal de que la prosa sea del mismo Cánovas. Quiero decir, y lo digo y todo, que la prosa de D. Antonio, aunque parezca imposible, que sí lo parece, es un si es no es peor que sus versos.

«Cualesquiera que sea el amor...» Comentan los periódicos de D. Antonio cada lunes y cada martes. Una vez para decir «príncipe á secas» ó «príncipe únicamente», fué y escribió «Príncipe á solas». Y así por este estilo.

Excuso decir á ustedes que es académico de la Lengua. No podía menos, escribiendo tan mal.

También se las echa de jurisconsulto, y una vez, para probar que sabe más leyes que todos, á propósito de cierto principado, revolvió toda la legislación española (¡que apenas tiene que revolver!) y resultó que todas las leyes decían lo contrario de lo que él quería que dijeran.

También oficia de filósofo, no es menester decirlo. Ya he dicho que D. Antonio es, ó por lo menos era, todo lo que puede ser alma viviente, de monstruo para abajo.

Y si D. Antonio hubiese durado más en el pináculo de la gloria, es indudable que, como á Cervantes, y él perdona la comparación, le hubiese salido también su correspondiente secta de gente simple, su correspondiente enjambre de

tábanos literarios, llamados *antonio-canovistas*, que, á la manera como los *cervantistas*, escriben libros para que nadie los lea, titulados: *Cervantes geógrafo*, *Cervantes cocinero*, *Cervantes administrador militar*, etc., así también ellos escribirían libros con el mismo destino, titulados, al poco más ó menos: *Cánovas filósofo*, *Cánovas jurisconsulto*, *Cánovas artillero*, *Cánovas moro*, *Cánovas Papa infalible*, y por ahí adelante.

Y no digo bien al decir que le hubiera salido esa secta, si le dura más la temporada de disparar rayos y credenciales, á esa especie de dios temporero, porque, en rigor, le había salido ya; y si bien no se habían llegado á publicar todos esos libros, ya en los periódicos conservadores se habían dicho todas esas cosas.

También hay algunos señores graves, como un gacetillero de *La Iberia*, que pretenden que D. Antonio, en los buenos tiempos de su mandar, tuvo conatos serios de ser adorado. Mas en esto no le favoreció la fortuna, porque la *canovolatría* no alcanzó en esta tierra de pecadores y de *benitolatras*, más secuaces públicos que el conde de las Almenas; aunque se cree que, en secreto también, le adoraba Puente y Brañas, Dios le haya perdonado.

Pero quedábamos en que Cánovas también era filósofo. Y nos faltaba añadir que en filosofía es hegeliano hasta las cachas, es decir, hasta la mitad ó un poquito menos. De la famosa trilogía de Hegel no admite más que la primera parte: el *yo*. Nada, Cánovas no admite el *no-yo*, ni la reflexión ni la conciencia; nada más que el *yo* y siempre *yo*. Los demás, contra un canto.

Lo que es el *no-yo* es un licor que le da asco; no lo puede ver, y beber menos. Una vez se lo dió á probar el general, y en cuanto lo arrimó á los labios se llamó á engaño. La única copa que ha bebido en su vida se la hizo tragar Sagasta hace ocho meses, y todavía le dura el mal de la boca.

También se puede considerar á Cánovas bajo algún aspecto complejo. Verbigracia, en lugar de considerarle como militar y como político, aparte de considerarle también como aljamiado, se le puede considerar de un golpe político militarmente. Como político militar fué César; pero se le cargó el acento en la última y le vino ancho el papel de Pompeyo. Después, entrando en el segundo triunvirato, se le antojó que había de ser Augusto, y se ha tenido que quedar sencillamente Antonio, ó, como él dice, Antonio á solas.

Sin Cleopatra.

ANTONIO DE VALBUENA
(Miguel de Escalada)



Boda de la Reina Mercedes

político y literario también hace versos; eso sí, muy malos, como saben mis lectores, pero los hace. Y hasta los publica. No alcanza á ver que son detestables.

Lo que tienen que se acomodan perfectamente al canto (rodado). Yo, que además de ser su tocayo, apenas sé música, le he puesto ya tres ó cuatro composiciones en solfa.

¡Si me acordara de alguna! Pero no me acuerdo más que de otra sin solfear, escrita, como todas las suyas, en variedad de metros y de disparates. Tiene una estrofa que dice:

«¡Oh! ¿Quién será que á ti su voz levante con jubiloso acento?

¿Quién será que su pecho no quebrante derramando lamento?»

¡Mire usted que derramar lamento! Vamos, que ese derrame de lamento es de lo más deplorable; es casi tan malo como un derrame cerebral.

Pues hay otra estrofa que empieza:

«Pecamos, mi señor, pecamos duros...»

Como si el señor fuera suyo solo y como si fuera cosa corriente *pecar pesetas*.

Y todo así, al símil.

Hay, sin embargo, una ocasión en que casi gustan los versos de Cánovas; cuando se leen inmediatamente después de haber leído prosa,

DE ARTE ANTIGUO

UNA NUEVA ARQUITECTURA DESCUBIERTA EN EGIPTO

LA pirámide de escalones, en Saqqarah, á unos treinta kilómetros de El Cairo, es, de todas las de Egipto, acaso la más vulgarizada por la pintura, el dibujo y la fotografía. Su remota antigüedad, pues fué construída hace cinco mil años para servir de sepulcro al rey Zoser Neterkhet, de la tercera dinastía, y la certidumbre de que en su proximidad debían conservarse restos arquitectónicos que arrojasen alguna luz sobre el oscuro período de la historia de Egipto correspondiente al reinado de los primeros faraones, indujeron al Servicio de Antigüedades de dicho país á emprender, hace cuatro años, en torno de la pirámide trabajos de exploración llevados con mayor método y con elementos técnicos más perfectos y más modernos de los empleados en anteriores tentativas.

De dirigir dichos trabajos de sondeo y excavación fueron encargadas dos ilustres personalidades de la arqueología contemporánea, el sabio historiógrafo inglés mister Firth y su colega francés M. Lacau.

Espléndidamente subvencionada esta empresa por el Gobierno egipcio, los resultados no se hicieron esperar gran trecho, por cuanto á las dos semanas de haberse dado el primer golpe de piqueta quedó al descubierto una venerable reliquia arquitectónica, que, aparte de su lejana fecha, viene á destruir numerosas hipótesis y teorías que han venido siendo generalmente admitidas acerca del arte de construir en el antiguo Egipto. Trátase de un pequeño templo funerario que ofrece la sorprendente particularidad de hallarse decorado con columnas acanaladas, sin basamento, de un parecido asombroso con el orden dórico griego. Esta circunstancia no podía menos de suscitar, y de hecho así ocurrió, vivas controversias entre los egiptólogos. Negaban algunos de ellos que el templo en cuestión pudiera ser obra de la tercera dinastía, y afirmaban que era una simple reconstrucción griega de la época saíta.

Cuando más empeñada era la discusión de los sabios, el descubrimiento en los nuevos interiores de varias é importantes inscripciones en escritura hierática, trazadas por visitantes de la época de Ramsés II, y en las que se elogiaba el buen estado de conservación de los monumentos del

rey Zoser, puso rápido término al debate arqueológico. Desde entonces ya no existe la menor duda sobre este punto.

A poco de quedar al descubierto este primer monumento, las excavaciones hicieron aparecer un segundo templo funerario, en todo análogo como disposición y como decorado al precedente.

La campaña de 1924-1925 fué grandemente fructuosa en cuanto quedaron al descubierto durante ella la estatua del rey Zoser en su *serdad* (reproducida por entonces en estas páginas); el templo funerario real, propiamente dicho, inmediato á la pirámide; y una serie de reducidos santuarios, con columnitas acanaladas del tipo ya mencionado, pero de proporciones más reducidas, dispuestas en torno de un gran patio, y

probablemente erigidas para la ceremonia del *heb-sed* ó jubileo regio.

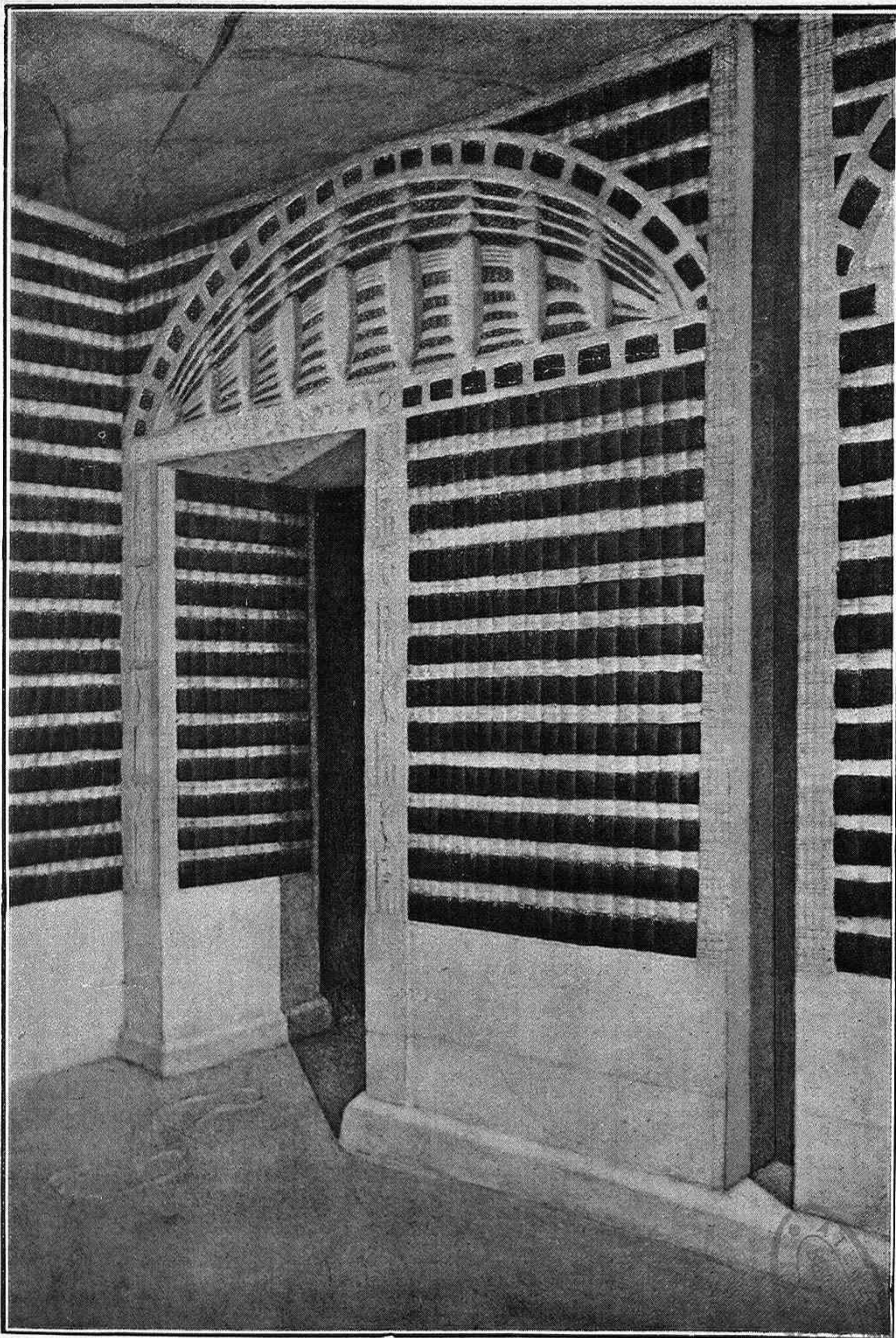
A la campaña del año inmediato, ó sea la de 1925-1926, correspondió el hallazgo de la magnífica columnata que servía de ingreso al recinto funerario real. Estas columnas son de un tipo absolutamente nuevo, no conociéndose nada análogo á ellas en el arte egipcio. En vez de ser acanaladas como las ya dichas, presentan la forma fasciculada ó en haz, una basa circular, y todas ellas están unidas al muro, sirviéndoles éste de refuerzo.

Finalmente, las excavaciones de 1926-1927 han exhumado buena parte de la muralla de piedra calcárea que rodeaba no sólo á la pirámide, sino á los monumentos de que queda hecho mérito, siguiendo un vasto rectángulo de dos

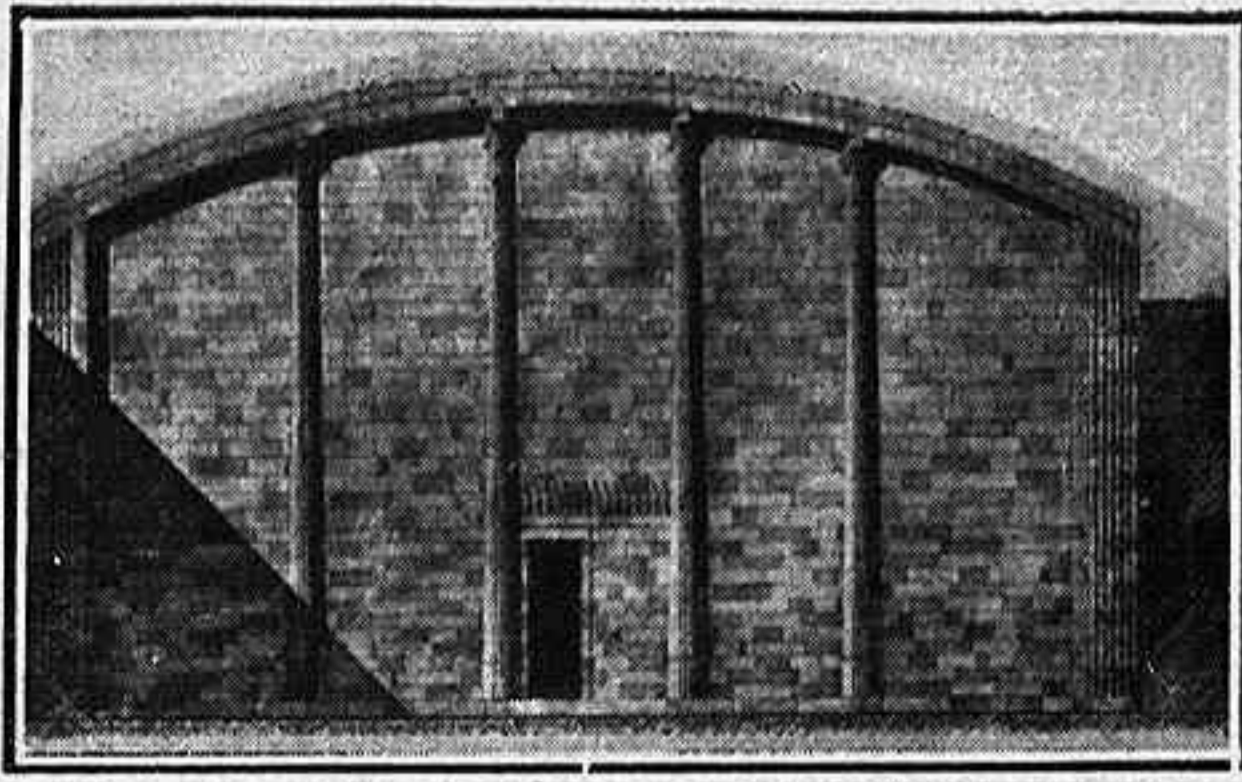
kilómetros de contorno aproximadamente. La construcción defensiva ha aparecido en un notable estado de conservación, elevándose aún algunos de sus trozos á cerca de cinco metros de altura.

En esta robusta muralla, cuyo espesor en algunos sitios llega á veinte metros, hubo de descubrir Mr. Firth lo que constituye hasta ahora el *clou* de la campaña mencionada desde el punto de vista artístico. Es una tumba construída á más de veinte metros de profundidad, y á la que se descende por una larga escalera é intrincada red de galerías, donde fueron encontradas veintitantas hermosas ánforas de alabastro. El recinto funerario está constituido por varias cámaras largas y estrechas que se comunican entre sí.

Cuatro de estas cámaras tienen recubiertas las paredes por pequeñas tejas azules esmaltadas á fuego, desgraciadamente inutilizadas en gran número por los violadores de sepulcros. La primera de las cámaras aparece dividida en su testera en seis paneles, coronados por un friso también de cerámica, formando el elemento decorativo una serie de signos análogos á los observados en una de las cámaras funerarias de Tutankhamen, debiendo tenerse presente en este particular que estas tumbas de Saqqarah son anteriores en mil setecientos años á la ya célebre del Valle de los Reyes. La segunda cámara presenta varios bajorrelieves con la figura del rey



Una de las puertas de comunicación en las galerías del hipogeo descubierto recientemente en Saqqarah, y que data de unos tres mil años antes de la Era Cristiana

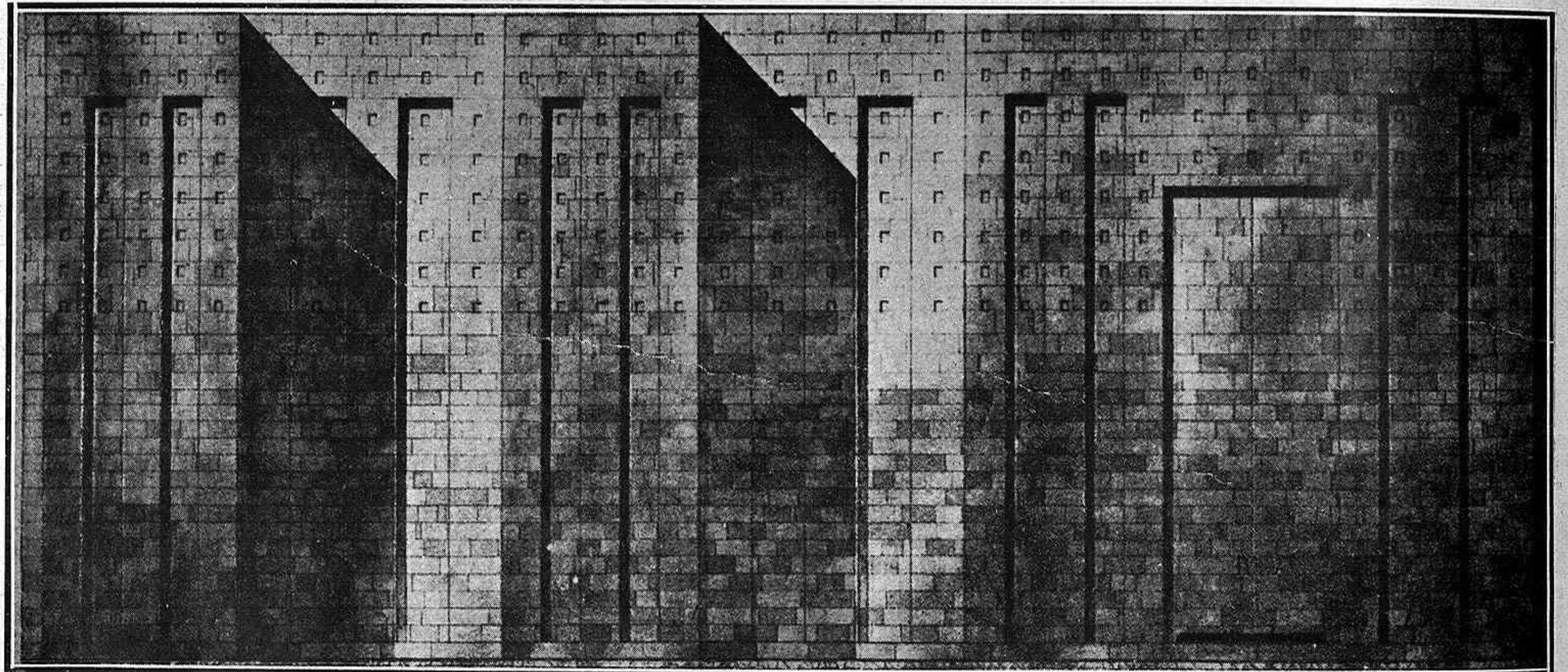
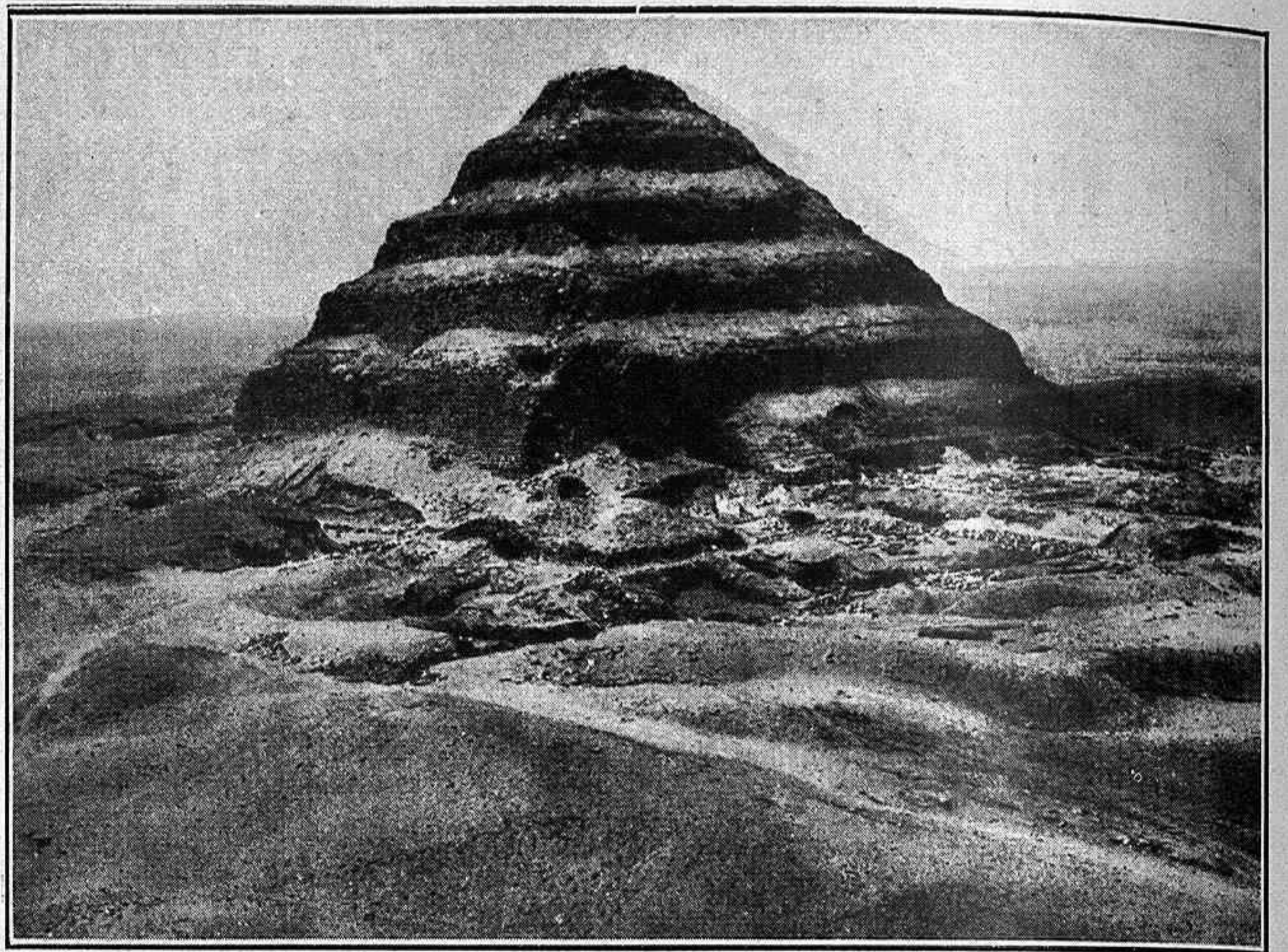


Reproducción de la fachada de uno de los pequeños santuarios descubiertos en Saqqarah

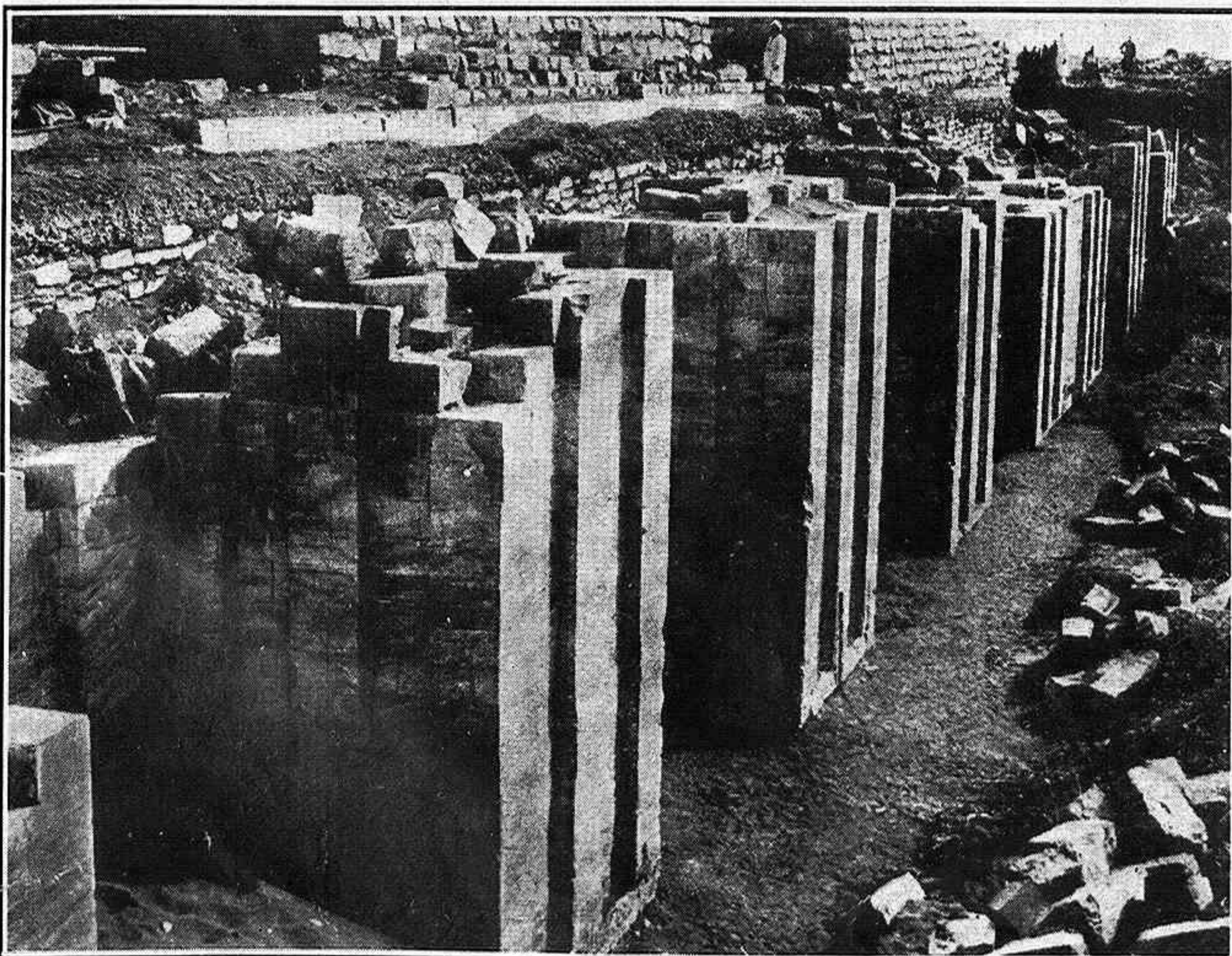
Zoser en actitudes diferentes, de un dibujo y modelado sorprendentes tratándose de una técnica artística cinco veces milenaria. Flanquean la figura del monarca columnas de signos jeroglíficos, pudiéndose admirar en otros lugares de la cámara el protocolo real también en jeroglíficos de una gran finura de ejecución.

La Comisión exploradora de Saqqarah confía en poder hallar, acaso en la campaña de este

La famosa pirámide de escalones de Saqqarah (Egipto)



La muralla que defendía el recinto funerario de Saqqarah, vista de frente

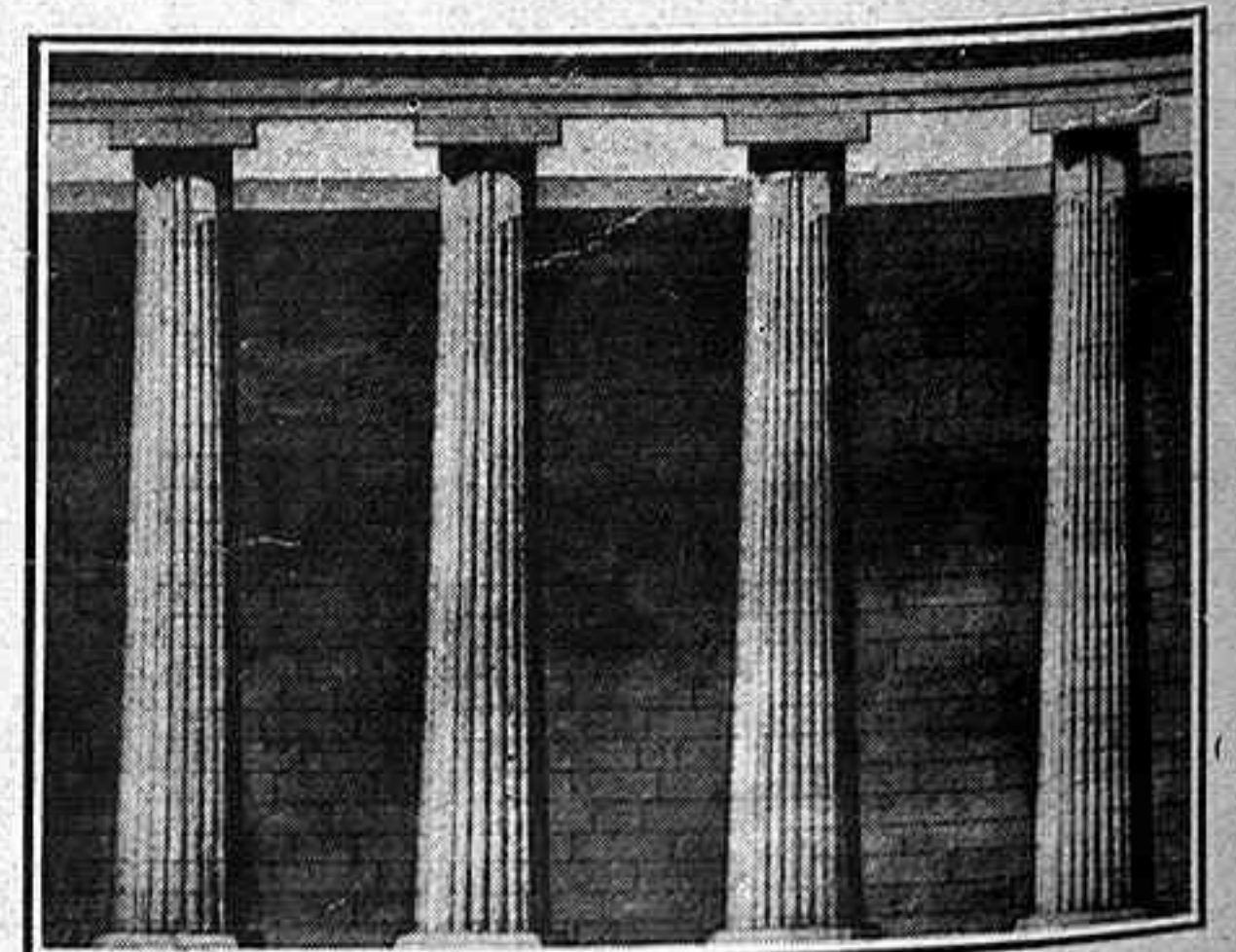


Parte de la muralla que rodea el recinto funerario de Saqqarah, construido hace cinco mil años

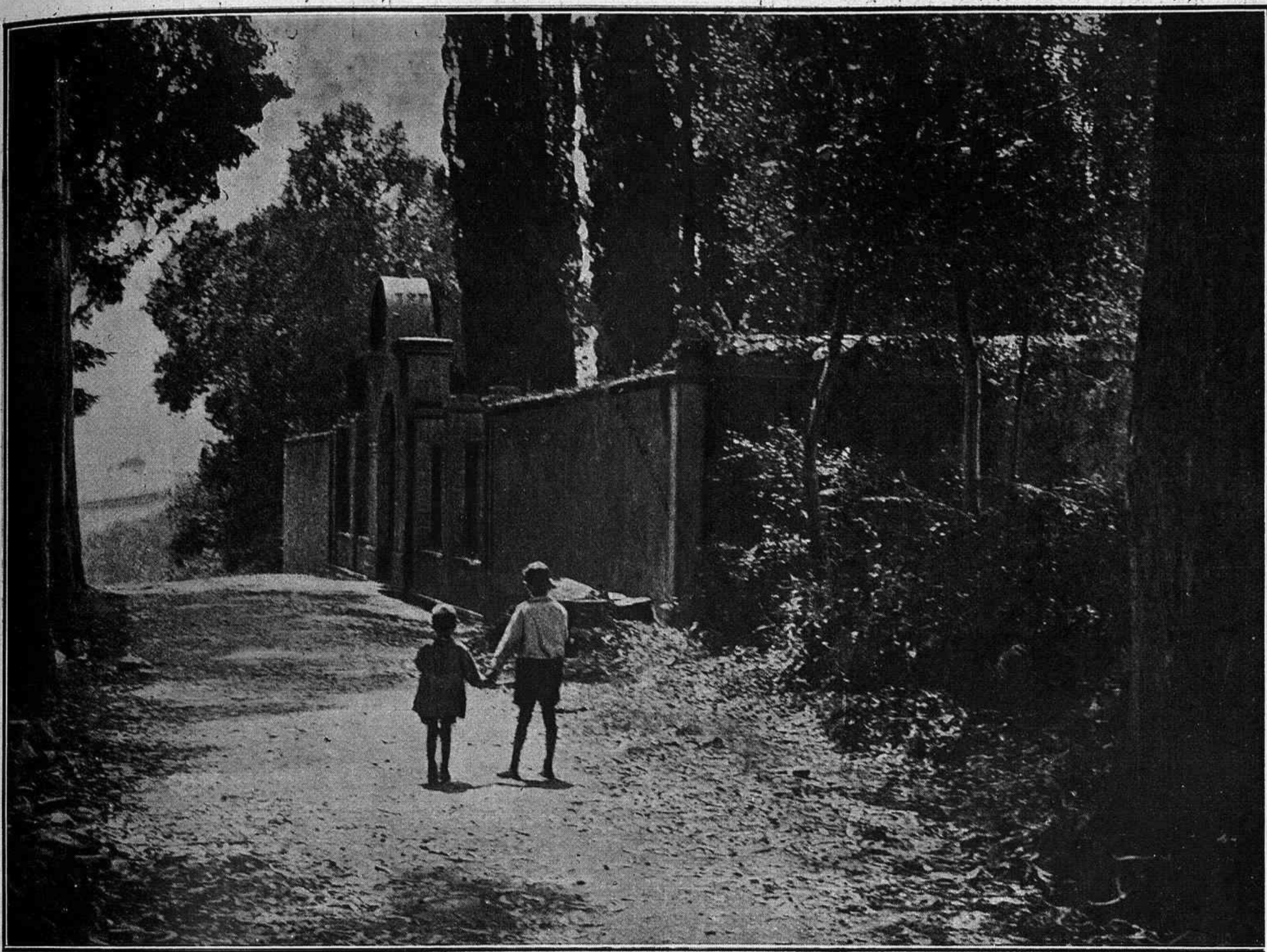


año, el lugar donde se encuentra el sarcófago donde fué sepultado el alto personaje real para quien se construyó este magnífico sepulcro, y que, según opina algún egiptólogo, bien pudiera ser el mismo rey Zoser, aunque hasta ahora se le haya creído enterrado en la pirámide escalonada.

D. R.



Columnata lateral del sepulcro descubierto en Saqqarah, y que evoca el recuerdo del arte dórico, al que es anterior en muchos siglos



E L O G R O

Es un cuento de niños,
algo triste y medroso,
donde surge, espantosa,
la figura de un ogro,
como pasa en los cuentos
de Perrault.

Silenciosos,
ya los árboles dejan
que sus hojas de oro
vayan, lentas, cayendo,
con las brisas de otoño,
sobre el largo sendero
que se pierde brumoso...

Pulgarcito y su hermano
—ya sabemos nosotros
que en su casa son muchos
más hermanos—van solos
por el largo camino
tapizado de oro
que conduce al Ensueño,
al país más hermoso
de la tierra.

Caminan
tras de un sueño; van, locos,
persiguiendo á los silfos,
á los líricos gnomos,
á las pálidas rosas,
á los lagos sin fondo,
á las claras estrellas,
á los lirios...

De pronto
surge, allí, en el camino,
fantasmal, pavoroso,
con sus negros cipreses
y sus cruces, el hondo
é inquietante misterio
de un osario.

Miedosos,
los dos niños se paran,
y á la par que con ojos
de pavor miran, trémulos,
al fantasma, en un tono
de secreto, á su hermano,
señalándole el torvo
cipresal, Pulgarcito

le susurra: ¡Es el ogro
que se come á los niños
que persiguen, gozosos,
el país del Ensueño
por caminos de oro!

Este cuento de niños
lo escribí para todos;
¿lo entendéis?; por si alguno
no lo entiende, aquí os pongo
su sentido más claro:
Los dos niños que, locos,
van detrás de los silfos,
de las rosas y gnomos,
de los lirios y estrellas
y los lagos sin fondo,
son la Vida; y la Muerte
pavorosa es el ogro,
que se come á la Vida
con sus sueños hermosos.

FERNANDO LOPEZ MARTIN
(Fot. J. M.^a Mendoza Ussía)



Escena II del acto 3.º de «El Mercader de Venecia», interpretada en "Guilddford Boro Hall" por "The pilgrims players of the Surrey Federation of women"

Ahora que se habla nuevamente de nuestro Teatro Nacional, y todos caemos en la cuenta de que es indispensable representar, de vez en cuando por lo menos, las obras de nuestros grandes dramaturgos clásicos, es oportuno mostrar con qué reducida escenografía pueden presentarse las obras maestras. A esa re-

presentación hecha en Londres de «El Mercader de Venecia», sin decorado y con la más sumarisima escenografía, pueden unirse, como documentos demostrativos de una posibilidad, otras que de la misma obra se dieron, hace algunos años, en un «Teatro de la Naturaleza», de aquellos que estaban muy en boga en-

tonces, en lo alto del Parque de Saint Cloud, también sin decorado y con escenografía mínima. En ambas ocasiones, «El Mercader de Venecia» ha tenido toda la fuerza emotiva que le da derecho á perdurar en la primera línea de las obras maestras de la dramaturgia universal.



La escena del tribunal, en que Porcia limita el derecho de Shylock á tomar la libra de carne de su víctima

LAS RECETAS TEATRALES Ó EL CUENTO DE LA SOPA DE PIEDRAS

DESDE que el mundo es mundo, hay Teatro —célebre es el *Dúo de la manzana*, cantado por Adán y Eva, con acompañamiento de silbidos, en el Paraíso Terrenal—. Y desde que hay Teatro, se pretende legislar lo ilegible, poner puertas al campo de la fantasía, dando reglas para escribir obras dramáticas como quien da recetas para condimentar un guiso. De ahí las tres famosas unidades—de tiempo, de lugar y de acción—formuladas por Aristóteles en su *Poética*, y restablecidas, siglos más tarde, por Corneille y los neoclásicos. De ahí que Horacio, en su *Epístola ad Pisones*, dispusiera que toda obra dramática debe tener ni más ni menos que cinco actos. De ahí que antaño se considerase el monólogo como un requisito casi indispensable, y hoy se le huya como al mismísimo diablo, al extremo de que en la hora de ahora guardárase muy mucho el padre Shakespeare de poner en boca de Hamlet el famoso *To be or not to be: that is the question*. De ahí también el grito de guerra del romanticismo, lanzado por Víctor Hugo en el célebre prefacio á *Cromwell*, cuyo centenario se conmemoró ha poco. Claro está que la fórmula de Víctor Hugo consiste en suprimir las reglas clásicas; pero esta supresión era para él y sus secuaces el credo de una nueva doctrina... puesta en práctica siglos atrás por nuestros comediógrafos del Siglo de Oro, que hicieron tabla rasa de las unidades aristotélicas é intercalaron lo bufo en lo dramático sin detrimento del conjunto, mucho antes de que el autor de *Hernani* descubriese este Mediterráneo viendo cómo puede estar el Papamoscas en la Catedral de Burgos sin descomponer la severidad majestuosa del sagrado recinto...

Toda innovación teatral huele á moho. Pero el público es impresionable y desmemoriado, y quien levanta estandarte renovador logra prosélitos, inspira curiosidad, forma en torno á su nombre la aureola populachera que es la base del triunfo clamoroso... Aunque el día que éste llegue caigamos en la cuenta de que no hubo tal innovación, que las aguas siguen por los cauces de siempre y que si acertó el supuesto Mesías no fué por hacer algo nuevo, sino porque era bueno lo que hizo...

¿No recordáis el viejo cuento de la sopa de piedras? Yo os refrescaré la memoria en dos palabras.

De retorno á sus lares, cumplidos ya los deberes con la patria, pasó por cierta aldehuela un quinto licenciado, con sobra de buen humor y

tan absoluta carencia de metales preciosos que llevaba luengas horas sin comer y la garra del hambre le cosquilleaba el estómago vacío. En vano fué que demandase algún condumio á las comadres que tomaban el sol cosiqueando la trapajería.

—¡Buenos están los tiempos para mantener bigardos!

—Ciento y más pasan por el pueblo á toda hora con tales pretensiones.

—¡De la boca nos quitaríamos el pan y no bastaría á tanto pedigüeño!

—¡Largo, largo de aquí, que somos pobres y nada nos sobra!

broso que para trances de guerra nos enseñan en los cuarteles.

—Pues hágalo en buen hora, que viéndole aprenderemos, y eso iremos ganando.

—Con mucho gusto y fina voluntad—dijo el sorche, cogiendo de la carretera varios guijarros—. Aquí tenemos la primera materia. Y á fe que es de la mejor clase, y han de salir unas sopas que no las comerá superiores el rey. Claro que para hacer el guiso necesitaré una sartén ó cazuela...

—Yo le daré la mía, no faltaba más—dijo una comadre.

—Gracias. Si tuvieran un poco de grasa ó aceite, porque sin este requisito no hay sopa posible.

—Es natural. Ahí va una pella de manteca bien maja—repuso otra.

—Dios se lo premie. ¿Y algo de pan, aunque sea duro?

—Le cortaré un buen trozo de esta hogaza—accedió una tercera.

—Muy amable. ¿Puedo poner la sartén á la lumbre?

—Tráigala á mi cocina, que arde gran fogarata.

La voz se había corrido por la aldea, y en torno al cocinero improvisado formóse un grupo nutrido, que seguía con curiosidad creciente las manipulaciones del hijo de Belona.

—Oiga, militar—dijo una moza garrida—, ¿estará bueno el guiso?

—Te lo daré á probar si quieres, preciosa. Verás cómo te gusta. Y más te gustaría si tuviera unos toreznos.

—Yo se los traeré ahora mismo.

—¿Y no le diría bien un chorizo?—inquirió otra moza.

—Le diría muy bien. Y una morcilla, aún mejor.

—Pues voy por ambas cosas, que en casa hay mantanza reciente.

El guiso, tan sabrosamente ilustrado, llegó á estar en su punto, y el recluta se puso á comer en plena calle, rodeado por todo el pueblo, que le veía engullir con asombro. Y cuando hubo rebañado la sartén, dejando mondos y lirondos los guijarros, una comadre preguntó:

—Pero oiga, militar, ¿no se come las piedras?

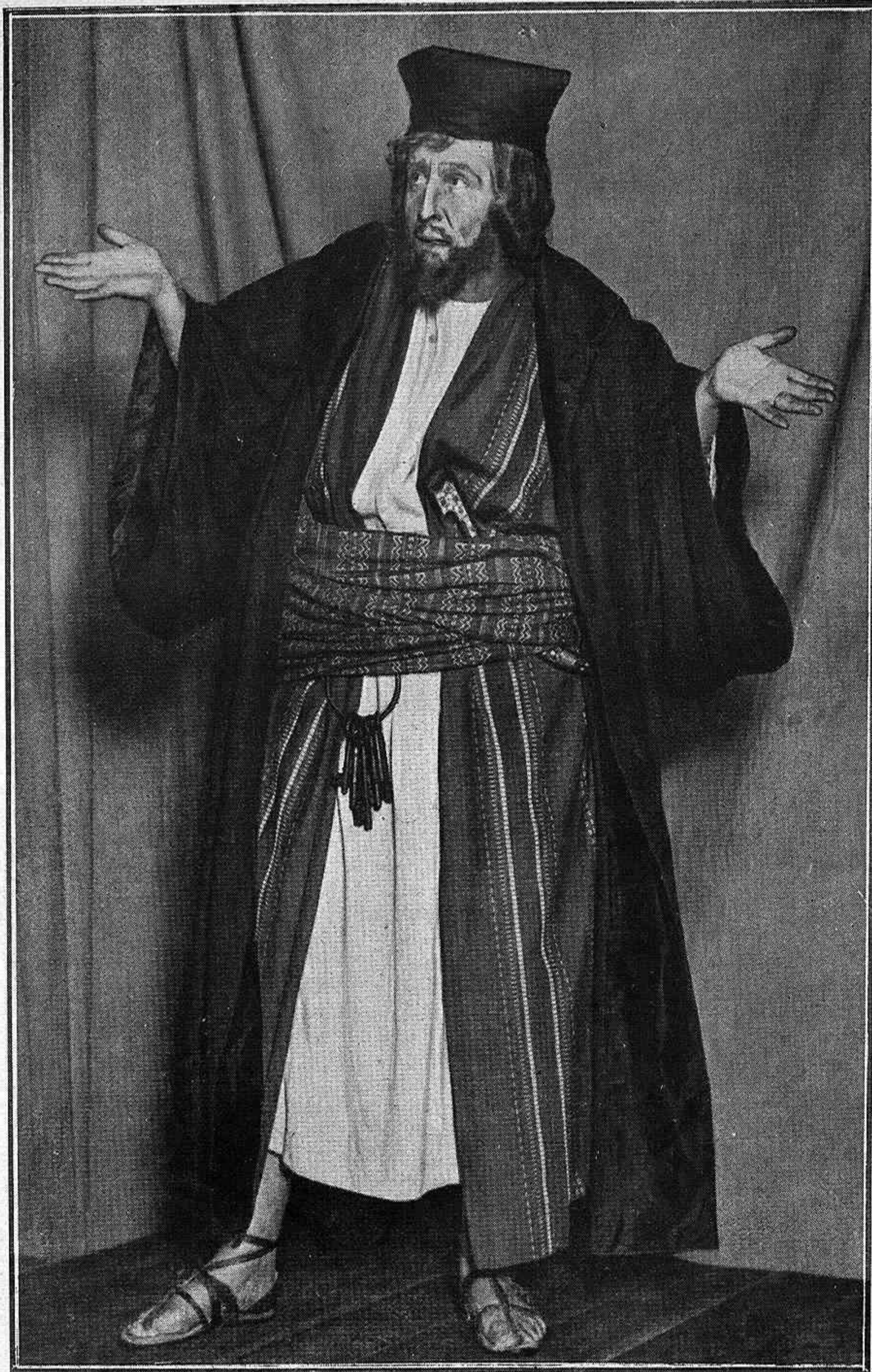
—No, señora—dijo el otro muy serio—. Las piedras se las dejó á ustedes para que las aprovechen cualquier día condimentando otra sopa á mi salud...

Y ante la estupefacción de todas, cogió el hatillo y reanudó la marcha, cantando, alegre y satisfecho...

•••••

Jóvenes que aspiráis al triunfo escénico, inventad una sopa de piedras. Clasicismo, romanticismo, naturalismo, superrealismo, teatro de vanguardia, ¿qué más da? Todo se os volverán facilidades, porque despertaréis curiosidad, que es la base del triunfo. Y cuando lo hayáis logrado, no os importe haber hecho un guiso como tantos otros. Dejad en la sartén las piedras que os sirvieron de habilísimo cebo. Otro avisado vendrá, más pronto ó más tarde, que sepa utilizarlas en beneficio propio...

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA



Mr. Blockkader en el papel de Shylock, en la representación de «El Mercader de Venecia»

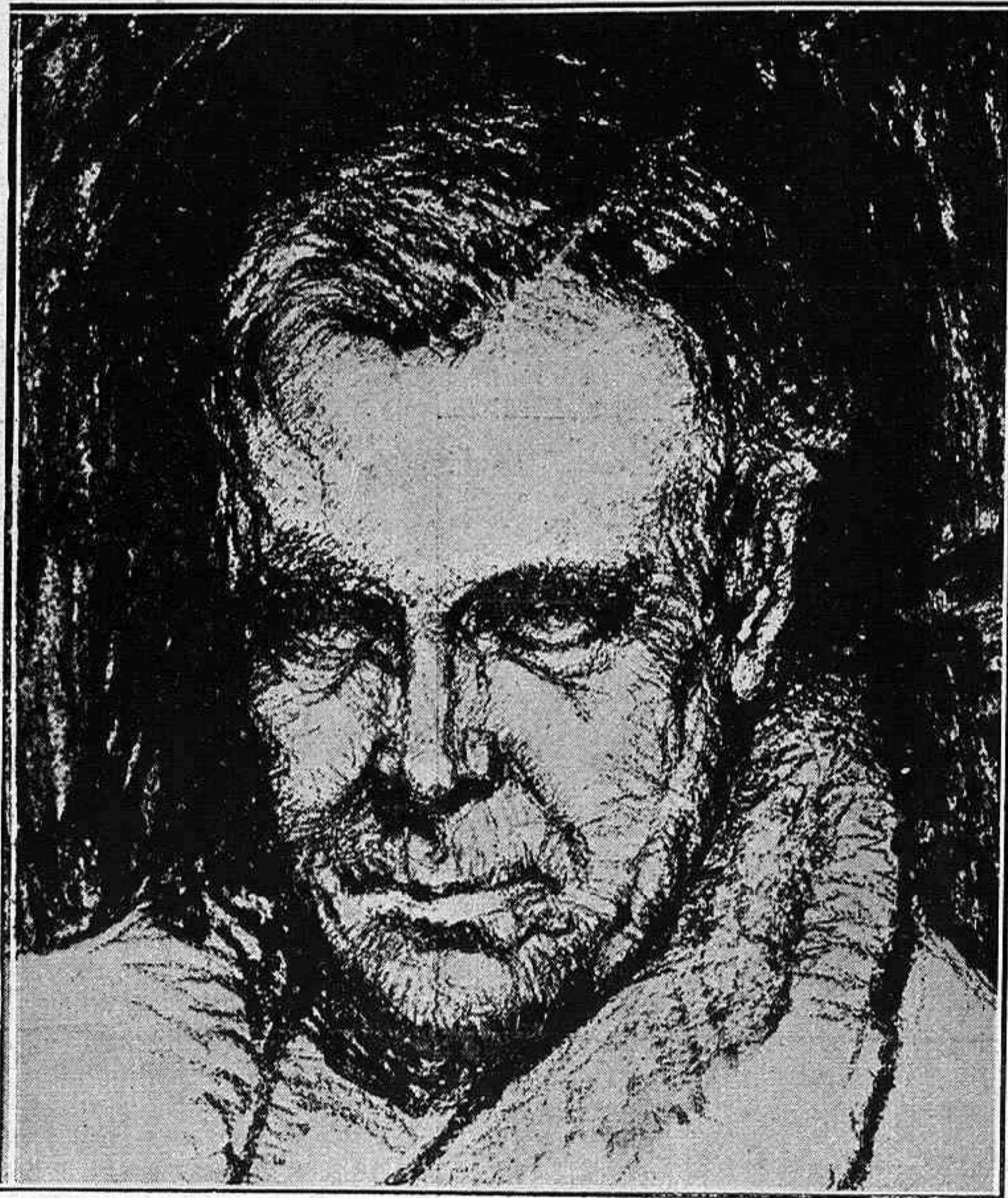
Queda dicho que el recluta gozaba de excelente humor. Lejos de incomodarse, sonrió á las vecindonas, y dijo de buen modo:

—No hay que sulfurarse, señoras mías, que al que pide por favor no es justo oxearle como á un can sarnoso. Dinero me falta; pero no recursos de ingenio para proveerme de lo que me ne-gáis. En casos como este, hago mi sopa de piedras, me la como, y en paz.

La insólita afirmación despertó en el acto la curiosidad de las comadres.

—¿Dijo sopa de piedras? Pero, ¿es que las piedras pueden comerse?

—Bien condimentadas, ¿por qué no? En la milicia se aprende mucho, y éste es un plato sa-



No son, ciertamente, desconocidos aquí, de las personas á quienes interesan igualmente las similares actividades artísticas españolas, los dibujantes argentinos.

Si una más experta difusión de libros y publicaciones literarias nos ha puesto en mejor contacto con los escritores, la circulación fácil, asequible y creciente de *Caras y Caretas*, *Plus Ultra* y otras revistas de igual carácter, primero; y después los suplementos hebdomadarios de *La Nación* y de *La Prensa*, van popularizando aquí como allá las firmas de dibujantes é ilustradores.

Hace años consagramos en estas mismas páginas de LA ESFERA, abiertas generosamente á cuanto significa divulgación y exégesis estética, un artículo á estudiar las bien destacadas personalidades de los maestros del género en la República rioplatense. Y se hizo entonces cumplido elogio de figuras como la de Juan Alonso, á quien tanto debe el arte de América y de España, á ese admirable dibujante y pintor que desde el más humilde origen y el más doloroso comienzo había de llegar á dirigir *Caras y Caretas* y *Plus Ultra*, revista esta última orgullo de la prensa universal y, desde luego, la primera de todas cuantas se publican en Hispanoamérica.

Y se habló también de Sirio, de Málaga Grenet, de Alvarez, de Hergo, de Peláez, de Centurión; de cuantos, en fin, constituían la afirmativa vanguardia de ese excelente conjunto de ilustradores admirables que siempre ha definido uno de los aspectos artísticos de la Argentina.

Han transcurrido diez años. El enorme impulso que la postguerra ha dado á todas las naciones, ese

vasto contacto espiritual y estético que ha consentido establecer entre los más opuestos países la mayor capacidad divulgadora consentida á toda clase de manifestaciones artísticas é intelectuales, no podía menos de seguir destacando en simpática y valiosa significación á los argentinos.

Y por lo que se refiere al punto concreto del arte editorial, encontramos que á los nombres ya emeritados de un ayer tan inmediato se han añadido otros nuevos, en tal cantidad y proporción, que consienten abastecer—con el carácter diferencial que importa mucho á toda clase de publicaciones que estimen distinguirse por sus elementos constitutivos—de dibujantes sin fatigosa repetición de firmas y estilos.

Acaso, pues, es llegado el instante de repetir aquella atención pública que en otro tiempo otorgamos á los ilustradores editoriales argentinos, é incluso no limitarnos á ellos, sino conceder á los de otras repúblicas hispanoamericanas (¡oh, ese México floreciente y refloriente cada día, preñado siempre de magníficas posibilidades que añadir á las realidades presentes!) igual tributo admirativo.

Será entonces ocasión de hablar extensamente

de este aspecto peculiar en la múltiple capacidad artística de un Alfredo Guido ó de un Rodolfo Franco, jóvenes maestros en quienes la juventud fía; de caricaturistas como Valdivia, formado y consagrado en *Caras y Caretas*, á la sombra de Alonso y de Alvarez; de ilustradores como Macaya, que recientemente ha recorrido España y va publicando en las revistas bonaerenses admirables notas de nuestros paisajes rurales y urbanos; se hablará también de López Naguil, que sin abandonar la pintura de cuadros, colabora como dibujante; de Larco, elegante y moderno; de Requena Escalada; de Aristides Ressel; de Lino Palacio; de Korb; de tantos otros, en fin, como hacen hoy día de las publicaciones argentinas modelos ejemplares.

•••••

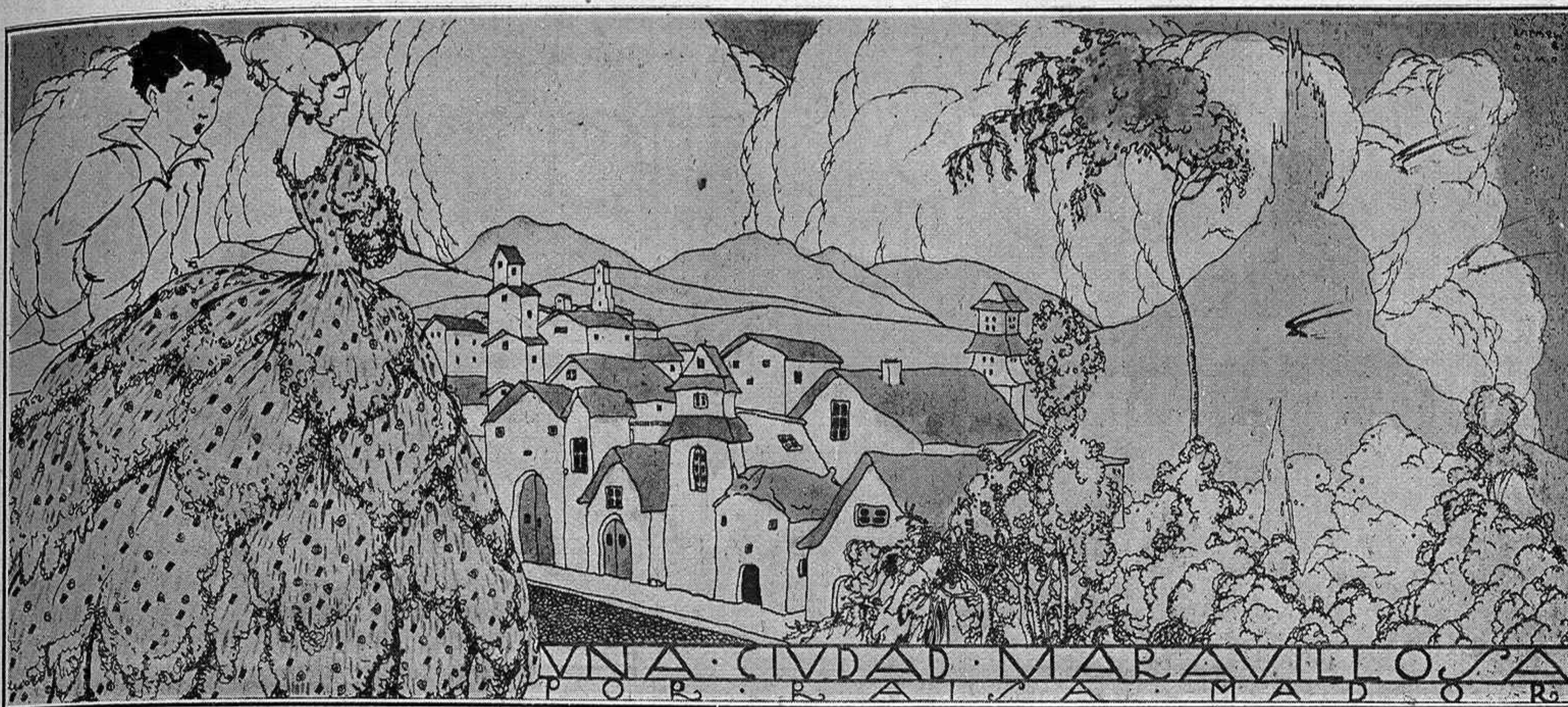
Uno de estos dibujantes diestros ya en su arte cuando todavía la primera juventud les consentiría el aprendizaje y la espera, es Rafael de Lamo.

Oriundo de andaluces, ha venido á España para reiterar las emociones infantiles en el solar español. Y si bien la mano permanecía inactiva, no así los ojos, ávidos de cuanto veían y archiveros de sensaciones para lo futuro.

Cuando el retorno á su patria, este muchacho del perfil agudo, la inteligencia despierta y el estilo ágil, irá sacando del doble archivo de su memoria—el óptico, el sensorial—cosas, seres y lugares conocidos ó reconocidos durante la estadía española.

Pero mientras nos importó revolver en sus carpetas y repasar los dibujos anteriores, inquirir á través de las ilus-





traciones publicadas en *La Prensa*, en *Caras y Caretas*, en *Plus Ultra*, la condición esencialmente capaz de su profesionalidad, elegida y perfeccionada con singular amor.

Rafael de Lamo es el ilustrador editorial en el pleno y absoluto sentido de la definición.

Dotado de una firme seguridad de línea, añade á esa cualidad primigenia é indispensable la de la fantasía y la de la cultura.

Nada tan lejos de este artista como ese tipo de «simulador de ilustraciones» que imagina añadir á la emoción ó á la plasticidad de un relato literario valor evocativo con una simple figura ó un sumario apunte de paisaje.

Rafael de Lamo tiene conciencia de su trabajo y de la responsabilidad estética que éste entraña. Sus grandes composiciones ornamentales de los suplementos de *La Prensa*; sus comentarios gráficos y decorativos en las revistas que consiente menor amplitud á las ilustraciones, son siempre el bello y adecuado complemento de la parte literaria, cuyo ornato se le encomienda.

Tal vez un intransigente de los aficionados al encasillamiento y la clasificación le reprocharía su diversidad factual, la aparente impersonalidad estilista que muestra voluntariamente.

En efecto: un dibujo de Rafael de Lamo ilustrando una narración criolla ó una tradición andina es antitético del que orla una poesía deca-



RAFAEL DE LAMO

dente y atrancesada. Nada parecen tener de fraternidad en la línea, y el sentimiento, la alusión á una aventura trágica en tierras de

Castilla con la frondosidad imaginativa que hallamos en la interpretación gráfica de un cuento de hadas. Ni diríanse brotados de la misma mano el minucioso detallismo á la manera de Beardsley ó de Bujados, que gusta de emplear cuando el asunto lo requiere así, y el sintético vigor, aunque su carboncillo acomete la tarea de trazar los rasgos faciales de un campesino.

Pero, ¿no está acaso en ello una de sus cabales excelencias de ilustrador? ¿No es esa diversidad de maneras y procedimientos, esa ductilidad factual á las exigencias del tema, lo que puede representar una importantísima dote que otros ilustradores desconocen?

Rafael de Lamo no tendrá estilo propio para los que exigen que un artista se obstine en amañar sus características externas. Pero quienes tal piensan están más cerca del error que de la certeza.

Lo que importa es ser vario y proteico para adaptarse cumplidamente á la variedad de sugerencias que le solicitan.

Lo que importa también es saber ambientar los episodios encomendados al relieve gráfico de su arte y componer, sobre todo, verdaderas ilustraciones, no escamoteadores apuntes, como suelen ser la mayoría de las ilustraciones que por acá se usan y abusan.

Cierto que no se alude con ello á los maestros del género que tenemos en España, y cuyos nombres son harto conocidos para mencionarlos ahora con peligro de olvidos involuntarios. Basta repasar unos cuantos números de LA ESFERA para encontrarlos, ya que LA ESFERA ha hecho en este sentido del desarrollo del arte editorial moderno algo muy difícil de superar.

Pero sí me refiero al peligro de las estilizaciones cómodas, que algunos empiezan á confundir con lo que en todas partes y en todos los países fué, es y será el verdadero arte de la ilustración.

Y en esto, Rafael de Lamo, formado en la libre escuela de Buenos Aires, sabe bien á qué atenerse.

José FRANCES



Elegancias



Modelo Marguerite et Leonie



Modelo Marthe Berthon



Vestido de «crêpe marocain» azul

LA SILUETA PRIMAVERAL

ESTAMOS aún en pleno invierno, pero ya sueñan las elegantes con el retorno del buen tiempo, de los días soleados y alegres que las permita lucir su esbelta silueta, casi oculta y desde luego deformada ahora por los pesados abrigos de piel.

Las favorecidas por la suerte huyen á toda prisa hacia los países de clima templado, á los que ya han enviado los artistas del trabajo el fruto de su última y meditada labor.

Ya empiezan á verse en la Costa Azul los sombreros de tonos muy claros, muchos de ellos guarnecidos con flores; los vestidos de punto, juveniles y gráciles, y los *pardessus* de deporte, libres de toda guarnición pesada, realzados por una chalina de entonación brillante.

Anuncio son todos ellos del deseado y tibio esplendor de la primavera que el rudo tiempo invernal nos hace anhelar con verdadera impaciencia.

Este año se asegura que la Moda no permanecerá estacionaria. Dicen los que presumen de bien enterados que las novedades no serán además discretas, sino rotundas. Desde luego ya se advierte un



Vestido de «crêpe marocain» verde Nilo

cambio radical en lo que atañe á la silueta.

La línea escurrida y sintética, que se ha venido imponiendo, ha perdido terreno. Conservará su carácter de gran simplicidad en lo que se refiere á la base del traje: falda y cuerpo; pero adquirirá gran movimiento y ligereza merced á la gran amplitud del cuello y de las mangas.

El primero toma, en ocasiones, aspecto de esclavina, no se mantiene rígido, encuadrando el rostro como hasta ahora hizo, sino que se deja caer sobre los hombros y la espalda con gran blandura y suavidad, prolongando la línea del cuerpo.

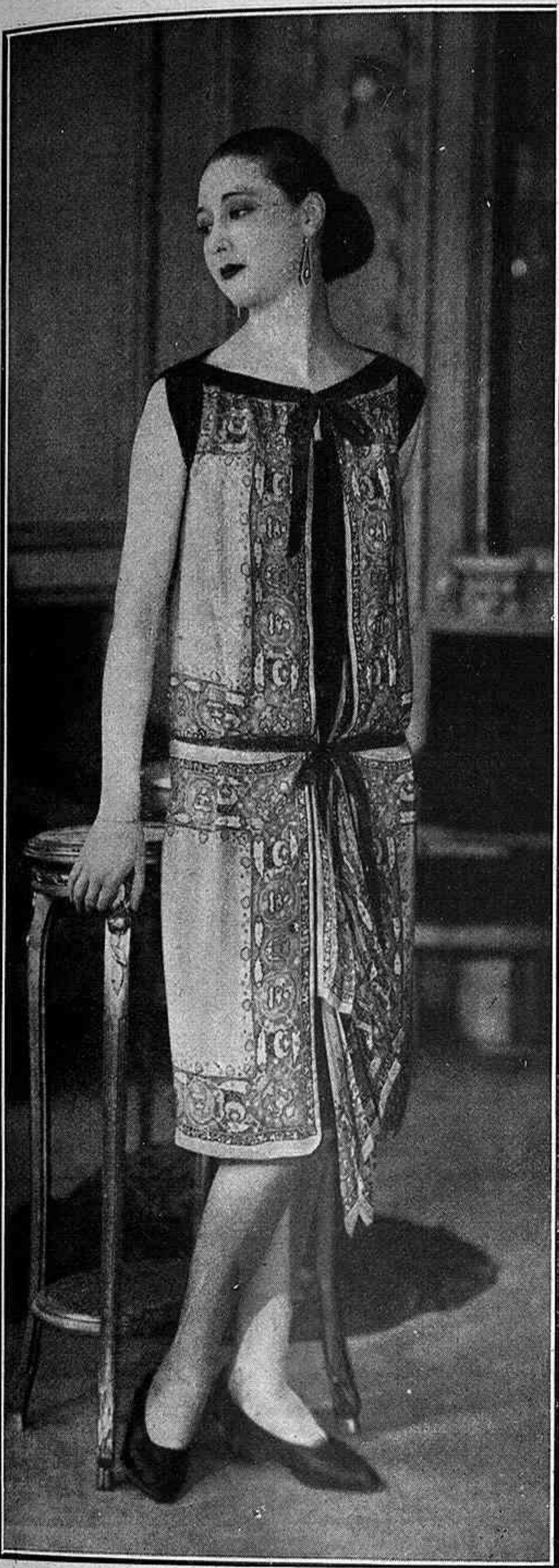
Lo propio ocurrirá con las mangas, las que, confeccionadas de igual tejido que el resto de la prenda, vestido ó abrigo, y si se prefiere de alguna tela, aún más ligera y flexible, se extenderá desde el codo en un enorme volante, complemento de la esclavina, por no decir continuación de ésta.

La parte superior de la manga seguirá haciéndose ajustada al brazo, por modo que se logrará máximo efecto, con la anchura antedicha, quedando toda la figura medio envuelta, sin que se aumente un ápice su volumen.

Los primeros modelos que se han



Vestido de popelin de seda azul marino



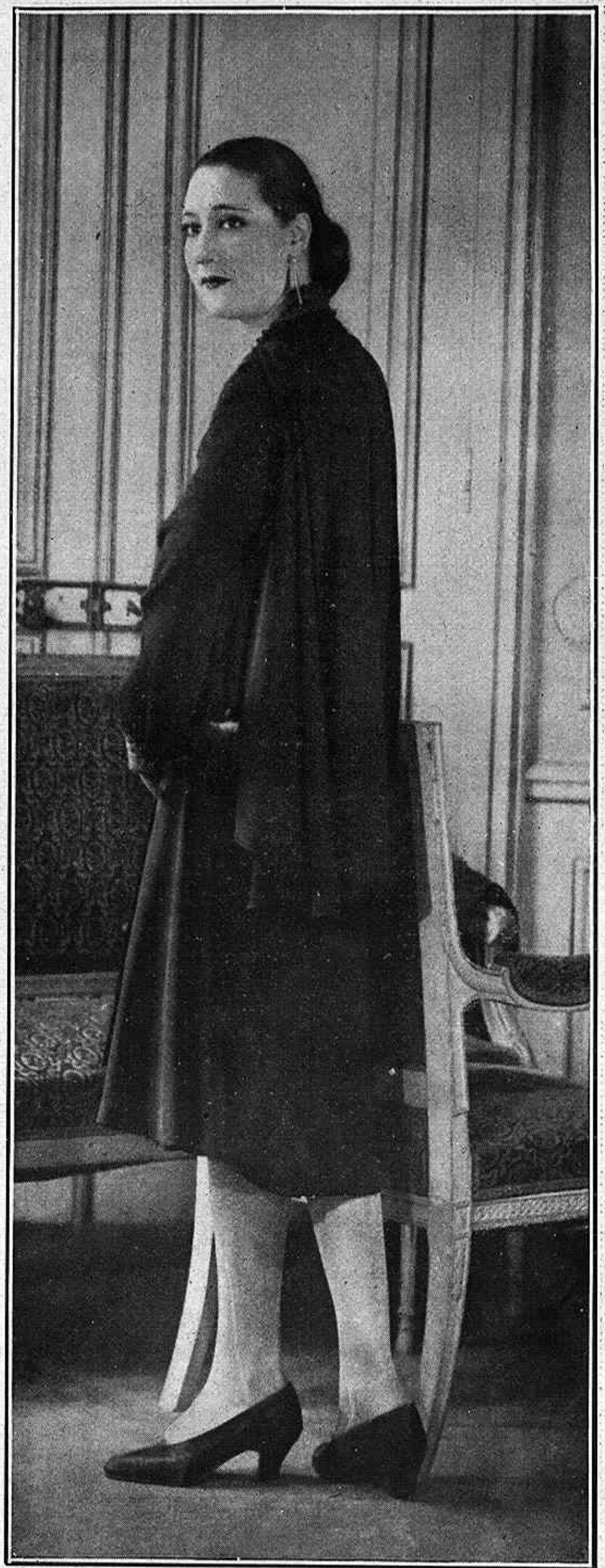
Vestido de «crêpe» estampado, fondo blanco y cenefa en tonos grises (Modelo Francis)



Abrigo de seda brochada con guarnición de renard

son la desaparición del sombrero grande y el eclipse de los collares de piedras falsas.

Lo primero es un hecho incontestable. Pudiera ocurrir que, al llegar los días de intensa luz y mucho sol, intentaran nuevamente los modistos que triunfara la modalidad desaparecida; pero de momento, nada hace sospechar que pueda ser así. Bien al contrario, los últimos modelos de sombrero son más pequeños y más ajustados que cuanto se ha venido llevando hasta ahora. ¿Se trata de un desafío á ese núcleo de opinión siempre *in crescendo* que aboga por la vuelta de los cabellos largos, ó es una manifestación sincera del gusto femenino?



Abrigo de «crêpe» negro bordeado en rojo sobre fondo rojo (Modelo Francis)

hecho en esta forma han logrado un éxito inmenso, y es de suponer que éste vaya acentuándose á medida que se añada á la línea los efectos de color que tales creaciones autorizan.

Desde luego no conviene para estas prendas el uso de telas rígidas; el crepón, por tanto, será de nuevo el tejido predilecto, ¡el Único!...

Por lo que se refiere á entonaciones, las corrientes nuevas nos llevan hacia lo suave y discreto, alejándonos de lo *criant* y detonante. Así, el malva, el reseda, el rosa desvaído, el gris sin brillo, han sido los colores elegidos para las primeras pruebas del indumento actual.

El negro y blanco también se ha presentado con caracteres de verdadera absorción; pero la gente joven no está dispuesta á admitir las coloraciones sombrías y habrá que dejar esta combinación para uso exclusivo de las que se hallan en la edad de la madurez, y eso que... si se empieza á sospechar tal cosa, no habrá quien quiera admitirlas, excepto en el caso de vestir luto.

Resultan siempre peligrosas las tendencias que marcan la edad, mucho más en estos tiempos, en que la mujer no pasa de los treinta años, hasta que la sorprenden los setenta y ya no le es posible ocultar la verdad.

¡Una verdad trágica para la mayoría!... Otras novedades que deben tenerse en cuenta.



Dos lindos trajes de tarde en «crêpe georgette» de tonos pálidos (Modelos Bernard)

Lo ignoramos. Desde luego, esto último parece probable, pues este tipo de tocado no favorece absolutamente nada en comparación de los otros. Como no tienen ala ninguna, los ojos pierden ese misterioso encanto que les presta la sombra protectora de los modelos amplios. Además, queda la cabeza tan recortada que hace falta una gran perfección de facciones para estar bien.

Los sombreros nuevos se confeccionan de fieltro muy fino ó de una gamuza flexible, en tonos claros, y, á lo que parece, se harán de raso fuerte más adelante.

Por lo que respecta á los collares, hay que advertir que su desaparición ha sido no solamente repentina, sino general. Diríase que obedece á un decreto ó ley impuesta á la fuerza y no al ejercicio de un gusto individual. En lugar de las «cascadas» de perlas y las sargas de piedras multicolores, vemos ahora alguna que otra joya muy discreta y con fuerte sabor dieciochesco. Es la reacción obligada y conveniente. ¿Durará mucho? No es de suponer que así sea. Muy pronto, la mujer querrá engalanarse con algo que dé realce á su cutis y á sus cabellos, y desechará el camafeo y el esmalte, carentes de brillo, por algo más llamativo, aunque de menos valor estético. ¡Después de todo, la cuestión es variar!...

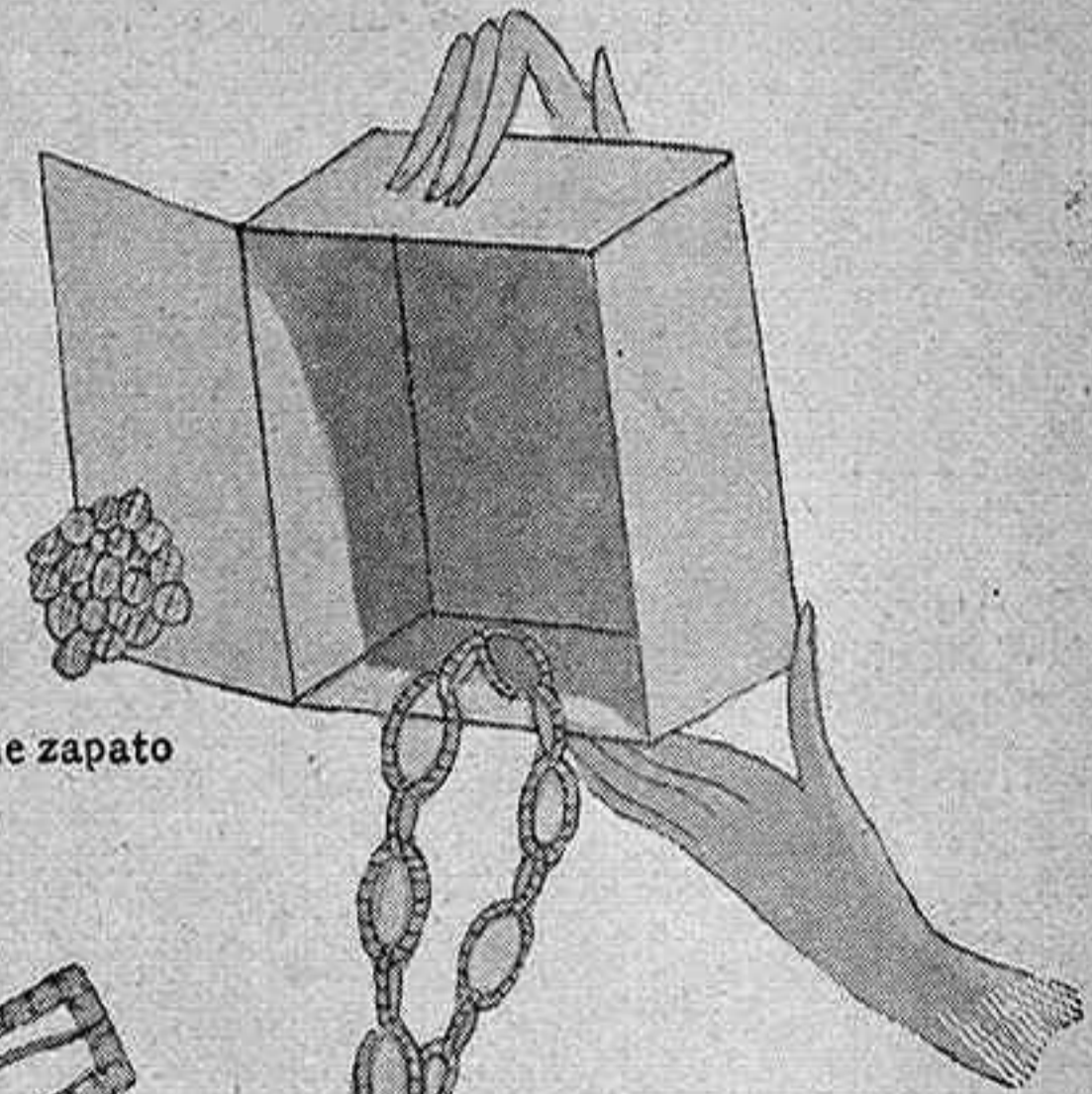
I. P.

ASPECTOS DECORATIVOS

DE LA MODA ACTUAL ***



El diamante está de moda. Acaso hay en ello una influencia del robo del célebre «diamante rosa», llamado el «grand Condé». Como se recordará, este diamante fue robado del castillo de Chantilly, y el sensacional robo apasionó vivamente á París



Un broche de zapato

Un collar compuesto de diamantes

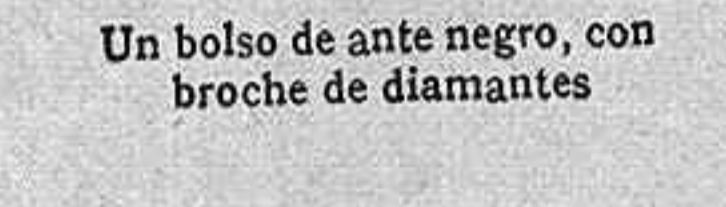
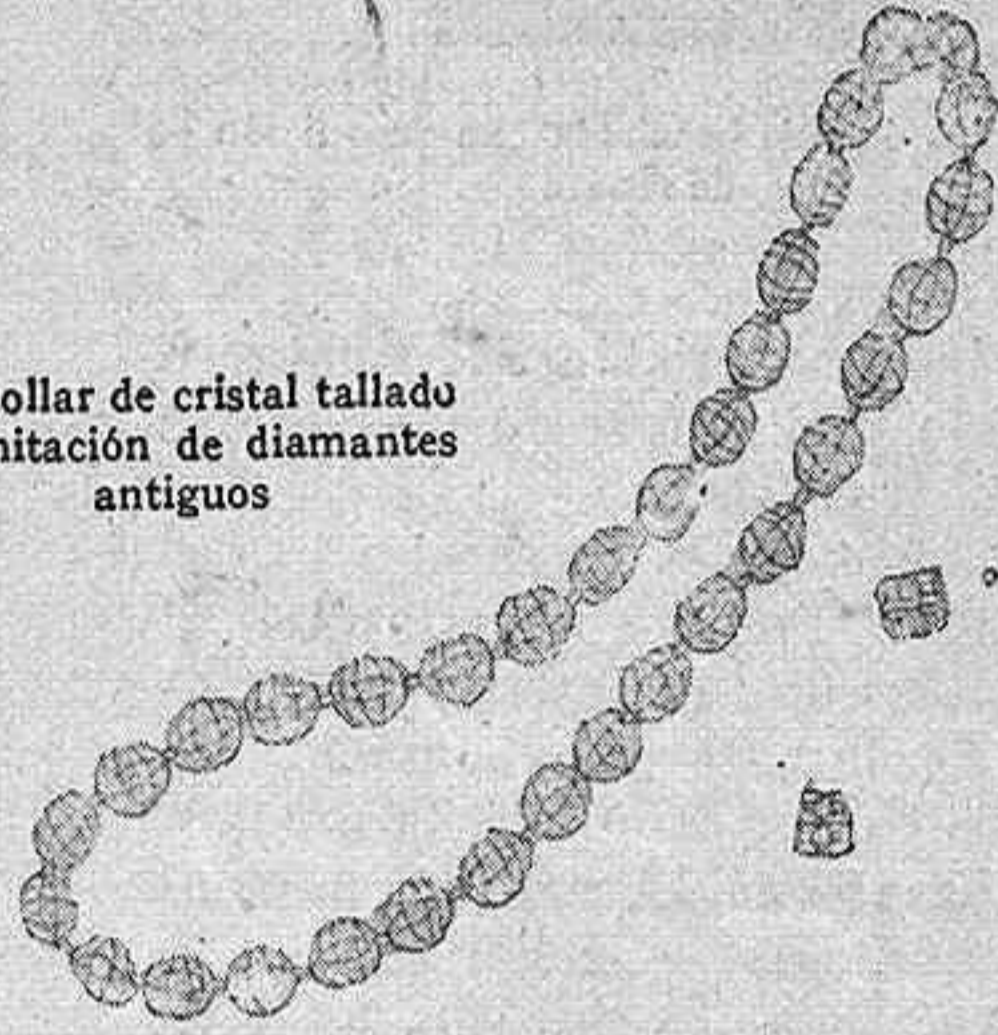
Broche «strass», de cinturón



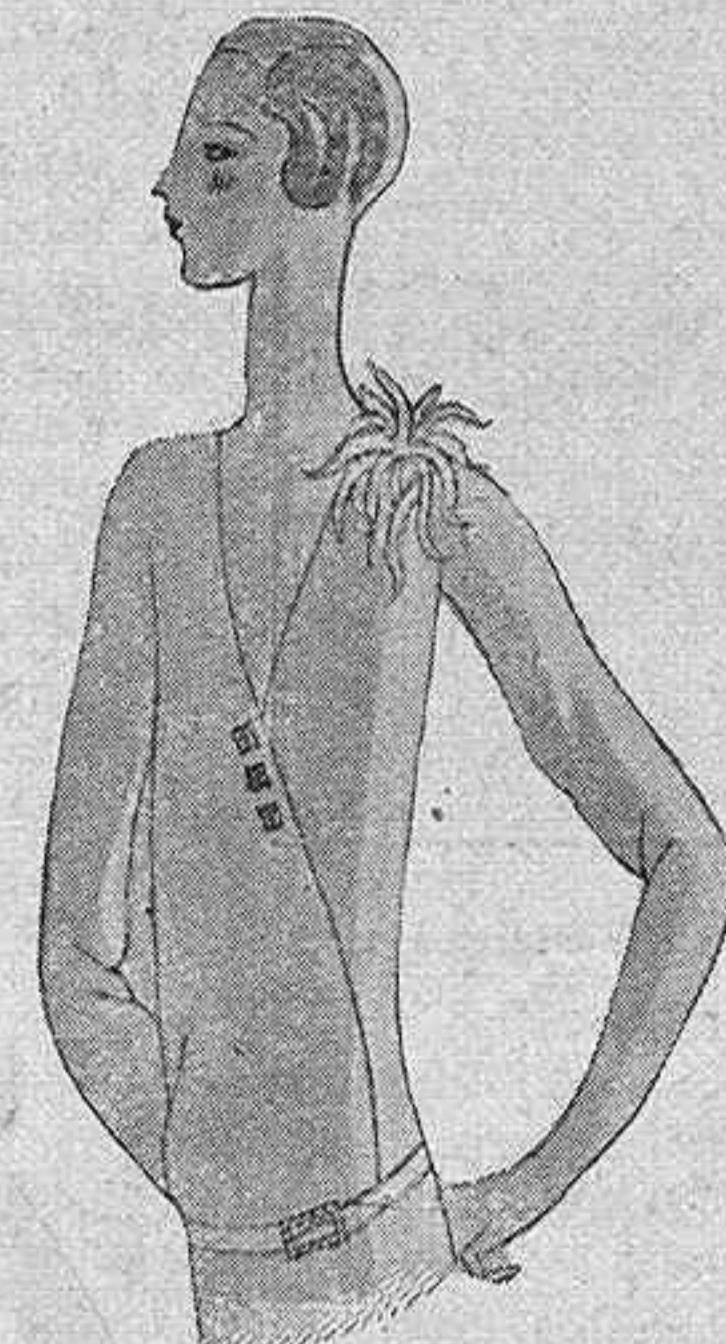
La perla—frente á aquella moda del diamante—ve con pena decaer su boga...

Un collar de cristal tallado en imitación de diamantes antiguos

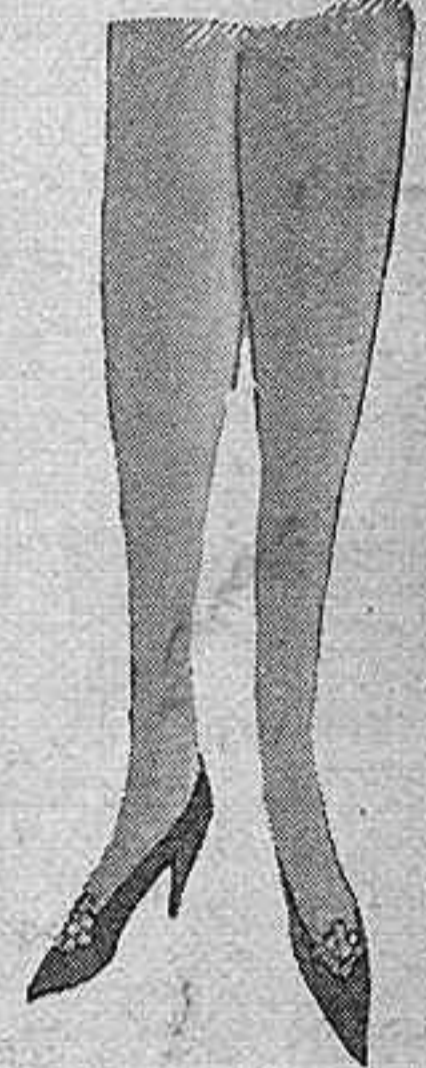
Un bolso de ante negro, con broche de diamantes



Botones para blusa



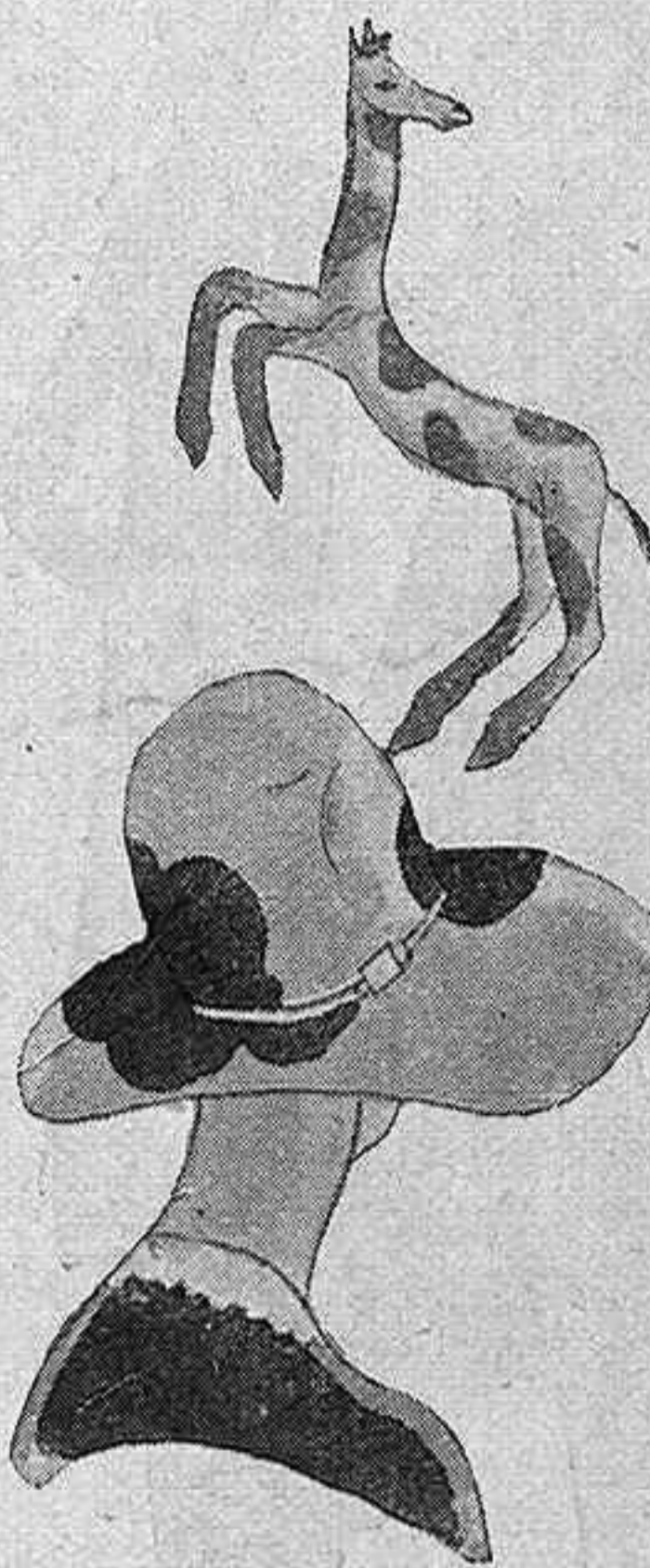
Cómo se colocan los botones y el broche del cinturón



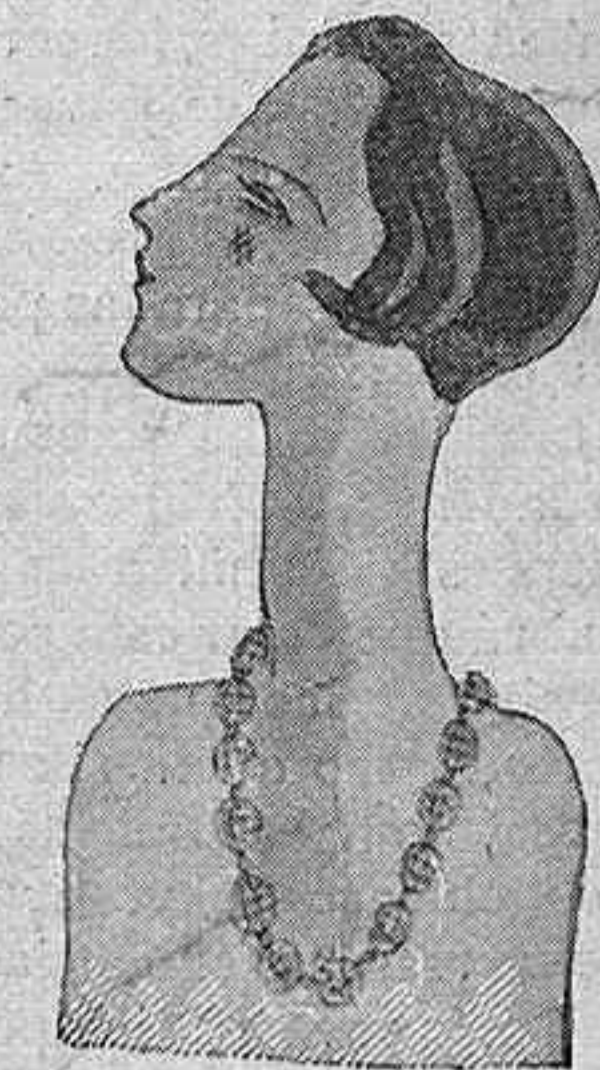
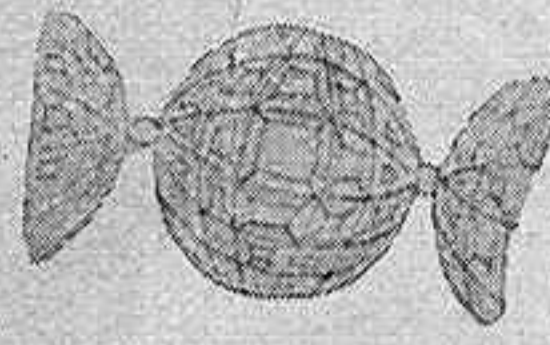
Zapatos de raso mate, con broches de diamantes



Graciosa combinación de sombrero y bufanda, con decoración estilo «Vanguardia»



Un sombrero de paja de Manila, imitación de potro



Collar de cristal tallado, en imitación de diamantes

DE LA ESPAÑA ARTÍSTICA



Poético rincón de la artística Casa del Greco, pleno de bellas sugerencias para soñadores y artistas en los días primaverales



Otro bello aspecto de la misma Casa del Greco, en que las ilusiones y las añoranzas parecen abrazar dulcemente el corazón de quien lo contempla, como las floridas enredaderas ciñen ascendentes por columnas y paredes

PERSPECTIVAS DE MADRID DESDE UN AVIÓN



Una vista de las inmediaciones de la Estación del Mediodía, en Madrid, de la que se ve una parte en el lado inferior de la fotografía. A la derecha, abajo, el Panteón de Hombres Ilustres. Más arriba, el comienzo del Retiro. La mancha oscura que se ve en la parte superior corresponde al Jardín Botánico. Más arriba aún se destacan los edificios del Banco de España y del Círculo de Bellas Artes

(Fot Gaspar)





La Estación del Mediodía, de Madrid, vista desde un avión. Al fondo, junto a la montera de la Estación, se ve la Glorieta de Atocha, de donde parte el Paseo del Prado. A la derecha se ve también el comienzo del Retiro, en su parte de junto al Botánico



Una magnífica perspectiva general de Madrid desde un avión. En el centro, la Glorieta de Atocha, cercada por la Estación del Mediodía, el Ministerio de Fomento, los Jardines del Botánico y el Prado. A la derecha, la masa oscura del Retiro. En el centro, la línea del Prado, Recoletos y la Castellana. A la izquierda, limitando la fotografía, el edificio en construcción de la Telefónica (Fots. Gaspar)



El mayor tesoro

debe su robustez, esos mofletes tan envidiados por muchas mamás y ese cutis sonrosado que es el mejor indicio de perfecta salud, a la leche condensada marca "LA LECHERA", el alimento perfecto que ha salvado millones de niños y los ha desarrollado sanos y vigorosos.

Pura y garantizada, muy rica en crema, y con la perfecta homogeneización que necesita para ser admirablemente digerida por Bebé, la leche condensada marca "LA LECHERA" es el mejor alimento para el recién nacido. Exija usted esta marca y librá a su hijito de los muchos peligros de la niñez.



LECHE CONDENSADA LA LECHERA



SOCIEDAD NESTLÉ, A. E. P. A.
VIA LAYETANA, 61 - BARCELONA

Sírvanse remitirme gratis la obra del Dr. VIDAL: "Consejos de un médico a las madres jóvenes"

Nombre:

Dirección:

PROTECTORIA EFECTIVA SOBRIANO

« PANAMA »

LA NUEVA VICTORIA

EL doctor Ramón es un médico francés y humilde que consume su existencia en el Instituto Pasteur de Garches. A lo largo de investigaciones sin número ejemplarmente soportadas, este doctor Ramón descubrió un día un suero que hace inmune á los hombres frente á las impiedades mortíferas de la difteria. Pero en general, estas victorias de los laboratorios no sirven de nada al género humano mientras no intervienen los Gobiernos. Un gobernante es lo único que tiene importancia en la vida. Las victorias de los médicos contra la muerte, con ser las que más le interesan al mundo, no significan algo sin una ley en los países que se gobiernan á sí propios ó sin un Real decreto en los países sometidos á una única voluntad intransferible.

En el caso de ahora, como es de rigor, la vida de los hombres ha estado pendiente de la voluntad de los gobernantes. Por fortuna para los no privilegiados, es decir, para los que no gobiernan, la República acaba de tomar en consideración los trabajos de este médico, y determina que su vacuna ha de ser obligatoria en Francia. Pero sin embargo...

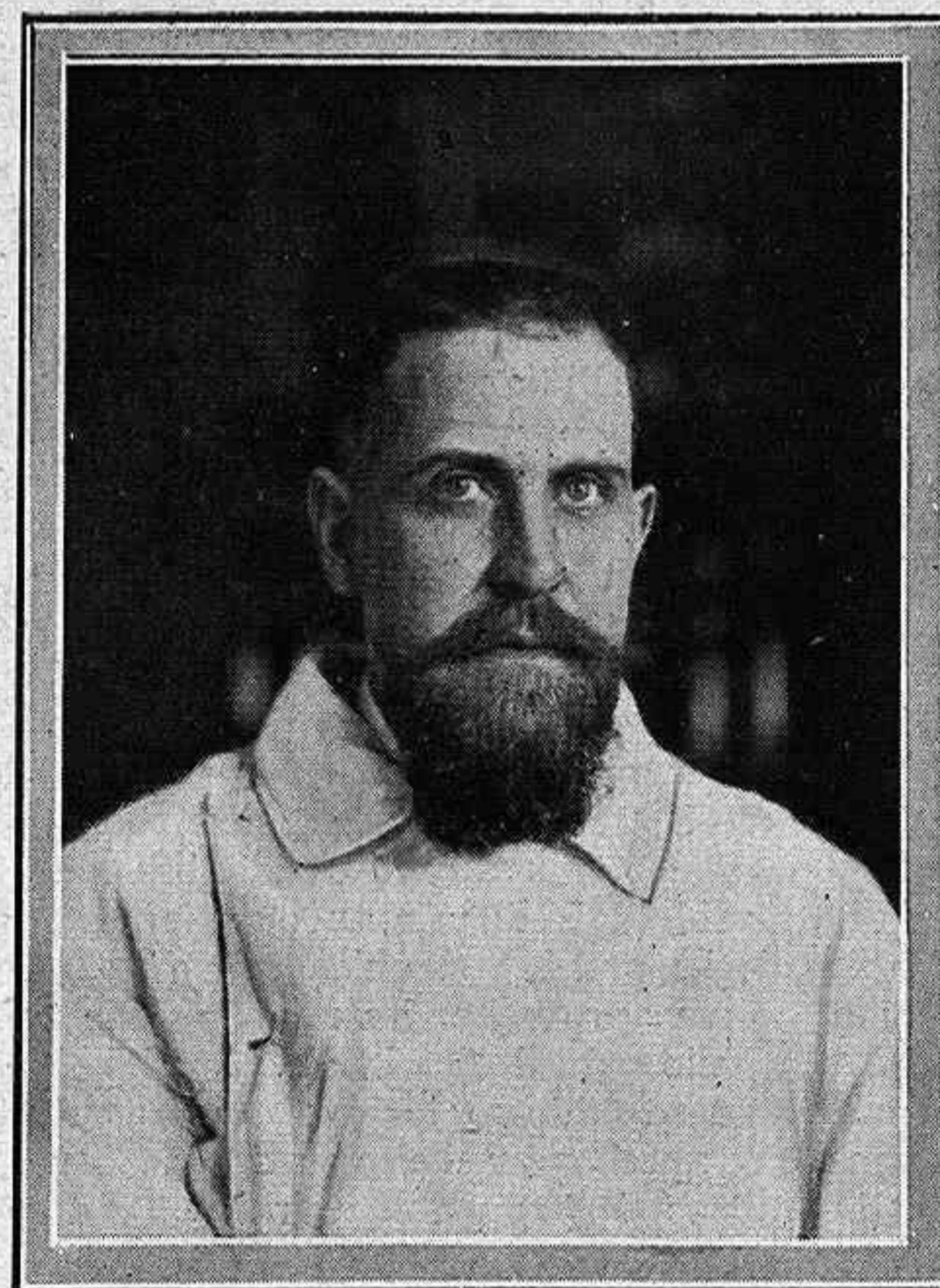
A trueque de restar al Gobierno un poco de laurel, debemos dejar consignado que al doctor Ramón le corresponden algunas ramas.

BARRIO LATINO

El Instituto Británico acaba de inaugurar un nuevo rincón para sus estudiantes junto á la Sorbona. Por una vez, el feudo de la juventud hubo de tolerar las cordiales invasiones de un ministro de Instrucción Pública y de un Embajador. Henos aquí de nuevo en presencia de los políticos.

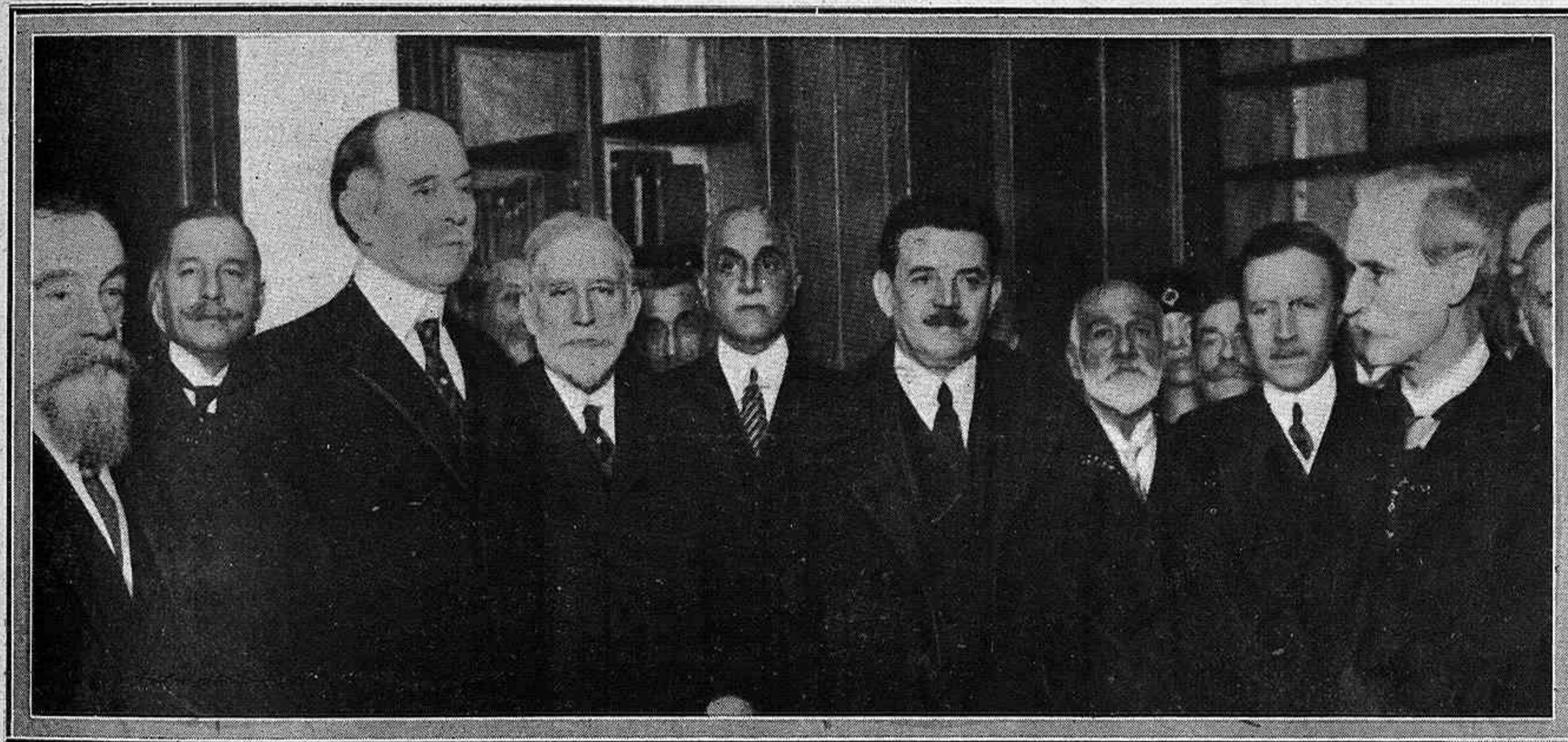
El *gilde* que acaba de inaugurar el Instituto Británico de París, y aun el mismo Instituto, tienen tan poco que ver con la política como la vacuna del doctor Ramón. Pero el *gilde* le lleva al suero la ventaja de que puede cumplir sus fines sin la intervención de ningún ministro. Por esta vez la presencia oficial no era cosa de vida ó muerte como cuando se trata de los laboratorios.

En esta ocasión fué como el prefacio que sirve para dar gravedad á la obra. Por fortuna, los estudiantes ingleses no comenzaron el *gilde* por la primera página.



EL DOCTOR RAMON

Del Instituto Pasteur, que ha descubierto la vacuna contra la difteria, que la Academia Francesa de Medicina ha declarado obligatoria



El ministro francés de Instrucción Pública, M. Herriot, y el Embajador de Inglaterra, lord Crew, en la inauguración del «Gilde» británico en París



La reina de la República de Montmartre, rodeada de su corte

MONTMARTRE

La «República libre de Montmartre» aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para dar testimonio de su vitalidad. Con motivo del *raid* de los vendedores de periódicos á través de París, la República de Montmartre, que es la única República del mundo que elige actualmente una reina y una corte, esperó la llegada de los concurrentes al *raid* en la Plaza de Tretre, capital de la República de Montmartre.

Realmente, la República de Montmartre es como la de la Isla de San Luis y como el Principado de Montparnasse, una supervivencia del París que va desapareciendo. En los regocijos de la República de Montmartre no intervienen nunca los hombres públicos de Francia. La República de Montmartre tiene los que la corresponden, que son como otras supervivencias: un bombero antiguo, un gendarme, un guarda campestre. Gentes de las novelas de Paul de Kock que conviven en la colina sagrada con otros de Murguer y con otras de Maupassant. Después de todo, es lo más importante de París, único pueblo del mundo que da realidad en sus rincones á los sueños de los veinte años. Unos sueños que, como la propia República de Montmartre, nos producía la risa y la emoción. He aquí el verdadero modo de gustar las absurdidades tentadoras.

CEFERINO R. AVECILLA

París, 1928.

HOMBRES Y OBRAS

HA MUERTO AUGUSTO NOVELLI

Augusto Novelli ha muerto. Su obra, animada en su mayor parte de un fuerte espíritu local, no ha conocido los grandes éxitos internacionales. Ello no obstante, la figura de Novelli merece un recuerdo, siquiera sea con un designio puramente divulgatorio. El autor de *La sacudida ondulatoria*, de *Viejos héroes*, de *Los mártires del trabajo*, era de origen humildísimo. Hijo de un carpintero, nació en Florencia en 1866. Al morir, recientemente, estaba considerado el más alto dramaturgo de la Toscana.

Apenas salido de la escuela, tuvo que aprender el oficio de su padre, con quien trabajó algún tiempo, no sin aprovechar las mínimas oportunidades de ocio para dedicarlas a la lectura—de ese ocio tan desdeñado por los hombres de acción, incapaces de aprehender el alto sentido de fecundidad con que acierta a prestigiarlo el verdadero artista.

Como en multitud de casos semejantes, su familia no podía concebir que la aparente pereza del muchacho significase, en realidad, una energética actividad del espíritu, enfocado hacia otras aspiraciones más elevadas que la monotonía cotidiana del trabajo manual.

El *pico* Augusto no acertaba aún a definir sus aficiones. Lo único cierto era que le horrorizaba el oficio del padre. En estas dudas, pensó la familia que, puesto que el niño no quería trabajar, el niño debía ser artista. ¿Qué especie de artista? Por el momento, esa era la incógnita. Pero el buen padre quería armonizar las vagas aspiraciones del muchacho con un arte no despojado de un mínimo de posibilidades utilitarias. De ahí la idea de hacerle entrar en una escuela de cerámica.

En cuanto llegaba la noche, Augusto corría a los teatros de la ciudad a aplaudir a los más famosos actores de su tiempo. Era la época de apogeo del Teatro Borgognissanti. El gran actor cómico Lodovico Corsini encantaba las noches del público toscano.

Viéndole trabajar, puede decirse que el futuro autor dramático tuvo la revelación de su vocación verdadera. Su horror al trabajo mecánico hallaba ahora una explicación evidente: él había nacido para animar criaturas y, diabólicamente, colocarlas en situaciones extraordinarias. El placer que deducía de esta inofensiva tarea era la advertencia inapelable acerca de su vocación.

En pocos días pergeñó su primera obra: *Una provocación en los baños*.

Ya había encontrado la verdadera ruta de su camino. Acordándose de sus años de desorientación y miseria, Augusto Novelli *recreó*, bajo una forma satírica y á veces cruel, los personajes y personajillos que había conocido en su calvario. Era su teatro de entonces una mezcla insólita de arcaísmo y modernismo. E inició un desfile, entre encantador y desconcertante, de máscaras vivas que, en cierto modo, recordaban los héroes de la antigua *Commedia dell'Arte*.

Pero aún no había llegado el éxito indiscutible, el triunfo definitivo. Este se produjo, clamoroso y unánime, al reformar su primera obra y reestrenarla con el título de *Un paleta en los baños*. La obra recorrió todo el país con el mismo gran éxito que en Florencia.

Durante quince años, las obras de Novelli reafirman, cada vez con más fuerza, la reputación del autor toscano. Mas por entonces Talía se

mostraba escasamente remuneradora con los poetas que á ella dedicaban lo mejor de sus afanes.

Novelli tuvo que alternar su labor dramática con otras actividades. Le conocemos periodista y tipógrafo. Funda un periódico, *Il vero monello*, de existencia efímera.

Y en aquel cerebro atormentado por tantas inquietudes y contradicciones empezaron a germinar magnos proyectos de reforma de su arte. Y así, poco después, las máscaras tradicionales eran sustituidas por una especie de comedia gordoniana en la que era muy fácil reconocer cada tipo, cada carácter. No es mucho decir que Novelli fué el verdadero creador del teatro popular en Italia. Numerosas producciones suyas franquearon las fronteras de la Toscana é hicieron las delicias de casi todos los públicos de la Península.

El buen humor, el verbo malicioso y un poco cazurro de Novelli, brillan, deslumbrantes, en las tres obras antes citadas, y en *El amor en el tejado*, *La Virgen del Jippi*, *Después...*, *La dama de la cuarta página*, *Aguas tranquilas...*

Le tentó, igualmente, el deseo de representar, y aunque el cómico no eclipsó al autor dramático, no faltan quienes le refuten el mejor intérprete de sus propios personajes.

Augusto Novelli deja, además, varias obras literarias de distintos géneros y un grato recuerdo de sus dotes de conferenciante. Pero, indudablemente, su reputación hay que cimentarla en sus obras teatrales, á veces estremecidas por la vibración formidable de una risa rabelesiana...

JUSTO DE ESPAÑA

Quaker Oats

ALIMENTO EXQUISITO NUTRITIVO Y ECONOMICO

SE CUECE EN 5 MINUTOS.

Para
Niños



Sus niños necesitan desarrollarse: déjelos correr y saltar. Ejercicio al aire libre y alimentación apropiada es lo que precisan para llegar a ser fuertes y sanos. Los Hombres de Ciencia recomiendan el Quaker para los niños.

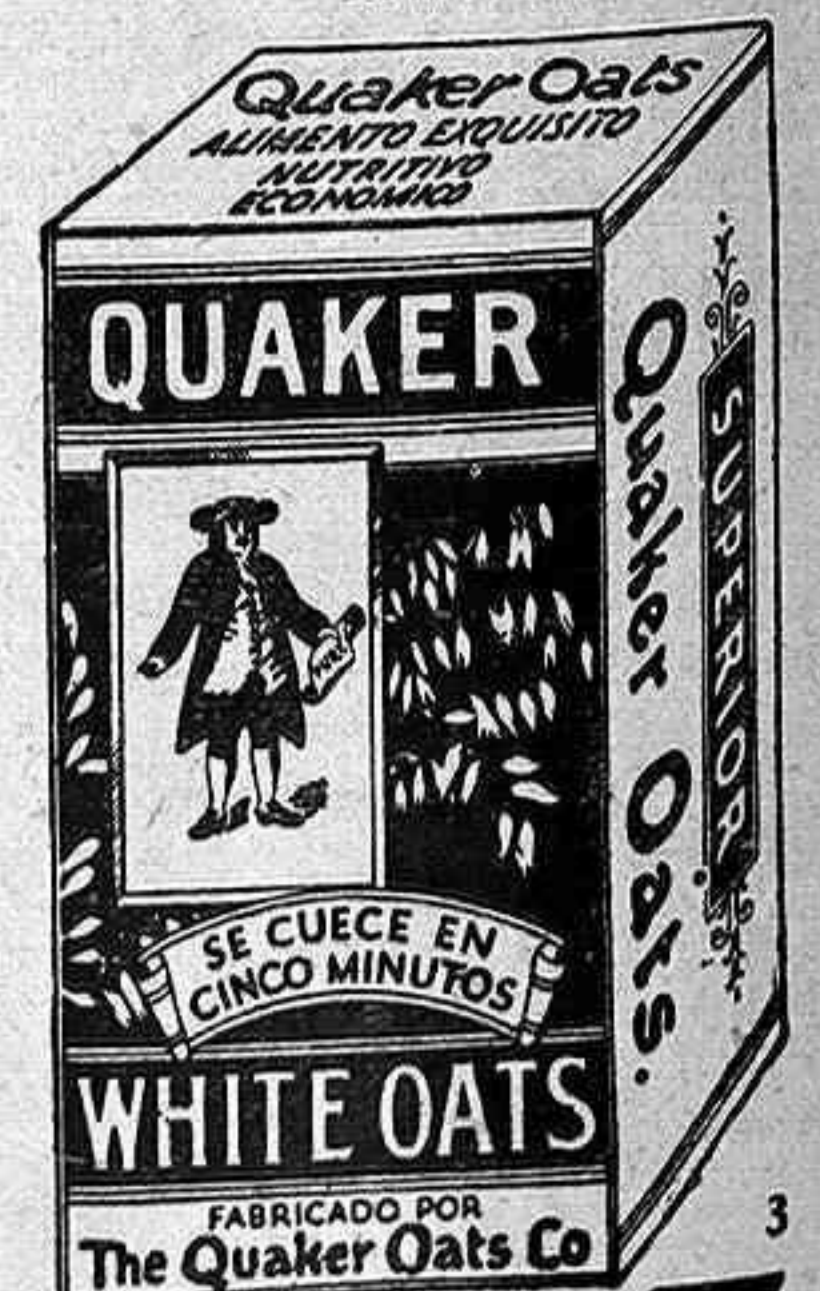
El Quaker es el único alimento que contiene los dieciseis elementos necesarios para el perfecto desarrollo del cuerpo humano. Da sangre y músculos fortalece el cerebro y los huesos. El Quaker es un alimento economico: con poco basta y tarda muy poco en cocerse.

UNA PAPILLA DE QUAKER SE PREPARA MÁS PRONTO QUE UN TAZÓN DE CHOCOLATE.

PIDA NUESTRAS RECETAS EN ULTRAMARINOS.

Para más detalles, dirigirse a
Apartado de Correos 357, Barcelona.

SE VENDE EN
ULTRAMARINOS
EN PAQUETES DE
ESTA CLASE





Señora...



¿es esto
lo que Ud.
quería?

La conducción interior **509**, tipo „Weymann“,
cuatro puertas, es, efectivamente,
¡una maravilla!

Pase usted a verla a nuestra Sala de Exposición:

FIAT HISPANIA, S. A. - MADRID - Avenida del Conde de Peñalver, 19

Agencias y Salones de Exposición en todas las provincias
Compre usted al Agente de su provincia

HOMBRE:

Tú sabes mucho de la vida y de las cosas; pero sabes muy poco del corazón de las mujeres...

«LA BUSCADORA DE EMOCIONES»

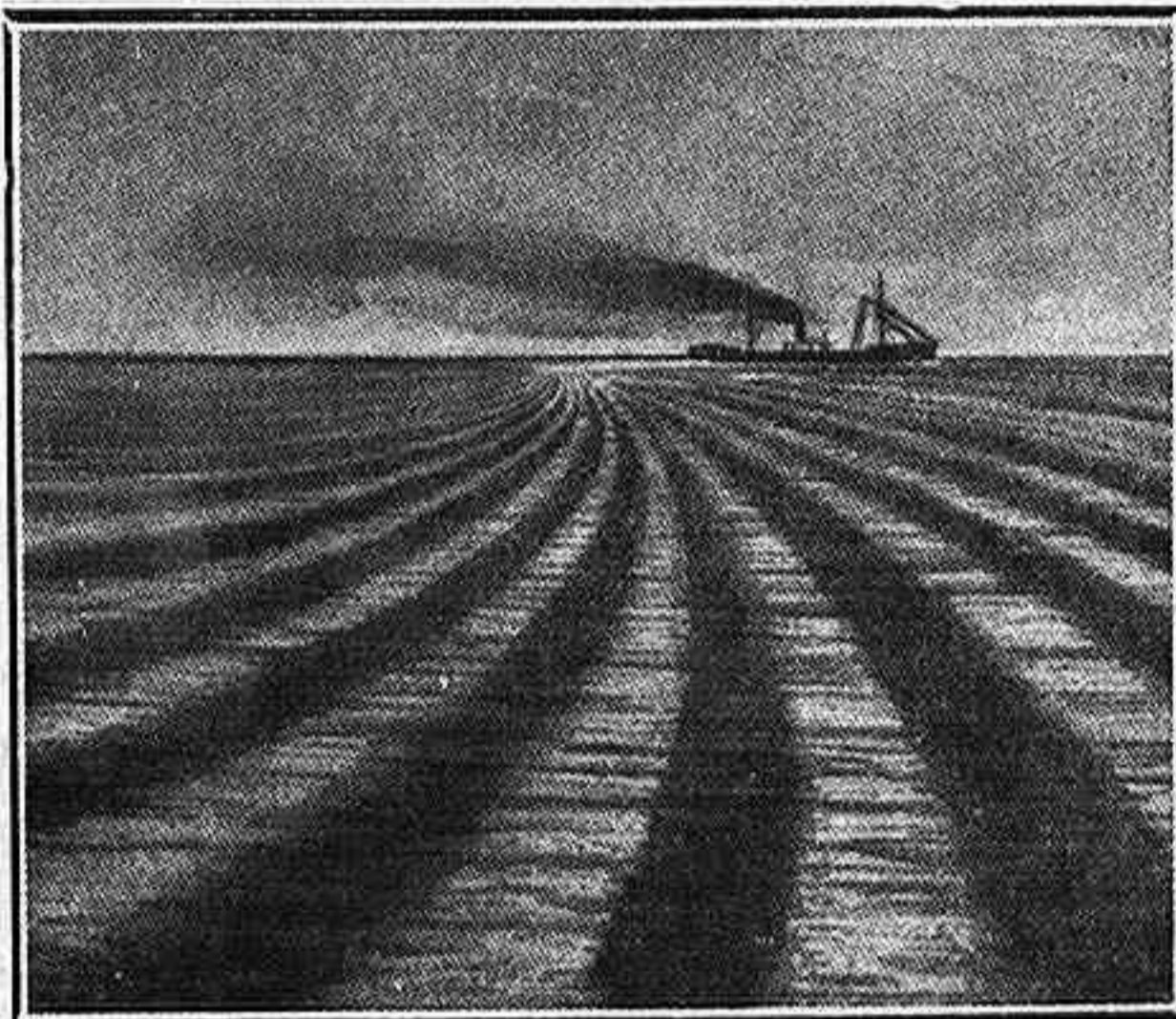
DE
"EL CABALLERO AUDAZ"

te mostrará la clave del amor.

ACABA DE PUBLICARSE

EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Fenómeno luminoso en el mar de las Indias



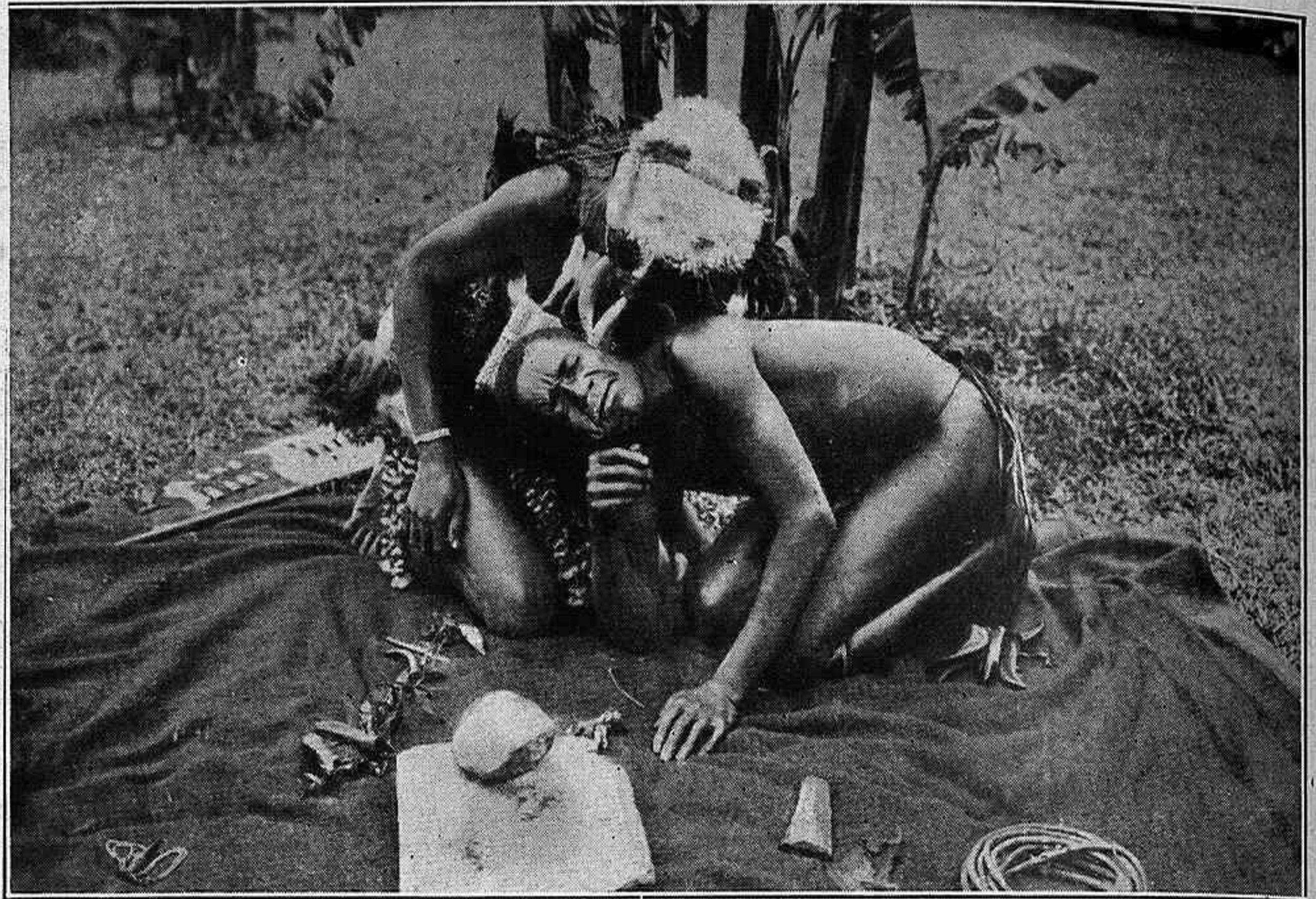
EL capitán de un vapor inglés ha publicado en una revista técnica londinense una curiosa observación hecha por él en el mar, en el Estrecho de Malaca, hace pocas semanas. Se trata de un fenómeno luminoso, de series de rayos curvilíneos, que parecen correr en el agua girando alrededor de un centro alejado, con la concavidad de los rayos vuelta en el sentido de la marcha. El sistema de estas ondas era perfectamente regular; la anchura de las franjas luminosas fué estimada en unos dos metros, y su distancia es el doble de su anchura.

Lo más extraño del caso es que al paso de las franjas luminosas aparecían amplias manchas de fosforescencia marina, siendo aquéllas más sombrías en los intervalos.

Créese que este fenómeno pudiera tener origen en la fosforescencia de los organismos marinos, manifestado en circunstancias excepcionales y complejas.

MAJESTIC HOTEL INGLATERRA
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido

Cómo se cura la tartamudez en Zululandia



Empirismo y superstición, fueron siempre, desde la llamada noche de los tiempos, lo que constituyó la base de la medicina popular, y hoy lo sigue siendo entre los pueblos salvajes. Pero habrá de reconocerse, á la vista de la presente fotografía, donde un curandero zulú trata la tartamudez soplando en el oído del paciente con

una trompetilla de hueso—lo que no parece ser operación enteramente placentera, á juzgar por el gesto del operado, aunque en definitiva pueda resultar eficaz—, que es, entre los procedimientos empíricos, uno de los más raros que puedan imaginarse, y probablemente poco recomendable entre los salvajes.

Peluquería y Academia de Belleza J. MARCOTE

Carrera de San Jerónimo, 34
Teléfono 13963

Tinturas - Ondulación Permanente y Marcel
Permanente, desde 50 ptas.

Libros nuevos

Almanaque-guía del cultivador moderno, 1928. Publicado bajo la dirección del Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Raul M. Mir, y con la colaboración de prestigiosas firmas en el ramo.

—*Esbozos históricos: La monja de las llagas*. He aquí un libro interesante escrito con la maestría habitual de Jorge Vinaixa. Estos bocetos históricos, iniciados con *La expulsión de los jesuitas*, no tienen otro objeto—á confidencia del autor en unas breves notas liminares—que el de contribuir á la divulgación de hechos, al parecer insignificantes, que los historiadores no pudieron recoger en los gruesos volúmenes de sus obras. *La monja de las llagas* es una lección de la Historia de España, del ayer inmediato y hasta del hoy vivo, sin otras variantes que las impuestas por el progreso moral de los tiempos.

—*María de Magdala*, tragedia en un acto y en prosa, dividida en seis cuadros y cinco telones de mutación. Original de Fernando Mota. México, 1928. Esta obra, ofrecida á la gloriosa figura de María de Magdala, es una exaltación literaria de sus valores pasionales, tan sublimes

y redentores, que elevan, funden y unifican en el divino amor humano de Jesús.

—*Magdalena*, por W. Heimburg. Novela de la colección «Rosa». Editorial Juventud, S. A. Barcelona, 1928. Diáfana de expresión y exposición, su lectura es interesante para unos y para otros.

PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA
Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Teléfono 10667

Huertas, 7 dpdo. Duque de la Victoria, 4
MADRID VALLADOLID

TODOS
PASTILLAS del Dr. ANDREU
TODOS